

Gigantes en la Tierra

James Blish



Lectulandia

El hombre inventa. El hombre descubre. El hombre recrea. El hombre destruye...

De la inocencia del descubrimiento y de ese momento maravilloso en que la teoría se vuelve realidad práctica, surge un monstruoso horror. Crece, se multiplica y degenera hasta alcanzar el supremo terror.

He aquí el terror de un laboratorio destinado a crear una nueva generación más fuerte, más sabia y de más larga vida... He aquí el horror fabricado en una oficina de relaciones públicas el mismo día en que se descubre la primera vida interplanetaria.

Sólo un gran maestro de la ciencia-ficción como James Blish podía haber llevado a un libro como este todo el asombroso realismo del infierno repentinamente fraguado en probetas y mesas de conferencia.

Lectulandia

James Blish

Gigantes en la Tierra

ePub r1.0

Anceisg 16.06.14

Título original: *Giants in the Earth*

James Blish, 1952

Traducción: Rafael Zavala

Editor digital: Anceisg

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Uno

La bella joven que salió del edificio de genética tenía un cuerpo extraordinario. Desde lejos, sólo parecía esbelta y hasta quizá se la juzgaría delgada; pero al lado de las dos feas estatuas pseudogriegas que flanqueaban la entrada del edificio, podía verse que su estatura era fenomenal: medía por lo menos dos metros y medio.

Miró con indecisión hacia abajo de las escaleras; sus ojos, rasgados como los de un gato soñoliento, brillaban a la luz del sol matinal. Un pequeño grupo de estudiantes que se encontraba al pie del último peldaño suspendió su charla y se volvió hacia la joven. Sena sabía la hostilidad que significaba aquel silencio.

Contoneándose como un petimetre, inició el descenso. Aquellos escalones no habían sido diseñados para la esbelta diosa; por lo menos debían de haber sido unos cinco centímetros más altos y con la base dos veces más ancha. Al irse aproximando ella, los estudiantes fueron dándole la espalda y con ademanes simulaban estar averiguando el estado del tiempo.

—Malditos gigantes torpes —murmuró uno.

—Todos los que midan más de tres metros de estatura salgan del cuarto —dijo otro.

Sena había oído esas diatribas con anterioridad; pero no pudo acostumbrarse a ellas y todavía la lastimaban. Se le hacía difícil no contestar con alguna frase semejante a esta: «Quítense de mi camino, pigmeos», o alguna otra, para poner a aquellos insolentes en su lugar.

Algunos gigantes lo habían hecho en los primeros días; un grupo de ellos había adquirido complejos de superioridad, no solamente respecto a los ordinarios diploides humanos, sino hasta sobre el propio doctor Fred, su creador. El final de tal grupo no había sido bonito, pero sí ejemplar. El señor Fred, doctorado en ciencias biológicas, contaba la historia muy a menudo:

—No piensen ustedes —decía— que son superiores a sus prójimos diploides sólo porque físicamente pueden mirarlos desde arriba. Llegará el día en que la duplicación de cromosomas será cosa corriente. Si esto llega a ocurrir, será porque el proceso tenga verdaderas ventajas para la reproducción normal; pero esto todavía deberá probarse. Si ustedes quieren ver tales pruebas, no se den esos aires de suficiencia, o no vivirán para verlo.

Por aquellos días, los gigantes obedecían al doctor Fred. Él los había creado; pero, como ya era tan viejo, se pensaba que podría morir antes de que el año finalizara; sin embargo, sus colosos no esperaban que eso ocurriera. Lo consideraban un hombre diferente de todos los demás diploides y les parecía imposible que las limitaciones físicas de aquellos seres comunes pudieran aplicarse a su creador.

¡Cuidado, cuidado! La brevedad del promedio de vida de los diploides no era

necesariamente una desventaja. Ese modo de pensar podría conducirlos a la locura.

Sena pasó frente al grupo de estudiantes, dándose el pequeño placer de disimular que los había visto. Como la mayoría de los gigantes, Sena se sentía un poco incómoda entre las personas normales; se sentía como pudiera sentirse el padre de una familia numerosa en una juguetería.

Pero había algo más que eso. Ni siquiera los edificios más altos del mundo eran suficientemente altos para ella, ya que aun estos tenían demasiado bajas las entradas y no permitían entrar con comodidad a los gigantes. Toda la civilización humana parecía estar esperando ser reconstruida, más grande, mejor, más limpia y alta.

¡Y el tiempo! A los gigantes les sobraba. Su promedio de vida todavía no había sido precisado, pero, por lo que se sabía, ninguno de ellos había muerto, excepto por la violencia, como en la matanza ocurrida en Pasadena quince años atrás. El doctor Fred aseguraba que de no provocarles la muerte, podrían vivir seis veces más que los diploides humanos normales. De las primeras investigaciones biológicas realizadas en el año 1800, en Francia, por el naturalista francés Lamarck, se desprendía que la naturaleza producía solamente un organismo tetraploide adulto en un millar, y este alcanzaba a vivir seis veces más que los organismos normales. Y, confirmando estas investigaciones, los primeros tetraploides sintéticos que se habían probado en la época del doctor Fred, acusaron los mismos resultados.

Los experimentos iniciales de tetraploides fueron con plantas, con la «Datura», el común estramonio de flores grandes, que había sido desarrollado en el Colegio Smith en 1937. El Departamento de Agricultura de los Estados Unidos extendió el provechoso proceso hacia plantas comestibles de todas clases.

Ya habían iniciado también, dirigidos por Haggqvist y sus asociados, en el Instituto de Karolinska, de Estocolmo, Suecia, los experimentos con cerdos y conejos. Con ellos se probó que el poliploide artificial en los animales era posible. Desde esos días de 1950 en adelante, el camino que guiaba hacia Sena estaba claro.

Para Sena, que aún no tenía cuarenta años, el pequeño mundo entero estaba en las angustias de una oleada de primavera interminable; una juventud que duraría más de un siglo, con puentes de juguete, casas y pistas de aviones a sus pies, más tiempo del necesario para aprender todo lo que ella necesitaba saber y con los amantes de cejas arqueadas y figuras de dioses caminando a pasos largos por las calles de los ordinarios diploides humanos...

El mundo esperaba, inundado de un delicado verdor que nunca moriría.

—¡Sena!

Se volvió al llamado. Era Sam Ettinger, el joven de pelo negro, experto en radiación, que corría tras ella, cruzando los cuadros de cemento a grandes zancadas. Los estudiantes se separaron de los escalones para verlo pasar.

—Hola, Sam.

Se acercó a ella sonriendo. Tenía arrugas en los extremos de los ojos y un modo de mirar a la gente como alguien que estuviera mirando a un cachorrito de tigre, soñoliento: con curiosidad y admiración, pero con cierta cautela al mismo tiempo.

—Te has alejado en estos días —le dijo él—. Uno pensaría que tú y yo no tenemos nada en común para este ciclo.

—No digas eso, Sam —le contestó ella, tomando sus manos—. Siempre tenemos muchas cosas en qué pensar; ya lo sabes. ¿Qué pasó con la casa?

—No logré nada —dijo Sam, frunciendo un poco la boca—. Cuando llegué, los encargados dijeron que ya la tenían toda comprometida.

—¿Construida a escala?

—Sí, «a su escala», como siempre. El agente estaba dispuesto a rentármela si podía pagar tres veces más que la renta ordinaria, y me negué a dársela.

—No te culpo —Sena le soltó las manos, descorazonada. Todo el placer que la luz del sol le había proporcionado se le esfumó—. ¿Qué vas a hacer ahora, Sam? El doctor Fred puede darse el lujo de tener paciencia porque ya es viejo; pero nosotros tenemos que convivir con esta maldita sociedad.

—Tiene sus ventajas —le contestó Sam—. Pero probablemente podremos sobrevivirles. De todos modos, tengo ese trabajo al aire libre acerca del cual te hablé.

—Todavía no lo puedo entender bien. Yo pensé que nos estaba prohibido tomar parte en los deportes de los diploides regidos por sus propias reglas —dijo Sena.

—No podemos, no podemos. Pero hay un equipo de exhibición de fútbol formado por tetras, al igual que para otros deportes, hockey y boxeo también, pero todos de exhibición solamente. Vamos a usar unas armaduras de protección y la bola de fútbol pesará 12 kilos. Naturalmente, jugaremos contra otro equipo de tetras y acudirán por millares a vernos matar los unos a los otros.

—¡Sam, Sam! —dijo Sena, sollozando. Los estudiantes, interesados, no dejaban de observarlos cuchicheando—. Qué cosa tan bestial tienen que hacer; considero que hasta cavar zanjas no sería tan malo.

—¿Cavar zanjas? —comentó Sam pausadamente—. Ya lo he tratado, Sena. También traté de conseguir un trabajo de estibador y de acarrear ladrillos a los albañiles, y otras cosas semejantes, pero las uniones sindicales no me lo permitieron; quizá para cuando me gradúe, ¡también habrá Unión de Radiólogos!

Miró abstraído hacia el cielo y prosiguió:

—Tienen razón desde su punto de vista. Nosotros somos máquinas que les economizamos trabajo. Podemos hacer más rápidamente cualquier labor pesada que los diploides. Si las uniones nos admitieran, tarde o temprano acabaríamos por desplazar a los ordinarios humanos. Pero esa exhibición de fútbol no los afecta económicamente, porque no nos está permitido jugarlo contra ellos, sino exclusivamente contra equipos de nuestra nueva generación de tetras. ¿Sabes lo que

Methfessel, el promotor, quiere llevar a cabo después de los juegos de fútbol?

—¿Qué? —replicó Sena, con un nudo en la garganta.

—Quiere organizar torneos en forma real: hacer que los tetras monten grandes caballos percherones; proveerlos de flechas, espadones y todo lo que se usaba para esos torneos en la época medieval. Dice que si consigue el permiso del gobierno, pagará cien dólares diarios y quizá algo más.

—¡Por asesinato!

—No precisamente. Maurey dice que una aleación de acero con molibdeno proporcionará una armadura lo suficientemente fuerte para detener las flechas de acero cromado, y que, por supuesto, los espadones serán como de juguete.

—¿Te das cuenta, Sam? ¡Nos están haciendo pelear entre nosotros! Muy pronto estaremos tomando esos torneos seriamente y nos dividiremos en grupos rivales como los antiguos aurigas romanos, convirtiéndonos en sobornadores y asesinos. Claro que Maurey ni siquiera se pondrá a considerarlo.

—Bueno, Maurey es muy listo —replicó Sam—; de todos modos a mí no me atrae la idea de participar en esos torneos. Simplemente tomaré parte en el fútbol como un medio para vivir por el momento. Quizá hasta podremos encontrar muy pronto una casa.

—Puede ser —dijo Sena—. Pero mientras tanto no tendremos otro recurso que acudir a los dormitorios públicos. Envidio a los que tienen sus padres que viven cerca de la Universidad...

—No los envidies —la interrumpió Sam—. Mis padres me tienen miedo. Lo único que ellos pensaron acerca del tratamiento de paracolchicina fue que harían de mí un hombre fuerte y grande. Y ahora soy, ¡oh!, bueno, no muy velludo, ya sabes. Mi hermano mayor me detesta. Le hago sentirse como un *pony* y alega que sus negocios se ven afectados por tener un tetra en la familia. Del modo como lo dice parece que alguien tuviera un cocodrilo atado con una cuerda.

—Lo entiendo, Sam. Pero vale la pena. Hay un viejo cuento indio que habla de la oruga cornuda que se acercó a mamá tortuga a lamentarse de su fealdad. Esta tenía una copa llena hasta la mitad de un vino delicioso y la otra mitad contenía un líquido de sabor desagradable. Hizo que la oruga bebiera; pero al hacerlo se mezclaron los dos contenidos, y desde entonces, las orugas se convirtieron en bellas mariposas, pero no pudieron evitar el ser tan feas mientras dura su metamorfosis.

Sam rio burlonamente, y comentó:

—Esos cuentos son como el colocar un pastel en el firmamento: la vieja ley de compensación de Emerson. Yo no trato de mejorar las cosas para nosotros, pobres orugas malditas; no me consuelas al prometerme que en el futuro me convertiré en una bella mariposa. Caminemos o llegaremos tarde a la clase de filosofía.

El cachorro tenía apenas seis semanas de nacido; ya empezaba a caminar,

vacilante aún, sobre el piso del laboratorio; ensayaba pequeños saltos, pero caía sobre sus patas traseras, e inesperadamente, se sumía en profundo sueño en medio de alguno de sus intentos. Le habían designado su propia caja para dormir, pero prefería hacerlo en un cesto de desperdicio que se encontraba volcado y era demasiado pequeño para él.

El doctor Fred, Frederick R. Hyatt, en días formales, miraba a la perrita mientras esta mordisqueaba la pata de una mesa. Maurice Saint George observaba a los dos con una expresión que parecía indicar no saber quién de los dos le divertía más.

—Pero, ¿por qué escogió usted un perro, doctor Fred? Con seguridad quería usted llevar a cabo todos los experimentos necesarios en animales antes de hacerlo con humanos. ¿Hay algo nuevo?

—¿Eh? ¿Nuevo? No; no es nada nuevo —respondió el doctor Fred—. Es algo que había abandonado en las primeras etapas del trabajo. Esta perrita es como un niño de probeta; su madre fue inseminada con espermatozoides conservados en una solución de suero fisiológico y le agregué una dosis adecuada de paracolchicina.

—Entonces, ¿solamente pretende duplicar los espermias cromosomas?

—Correcto. Es una triploide, no una tetraploide, aunque parece que va a ser tan grande como un caballo, como el resto de mis criaturas.

La perrita no pudo mantenerse de pie, y dio una voltereta en el suelo, quedando con las patas tendidas. Lanzó hacia Maurey un sordo ladrido, como culpándolo por su caída. El doctor Fred la levantó, poniéndola de nuevo en su caja y diciéndole cariñosamente:

—A dormir, Decibelle.

Al encontrarse de repente en la oscuridad, Decibelle, obediente, aunque no por su voluntad, se durmió.

—Será una bonita mascota —dijo Maurey.

—No lo crea usted así, Maurice. No nos atreveremos a exhibir en público animales gigantes en esta etapa evolutiva. Decibelle tendrá el ladrido más imponente de todos los de su especie en el mundo entero; más que los Gran Daneses o San Bernardos. Si la exhibiéramos, se nos vendría encima una prohibición judicial inmediatamente.

Se levantó Maurey de su silla. El doctor Fred advirtió con interés que al ponerse de pie no inclinó la cabeza como era habitual en los otros tetraploides. El techo del laboratorio tenía suficiente altura para que aun el más alto de ellos pudiera estar cómodamente; pero de todas maneras era difícil para ellos vencer la tendencia que adquirieron al penetrar en las habitaciones ordinarias. Evidentemente, Maurice se había sacudido aquel hábito; en general, Maurice parecía ser el que mejor se había ajustado a su estatura de gigante y también, sin discusión alguna, tenía el más elevado cociente de inteligencia.

Bueno, en realidad no había por qué sorprenderse. A pesar de inducirlo a doblar los cromosomas, o mejor dicho, impedirle la división reductora durante la mitosis, el tratamiento con la paracolchicina en realidad no tuvo ningún efecto genético, esto es, que no afectó los genes en sí. Lo que se produjo en él, fue una mutación completa; no ocurrió una metamorfosis catastrófica resultante de cambios químicos en la heteromatina genética. En vez de eso se hizo posible un cambio para la esencial expresión somática de la herencia individual, elevándola a una enorme escala. La inteligencia en aquella gran negra cabeza de Maurice, no tenía ninguna relación con la obra del doctor Fred.

Pero una inteligencia elevada no implicaba precisamente una habilidad superior en lo que se refería al medio ambiente social en el cual vivía; sin duda, había una extraña correlación entre su alto intelecto y la acumulación de aberraciones en las cuales incurría. El doctor Fred emitió un débil suspiro al pensar en ello. Los experimentos pioneros en poliploides, no habían tenido tales complejas frustraciones fuera de tono, ni los conejos ni las daturas se vieron acosados por depresiones emocionales. El doctor deseaba intensamente saber la naturaleza del ajuste de Maurice; pero no era psicólogo y no había tenido ninguna instrucción en ese campo, además de que un sentido vigoroso de la inviolabilidad personal de sus «niños», no le permitía pedirles que se sometieran a un psicoanálisis.

A través de la manchada ventana del laboratorio vio a Sena y a Sam que charlaban animadamente en la acera cercana al edificio. Todos ellos en realidad eran aún niños solitarios en un mundo ya establecido; propensos a murmuraciones, a que se rieran de ellos en aquellas sociedades secretas de largos nombres. Sujetos a que sus mayores los mataran por conservar sus secretos o por razones menos justificadas.

—Me gustaría tener esa perra —dijo Maurey, metiéndose las manos en los bolsillos de la chaqueta—. No creo que me darían miedo las censuras de mis vecinos diploides.

—Lo siento, Maurice. Todavía no. La necesito aquí de todos modos.

—Estoy de acuerdo en que usted la necesite, desde el momento en que es una triploide —dijo Maurey frunciendo el ceño y mirando al confuso abrigo que la cubría—; pero la quiero cuando haya usted terminado con ella. No importa cuánto crezca, la ley no puede clasificar como animal salvaje a un perro ordinario que ha conservado su forma natural, y no hay ningún modo legal de que me la puedan quitar, a menos que contraiga la rabia o algo por el estilo.

El doctor Fred se arregló los anteojos contra las cejas. Su vista se había estabilizado muchos años atrás y aún conservaba el mismo anticuado modelo de anteojos, con una pieza de concha que descansaba sobre su nariz, pero cada vez que se inclinaba tenía que volver a subírselos porque se le venían hasta el final del órgano del olfato.

—Se meterá usted en aprietos —le dijo—. No dudo que usted podrá ampararse con la ley en ese asunto, Maurice; pero no creo aconsejable que trate de hacerlo. No son las leyes existentes las que deben preocuparnos, sino las que en el futuro vayan a establecer los diploides si es que les damos motivos para ello.

—Perdóneme, doctor Fred; pero creo que usted se excede tomando precauciones; y quizá también en honradez. Nosotros, los gigantes, vamos a vivir muchos años, y no veo por qué razón hemos de continuar con esa política de evitar conflictos con los diploides. Hay muchas probables ventajas con los animales tetraploides. Gatos, por ejemplo. Un gato tetraploide será la respuesta perfecta para resolver el problema de los ratones. Tales gatos no jugarían con ellos y los erradicarían por completo.

—Los gatos —replicó el doctor— tienen su manera de echarse, de agarrar las cosas y patear con sus patas traseras cuando juegan. Un gato tetraploide que tratara de jugar con un niño diploide lo haría trizas.

—Tal gato no sería más peligroso para un niño humano que una bañera, estadísticamente hablando.

—Maurice, usted no está tratando con estadísticas, sino con emociones. Los quince tetras de Pasadena tenían la lógica y la razón de su parte. Pero, ¿ha olvidado usted lo que les sucedió?

Con las manos metidas todavía en los bolsillos, Maurey giró sobre sus tacones, dio tres pasos rápidos y se golpeó en la coronilla con el dintel de la puerta. El doctor Fred lo miró con tristeza. Maurey permaneció en silencio en el lugar y posición en que quedó cuando el golpe. Al fin, nuevamente se dirigió al doctor y le dijo:

—No, no lo he olvidado —sus ojos estaban llenos de lágrimas, pero sonreía como si el haber reprimido una maldición por el accidente, hubiera sido una victoria—. No lo olvidaré jamás. Los diploides están tratando de hacernos creer que nunca ocurrió aquello, pero yo siempre lo tendré presente. Aquel grupo de quince no era inteligente, sin embargo, nosotros hemos aprendido una lección. Ellos únicamente contaban con la fuerza y se olvidaron de unificarse.

—Por favor, ¿qué significa eso?

—Engaño —dijo Maurice, saliendo.

El doctor Fred vio con tristeza su salida. Quizá el ajuste de Maurice como tetraploide era...

El cachorrito, gruñendo, sacó la cabeza de la frazada que lo abrigaba. El doctor le empujó el hocico hacia el fondo de la caja, ordenándole:

—¡Duerme, maldito!

Dos

Los titanes, como Ira Methfessel había bautizado a su primer equipo, siguieron las prácticas obedientemente; pero aun sin las armaduras, eran lentos; así tan lentos como eran para pensar, lo eran para correr. Muchos de los jóvenes tetraploides habían visto juegos de fútbol, pero jamás les había sido permitido jugar durante sus días de escolares, de modo que ya siendo adultos y sin ninguna experiencia, el tener que correr con armaduras y protectores en los hombros y rodillas era una doble desventaja.

De cualquier forma, ya Ira tenía todo planeado y era hombre que no se daba por vencido fácilmente; llevó a sus tetras a un gran salón y con suma paciencia empezó a explicarles en lo que consistía el juego, describiéndoles en un gran pizarrón las primeras jugadas rudimentarias, pases de pelota en corto, varias formas de burlar a los jugadores contrarios, jugadas laterales, pases por aire, cómo penetrar por línea estando al borde de la zona final, etc. Al cabo de varios días de teoría los trasladó al campo de prácticas, teniendo siempre en cuenta que el uso de la fuerza bruta del equipo sería lo que esencialmente habría de divertir a los espectadores.

Las primeras carreras, prácticas con la pelota, jugadas desplegadas y laterales fueron un desorden completo: tropezaban unos con otros, se interferían en las carreras, tiraban la pesada bola sin lograr un solo pase, su lentitud para mover piernas y brazos era desesperante; pero Ira se consolaba pensando que el equipo contrario, los Atlántidas, estaba también formado por tetras, y consideraba que no podrían ser mejores que sus Titanes, y no olvidaba que la multitud en lo que principalmente estaba interesada era en ver a aquellos colosos en acción, sin importarle mucho su torpeza.

Methfessel era un diploide, promotor, entrenador y parte activa del propio equipo. Medía dos metros veinte centímetros, estatura poco común entre los diploides normales, tenía una fuerza extraordinaria, pero al lado de sus gigantes parecía una mascota. Sin embargo, los trataba como si fueran chicos de escuela. Durante los entrenamientos sudaba y maldecía. Sus tetras respondían a sus improperios con otros semejantes, pero lo hacían alegremente porque en medio de todo respetaban su inteligencia.

Para el día del juego, Ira había logrado transformar el inicial rebaño de torpes e imponentes rinocerontes en un grupo más o menos organizado que podía coordinar sus jugadas con algunos recursos que a fuerza de tesón les inculcó y se los hacía presentes a toda hora. Los jugadores de ambos equipos utilizarían modernos cohetes de retropropulsión debajo de sus hombreras, y también fue una labor dura enseñarles su funcionamiento y poder sacar provecho de ellos. El objeto era ayudarlos a movilizarse hacia adelante cuando fuera necesario.

Llegó al fin el día de la exhibición. Se agotó el boletaje y el estadio se llenó a su cupo máximo. Quedaron algunos miles de gentes a las puertas de entrada, ansiosas también de presenciar aquel nuevo espectáculo.

Ira Methfessel pudo apreciar inmediatamente los buenos resultados del duro entrenamiento a que había sometido a sus Titanes. Desde los primeros momentos del juego se manifestó la mejor organización y menor lentitud de sus tetras.

El pateo inicial correspondió a los Atlántidas. Lo hizo el pateador con tal fuerza que salió la bola de 12 kilos disparada fuera del estadio. Esto arrancó risotadas y gritos de admiración del público. Más tarde fue recogida aquella pelota parcialmente deshecha en los suburbios de la ciudad.

Se repitió el saque y, ya con menos impulso, quedó la bola dentro del campo, logrando Sam Ettinger apoderarse de ella. Los Titanes, sus compañeros de equipo dirigidos por Methfessel, fueron protegiéndole y le abrieron paso, un poco con habilidad, pero más con la fuerza bruta y el impulso de los cohetes que funcionaban eficazmente debajo de sus hombreras; penetró Sam en la zona final para anotar su primer down.

La aclamación que se desató en el estadio fue unánime. En las tribunas no había partidarios; el deseo general que los había llevado era uno solo: presenciar a aquellos dos grupos de colosos oponiendo sus descomunales fuerzas unos contra otros. Por tal razón los miles de espectadores aplaudieron aquella primera anotación, sin diferencia de opiniones.

El entusiasmo entre las filas de ambos equipos era visible. Se prepararon para reanudar el juego. Ira reunió a sus Titanes y los felicitó, recomendando, especialmente a Sam, que no hiciera uso exagerado de sus cohetes.

—Nos podrían aplicar una severa sanción si golpeas demasiado a los contrarios, Sam.

—Lo tendré presente, Ira —le contestó Sam—. Yo sólo traté de hacer a un lado a esa defensa izquierda y lo logré.

—De acuerdo, pero no abuses —le replicó Ira—. Fue mucha suerte que los referís no te vieran. Bueno, y ahora la jugada número ochenta.

Llegó el turno de patear a los Titanes. Los Atlántidas se apoderaron de la bola, pero al primer pase, el jugador fue despojado de ella y pasó nuevamente a poder de los tetras de Ira. Tuvieron su primero y diez yardas por avanzar. Se extendieron en forma de abanico por el campo; sus relucientes armaduras brillaban a la luz del sol y ya se iban acercando por segunda vez a la línea de meta. Sam tomó su posición de medio izquierdo y se inclinó para esperar. Le causó agradable sorpresa el darse cuenta de que estaba gozando del juego. Las emociones del primer esfuerzo brutal, la resistencia que le ofrecían los contrarios con sus abultados hombros y pechos, le estaban proporcionando un gran alivio a la contenida obligación de odiar todo lo que

le rodeaba y que los cincuenta años de adoctrinamiento por parte del doctor Fred no habían logrado calmarlo.

Hammy Saunders, uno de los mejores tetras del equipo, lanzó la bola hacia atrás; se apreciaban las rayas pintadas de negro y amarillo girando en el espacio. Ira la recibió y corrió a colocarla en las manos de Sam que empezó a correr. Las figuras armadas ya se extendían rechazando a sus oponentes con recios golpes de guanteletes. La multitud rugía entusiasmada.

Sam localizó las hombreras rojas de Hammy que iba por delante de los dispersos gigantes y no se encontraba marcado. El casco de Saunders era como el de los demás: de plástico, con enrejado de protección para ojos y nariz. Ya empezaba a obscurecerse por la tierra cuando un atlántida se precipitó sobre Sam, pero este tuvo tiempo para disparar la bola hacia Hammy Saunders. Este retrocedió un poco para alcanzarla, y con sus cohetes escupiendo fuego, dio un tremendo salto. La recibió en el pecho y fue tan tremendo el impacto que voló cinco o seis metros sobre el campo para caer pesadamente.

Allí quedó sin movimiento.

Sonó el silbato del referí. Los dos equipos y hombres de campo se agruparon alrededor de Hammy olvidando sus rivalidades. Sam se abrió paso entre el compacto grupo.

El casco de Hammy se había partido a lo largo del enrejado. Una de las barras se desprendió y, al incrustársele en el ojo izquierdo, se lo arrancó de cuajo, quedando al lado de la oreja, suspendido solamente de un fino nervio. A pesar del estado de inconsciencia en que cayó, aún retenía la pesada bola con ambas manos pegadas al pecho. La multitud en las graderías rugía de entusiasmo por la formidable jugada.

—Retírate, Sam —se oyó la voz de Ira—. Cripes, déjalo en paz. Ustedes, muchachos, háganse a un lado, Hammy necesita que lo lleven al hospital. Retírense, retírense...

Los gigantes de ambos bandos emitieron un ronco gruñido. Los referís los apartaron apresuradamente. Hammy fue sacado del campo en una camilla especial.

Sam recordó las palabras de Sena:

«¿Te das cuenta, Sam? ¡Nos están haciendo pelear entre nosotros!».

Para calmar el alboroto, Ira, tratando de organizar de nuevo a sus Titanes, les gritó:

—¡Contra ellos, muchachos! ¡No dejemos que se salgan con la suya! ¡Vamos a matarlos! ¡En formación de grupo contra el defensa izquierdo! ¡Ese tipo no ha sentido todavía lo que es un puñetazo en la cara!

—Yo no lo haré —dijo Sam.

—¿Eh? No me salgas con eso. ¿Quién dirige el equipo?

—Tú —le contestó Sam—. Pero yo me retiro. Los Atlántidas no le hicieron nada

a Hammy. Fue un accidente. Él perdió el ojo por seguir tus consejos y participar en esta salvaje exhibición. Yo me retiro.

—¡Eres un cobarde! —le gritó Ira—. ¡Gigante torpe!

Con la manaza aún cubierta con el guantelete, Sam cogió a Ira por el hombro izquierdo. La hombrera que le cubría crujió con la fuerte presión, y mientras el diploide se tambaleaba perdiendo el equilibrio, gritaba:

—¡Suéltame!

—Modera tu lenguaje, ¡asno imbécil! —le respondió Sam, tratando de controlar su enojo. La armadura crujió en su pecho y los ojos le brillaban con furia—. Estoy cansado de tus juegos. Te haría pedazos si alguien ofreciera dos centavos por ello.

Lo soltó bruscamente y le desprendió la hombrera que se le vino entre las manos con un chirrido al romperse el metal. La fue estrujando lentamente como si fuera de papel, y al hacerlo, se estremeció por el placer que le causaba imaginarse que trituraba huesos.

—Tómala —le dijo Sam, devolviendo al promotor la estrujada hombrera. Su boca se contraía con la amargura que ponía en sus palabras—. Alégrate de que no te hice eso a ti. Yo me retiro, ¿lo entiendes ahora?

Ira tomó torpemente el despojo mirando a través de la reja de su casco al furioso tetra.

—Mira, Sam —le dijo—; me estás achacando esto a mí. Nadie es culpable, como tú mismo dijiste. Tú sabías que esta exhibición era peligrosa y tampoco Hammy lo ignoraba...

Se oyó el silbato del referí y el tenso grupo completo se movió cinco yardas fuera del campo clamando tiempo fuera. Ninguno de los Titanes pareció advertirlo; seguían la disputa y se agruparon nuevamente. Algunos de los Atlántidas comenzaron a filtrarse en el tropel. En las gradas se oían protestas de impaciencia.

—Ira tiene razón —dijo Chris Harper—. Él no tuvo la culpa.

—Yo dije que ha sido un accidente —rugió Sam—. Esa clase de accidentes que los despreciables camarones que ocupan las tribunas esperan que ocurran para su diversión. Esa es la pena que nos imponen por ser nosotros una minoría. Si ellos fueran menos que nosotros, cambiaríamos lugares y nos divertiríamos a costa de ellos. ¡Yo he terminado con todo esto!

Dando zancadas salió del campo. La multitud se burlaba de él ruidosamente.

Maurey le estaba esperando cuando salió de los vestidores. El gigante más viejo sonreía irónicamente y eso le molestó a Sam debido al pésimo estado de ánimo en que había quedado, por lo que a pesar del respeto que Maurice le inspiraba le increpó:

—¿A qué viene esa sonrisa burlona? ¿Acaso es gracioso que un hombre pierda un ojo como acaba de ocurrir allá en el campo?

—De ningún modo —dijo Maurey, tratando de consolarlo. La ironía de su sonrisa

desapareció en parte—. Te aseguro que lo considero seriamente, Sam. ¿Regresas conmigo al laboratorio?

—Si me necesitas, iré. De todos modos no tengo adonde ir mientras Sena se desocupa.

—Muy bien —dijo Maurey—. Te llevaré si gustas. Mi autoplano lo dejé en el estacionamiento.

No dijo nada más Maurey hasta que entraron con su autoplano en el viaducto que los llevaría de regreso a la ciudad, y aun entonces no se mostraba muy comunicativo. Puso en acción la hélice de su autoplano, lo elevó casi verticalmente, y dijo a Sam:

—¿De modo que al final de cuentas Ira te hizo enojar?

—Sí —contestó Sam. Fue una respuesta sorda; permanecía sentado, inmóvil, mirando hacia el frente. Ya había empezado a sentirse un poco culpable por la conducta violenta que observó en el campo de juego, pero la pregunta de Maurey lo rebeló nuevamente y continuó con énfasis—: Yo creo, Maurey, que ya es tiempo de que dentro de esta maldita cultura encontremos otros trabajos productivos para nosotros los gigantes. El accidente no fue culpa de Ira. Debemos de culpar a los diploides.

—¿A todos? —replicó Maurey tranquilamente.

—Sí, a todos. Supongo que tú quieres que exceptúe al doctor Fred, pero no. Él desea nuestro bien, y ha sido uno de los factores principales para tenernos satisfechos, en una forma moderada al menos, con el actual estado de cosas. Pero eso no podrá durar siempre.

Maurey le echó una mirada de reojo y le dijo:

—Eso le he estado diciendo al doctor Fred, pero él es demasiado viejo para cambiar. Nosotros tendremos que labrarnos nuestro propio futuro si la situación actual no nos agrada.

—¿Se te ocurre alguna idea? —le preguntó Sam con curiosidad.

—Sí, creo que sí. Pero antes de que empiece a hablar de lo que planeo, quiero estar seguro de que no vaya a resultar otra masacre como la de Pasadena.

—Yo soy discreto —dijo Sam—. ¿No podrías decirme algo de lo que se te ocurre?

—Bueno, en esencia es verdaderamente simple. Quiero comenzar con un proyecto para casa-habitación exclusivamente para nosotros. La zona desmilitarizada de la Luna hace poco ha sido declarada territorio público; yo creo...

—Eso no suena tan sencillo —dijo Sam—. Volvemos a Pasadena, Maurey, y es precisamente lo que a los diploides les gustaría: tenernos a todos reunidos en una zona determinada donde pudieran bombardearnos y extinguirnos de una vez por todas.

Maurey maniobró en su autoplano dirigiéndolo a tierra.

—No soy tan estúpido, Sam —replicó sonriente—. Por supuesto que superficialmente sí parece que volvemos a un caso semejante al de Pasadena, pero es intencional. Hace tiempo que vengo meditando sobre ello y he llegado a la conclusión de que la única forma de obtener algo de los diploides es aparentar que hacemos las cosas a su modo. «Aparentar», Sam. En realidad, pienso que nuestros pares tetraploides no durarán más de un mes. Cuando haya transcurrido ese lapso podrán ocurrir cualquiera de estas dos cosas: o nos habremos extinguido, o estaremos en posición de dictar los términos de arrendamiento en tierra diploide. Espero que algún día podremos tener un verdadero planeta, y preferiría que fuera este en el cual vivimos ahora; los tetras están llamados a multiplicarse. La mayoría de los padres de familia se verán obligados a no negar a sus hijos las ventajas de la Tetraploidea en un mundo donde los tetras son parte normal del orden de las cosas.

Sam estaba un poco confuso.

—Te olvidas del ángulo de la baja fertilidad —le objetó a Maurey—. Todavía existe mucha oposición moral y religiosa hacia nuestros arreglos matrimoniales en común, y todavía encontramos más obstáculos si consideramos la veneración que se debe a la maternidad. Muchas madres de familia preferirían morir antes que aceptar tener una hija gigante. Esa es la razón por la cual tenemos pocas mujeres; y los diploides se sienten orgullosos de ser más prolíficos que nosotros.

—Seguro, seguro. Así está el problema. Yo no dije que mi plan iba a ser fácil —diciendo esto, Maurey hábilmente bajó su autoplano a la carretera firme, desconectó la hélice y lo guio por la línea que conducía a la universidad—. Mi idea es que nosotros tenemos que simular que les llevamos la corriente a los diploides por un tiempo. Sintetizando, nuestra labor es esta: hacer que, los diploides pongan armas en nuestras manos. El doctor Fred ya nos ha proporcionado una...

—¿Quieres decir, nuestra estatura?

—No, esa no es todavía una gran ventaja, y además, esa no es la clase de armas a la que me refiero. ¿No conoces a Decibelle? —preguntó Maurey.

—¿Ese tonto cachorro? ¡No me digas! Me hace pedazos mis agujetas.

—El doctor Fred no ve todas esas implicaciones, me alegra decirlo —dijo Maurey—. También vamos a emplear los efectos atómicos de la reacción negativa que estamos tan afanados en producir y que tarde o temprano será un arma. De esto tenemos que estar agradecidos, Sam. Pero ante todo dependemos de Ira y sus bobos torneos.

—¡Gran Júpiter! —exclamó Sam—. Vas a acabar por decirme que regrese a jugar fútbol con Ira.

—Eso es precisamente lo que quiero —replicó Maurey serenamente—. No puedo ordenarte que lo hagas, porque soy tu superior solamente en el laboratorio, pero te agradecería que así lo hicieras. Quiero que los singulares torneos que Ira organiza

alcancen su *máximo*, por lo que eso significa para mi plan. Si logramos producir a tiempo los efectos atómicos de la reacción negativa, se los proporcionaremos a Ira y tendría un mejoramiento estupendo muy por encima de esos cohetes de retropropulsión que usan ustedes bajo sus hombreras, y que, empleados como arma, serían de las más mortíferas que jamás haya registrado la historia. Dejo a tu consideración, Sam, formarte un concepto de lo que significarían todos esos objetos. Pero, hemos llegado.

Estacionó su autoplano en los sótanos del Laboratorio de Radiación para Graduados y entró empujando la puerta oscilatoria.

—¿Quieres pasar?

—Por supuesto que sí —contestó Sam, pensativo—. Dime una cosa, Maurey, ¿qué hay de extraordinario en que logremos producir esos efectos atómicos de reacción negativa? Según mi modo de ver, eso será únicamente un juguete de laboratorio. Estoy perfectamente convencido de que muy pronto encontraremos la posición en que debemos colocar la bobina de retroceso.

—¿Todavía no lo has precisado?

—¡Noooo! Pero creo que puedo obtener la recirculación en alguna forma, quizá de acuerdo a la forma como un regenerador utiliza una fuerza neutralizada. Es lógico que no debe haber reacción en absoluto.

Encogiéndose de hombros dijo Maurey:

—La Tercera Ley del Movimiento de Newton quedará desvirtuada universalmente como ha ocurrido con sus otras leyes. De todos modos, Sam, trata de localizar con precisión el lugar para tu retrobobina para que no haya errores. Pero si resulta con que no hay tales efectos iguales opuestos...

—Los habrá, Maurey —le interrumpió Sam con firmeza—. Siempre los hay. ¿No vienes conmigo?

—No, Sam; tengo otras cosas que atender. Tienes tu llave, ¿verdad? Muy bien, nos veremos mañana.

Subió Sam las escaleras y entró en el laboratorio olvidándose en seguida de Maurey. Aunque era fácilmente absorbido por los asuntos políticos, la presencia de problemas técnicos le hacía olvidarse de cualquier otra cosa. Ya se había olvidado de la disputa con Ira Methfessel; también ya casi no recordaba los planes que Maurey le había comunicado para establecer a los tetras en un territorio exclusivo, dotándolos de casas propias adecuadas y que no se las disputaran los diploides. La idea que le sugirió Maurey de la Tercera Ley del Movimiento de Newton, quizá no tuviera aplicación alguna al juguete que tenía entre manos, pero había sido suficiente para atraer toda su atención.

Conectó en su aparato los elevadores de potencia y esperó a que sus tubos se calentaran. ¡Tal pérdida de energía!, y sólo por la imposibilidad de no usar

transistores. Lo comprendía, pero ese otro asunto...

Originalmente, el experimento había sido encaminado para explorar algunos efectos laterales de la rotación magnética; un proyecto rutinario de elevadas altitudes. Sam y Maurey habían pensado que el gobierno esperaba obtener alguna fórmula de antigraavedad aplicando la teoría magnética de Blacket y Dirac. Pero hasta aquella fecha, no había aparecido tal solución; en lugar de ello...

Probando su aparato, Sam tocó la llave experimentalmente. Al extremo opuesto del salón se agitó una campana sonando alegremente, aunque no estaba conectada en ninguna forma con el aparato.

Se levantó Sam, bajó la campana y colocó otro blanco para prácticas. Su máquina funcionaba como siempre. Cada átomo de energía que pasaba por ella, era medido. Hasta las pérdidas que ocasionaba la medición estaban calculadas. Y la fuerza de empuje que ese pulso invisible disparaba contra el blanco, siempre igualaba exactamente la cantidad de fuerza que usaba el aparato.

No había ninguna equivalencia en retroceso.

Suponiendo que esa aparente falta de regresión fuera real, según Maurey había opinado; suponiendo que, por una vez, una acción no implicaba una reacción igual y opuesta, o que un objeto que era empujado no ofreciera ninguna fuerza de retroceso...

El blanco que había colocado sí había retrocedido, pero eso era secundario —*ex post facto*—, comoquiera que fuese. Cambió el sistema de medición y probó de nuevo. No hubo aumento en la cantidad de calor que lanzaban los tubos cuando el dispositivo era «disparado». El conjunto de cables tampoco se calentó. Siguiendo una corazonada, hizo una bobina libre con la carga de plomo tomada de la fuerza principal, corrió al cuarto contiguo a sacar una taza de aire líquido del laboratorio de presión y sumergió su bobina en ella. La colocó en el aparato en diferente posición, y en el momento en que oprimió el botón, el blanco estalló. Emocionado, Sam comparó las lecturas del medidor de objetivos contra la resistencia disminuida de la bobina fría. Coincidían hasta la última fracción decimal. Nada perdido en resistencia. ¿Entonces, qué? La ebullición del aire líquido no se había acelerado visiblemente cuando el pulso fue lanzado, pero no podía confiarse en la vista para detectar tal cosa. Para confirmar por última vez embotelló el aire líquido y la bobina en un frasco de Dewar con un inductor Rahm muy sensitivo como tapón, conectándolo a un kimógrafo.

Disparó el dispositivo cuatro veces. La línea del tambor del kimógrafo no mostró alteración alguna ni en su parte alta ni en la baja. Y como antes ya había fallado repetidamente en detectar ninguna radiación o efectos subópticos...

La Tercera Ley del Movimiento de Newton había sido desbaratada...

Las cifras matemáticas para describir las fórmulas que empleó podrían esperar.

Consideraba, además, que le iba a ser muy simple probar su nueva teoría y clasificar aquella de Newton como una teoría incoherente. Lo que más interesaba en esos momentos a Sam era reensamblar su aparato para hacerlo portátil. Aun para él que no tenía un ojo práctico para su propio descubrimiento, las ventajas de las probabilidades que ofrecía eran evidentes. Si un hombre pudiera sostener en las manos un artefacto como aquel y aplicar toda la fuerza de que disponía contra algún objeto; si él pudiera convertir, por ejemplo, un par de miles de kilovatios en empuje físico contra una carga pesada, dos o tres hombres podrían levantar sin tocarla una locomotora pesada, o...

Diseñar un proyector compacto no lo encontraba difícil. Con excepción de los dos tubos principales, todo lo demás podía ser reemplazado con un par de 6V6 sin mucha pérdida de eficiencia, y la eficiencia y la pérdida podrían ser expresadas en calor y disipadas sin daño alguno efectuando la descarga del pulso desde un tubo realzado con un reflector detrás de él. También el realce podía ser cargado para lograr un campo de enfocamiento, y el tubo podía ser de plata y actuar como guía de ondas...

Una hora más tarde, Sam había logrado un objeto que podría haber sido el arco para flechas del siglo veintiuno, pero que no necesitaba del arco para lanzarlas. Su creación era un poco incómoda, ciertamente, pero lo que importaba era que funcionaba a la perfección.

De pie junto a la ventana del laboratorio, se estuvo divirtiendo proyectando su aparato hacia las gentes que pasaban, quitándoles los sombreros de las cabezas, hasta que, por estar demasiado oscuro, suspendió su práctica que se iba haciendo peligrosa. Entonces colocó su dispositivo sobre la mesa, salió del laboratorio silbando una alegre tonada y se dirigió hacia los dormitorios.

Un estudiante de historia podría esperar desde esos momentos algún suceso importante; pero Sam era solamente un científico.

Tres

Las ventanas del laboratorio de radiación para graduados eran como las de cualquier otro laboratorio de colegio: grandes, colocadas inadecuadamente y sin lavar desde hacía mucho tiempo. Maurey no vio el dispositivo en el banco hasta después de varios minutos de haber entrado al laboratorio, debido a que la luz del sol que penetraba durante el día, no permitía distinguir bien las cosas que se encontraban sobre el banco principal de trabajo colocado al pie de las ventanas.

Cuando al fin vio el artefacto que dejó Sam, contuvo la respiración por la sorpresa que le causó. Le bastó un momento para comprobar que lo que el día anterior había sido solamente una confusión de tubos y espagueti, estaba totalmente transformado en algo prodigioso. Maurey lo miró detenidamente. Lo que veía elevaba grandemente la estima en que tenía a Sam. Lo que un día antes había sido solamente un generador y había ocupado tanto espacio como un viejo radio superheterodino, ahora estaba perfectamente bien ensamblado a lo largo de un eje sencillo, con excepción de los forros de plomo; lo demás era poco más difícil de manejarse que una escopeta ordinaria.

Sam le había dado un arma poderosa a Maurey.

Silenciosamente corrió la cerradura de la puerta. El frasco de Dewar ya vacío y puesto entre el desecho hablaba elocuentemente. También sugería algo que Sam había evidentemente menospreciado. Encontró Maurey la bobina libre de Sam y le hizo un recipiente con grapas para sujetar el frasco de Dewar debajo del tubo de plata del rifle. Tomó el aire líquido usando el mismo recurso que Sam había usado, pero en vez de poner el tapón al frasco, le soldó un conducto que llevó hasta un generador a reacción que movía un ventilador delgado. Dos pilas eléctricas para lámpara de mano y un pequeño transformador completaron la obra; había liberado la fuerza del plomo.

El dispositivo ya era completamente portátil, y mientras no le faltara el aire líquido, era la primera máquina de movimiento continuo en la historia. Si se montaba en un proyector semiportátil, pensó Maurey, podría ser utilizado para operar una compresora completando el circuito. Le entusiasmó la idea.

Envolvió el aparato en periódicos y salió.

Los estudiantes que se encontraban en el patio le saludaron de lejos. Maurey era bien estimado; con su aire tranquilo de cosmopolita era envidiado por los jóvenes, y entre los preparatorianos existía el ideal de igualdad de derechos para los tetras, movimiento que Maurey había tenido buen cuidado de extender. Los muchachos diploides lo querían, mientras a los jóvenes gigantes solamente los respetaban.

—¡Hola, Maurey! ¿Qué llevas debajo del brazo?

—Trapos mojados —contestó—. ¿Cómo estás, June? ¿Terminaste ya con la disputa que tenías con tus padres?

—Sí, gracias a usted. ¿Irá esta noche a nuestra reunión?

—Así lo deseo, pero no vayan a esperarme mucho, por si no puedo ir.

Se cercioró de que el arma estuviera bien envuelta en el periódico y se despidió de la muchacha, encaminándose por el sendero de grava. Al lado opuesto del patio vio a otro gigante, pero estaba demasiado lejos para poder precisar quién sería. Desde luego era masculina la figura, pero hasta ahí fue lo que Maurey pudo determinar. Sintió un deseo violento de correr hacia él, gritando, para hacerle partícipe de lo que poseían y declarar de una vez la guerra a los escurridizos pigmeos, exterminarlos con el arma poderosa que traía debajo del brazo, como si fueran pichones de barro, pero...

Todavía no. Controló sus ímpetus y continuó pausadamente su camino sonriendo a los jóvenes diploides que lo veneraban.

Se daba cuenta de que su plan inmediato estaba todavía muy lejos de ser perfecto. Pensaba que más importante por el momento era el haber logrado sacar el arma fuera del edificio de Radiología, pues consideraba que si alguien que entendiera la encontraba, se vería desposeído de ella.

Sam no se preocuparía mucho por su desaparición, ya que pensaría que Maurey la había tomado, y cuando comprobara que así había sido, quedaría satisfecho. Por otro lado, el doctor Fred sabría inmediatamente que aquel artefacto no era un arma, sino simplemente un juguete del laboratorio de Radiación; de modo que, probablemente, el mejor lugar para guardarla mientras se la entregaba a Methfessel, era la caja de seguridad del propio doctor. Este era fanático en lo que se refería a respetar los derechos de propiedad de los gigantes. Cuando encontrara el proyector lo identificaría como pertenencia de Maurey y lo respetaría.

Todas estas reflexiones no eran más que psicología de salón basada falsamente sobre la estima de Maurey hacia la gente que le tenía afecto, pero por el momento no podría ser de otro modo. También consideró de importancia el persuadir a Sam de que no hiciera público su descubrimiento. No sería fácil convencerlo, ya que Sam, como cualquier estudiante ordinario de laboratorio, dependía de su reputación científica para lograr un aumento en su pequeño ingreso. Un descubrimiento tan revolucionario como este podría valerle un puesto de asistente de profesor.

Se sorprendió un poco Maurey al encontrar vacío el laboratorio del doctor Fred. El viejo científico casi no salía por aquellos días; tenía el rango de Profesor Emérito; no estaba obligado ya a la enseñanza de clase alguna y pasaba las horas que no dormía, que eran veinte de las veinticuatro del día, ocupado en su laboratorio preparando secciones microtónicas, arreglando, tiñendo, montando, diseñando y archivando los miles de especímenes o células necesarias para cualquier experimento en poliploidea. De modo que si no se encontraba allí, con seguridad debía estar tomando una de sus indispensables siestas.

Bueno, pensó Maurey, así era mejor. Se arrodilló ante la caja de seguridad. Una de las descuidadas habilidades tetraploides que se había afinado en Maurey era la del oído; los músculos de su medio oído eran tan sensitivos como los de las pupilas de sus ojos, y cuando se lo proponía por necesidad, podía reducir la superficie vibratoria del tambor de su oído a una abertura no mayor que la cabeza de un alfiler. Entonces era capaz de percibir sonidos desde 4 hasta 30 000 ciclos y hacerlo en forma selectiva; había grabado en su memoria los golpecitos casi imperceptibles de la caja fuerte desde la primera vez que el doctor Fred la abrió en su presencia.

La abrió sin dificultad, causándole gran disgusto encontrar lo que no había esperado. La caja estaba llena de papeles. Más que llena estaba atiborrada. Dos de los tres compartimientos ocupados con cajas pequeñas y el tercero contenía los ya familiares tubitos de paracolchicina que se usaban en el laboratorio. El resto de la caja estaba repleto de papeles, de notas, papel de copia, de dibujo, fotomicrografías, cartas, folletos delgados con grandes títulos, tarjetas de archivo y algo que a Maurey le pareció serían brillantes bloquecitos con lentes de silicón tratado. Una considerable porción de todo esto se le vino encima a Maurey en el momento en que abrió la puerta.

Lanzó un juramento. Desde una caja situada debajo de la mesa, se oyó un estornudo en respuesta y Decibelle dejó ver su cabeza fijando en Maurey sus ojos cafés con aire de reproche.

—¡Duérmete, maldito animalejo! ¿Qué voy a hacer con?...

Se dio cuenta de que estaba hablando en voz alta y guardó silencio. Como medida preliminar, tomó todos los papeles, y, haciendo cuatro montones sobre la mesa, los ató con una cuerda. Era obvio que no estaban seleccionados cuando los metieron en la caja, así que no perjudicaría en absoluto el redistribuirlos para lograr algún espacio para su arma. Después, colocó todo por tamaños, clasificando películas, notas, publicaciones, y demás artículos.

Tropezó la mano de Maurey con una hoja tamaño carta y la tomó para leerla.

CARLIN, SENA

HYATT

Jane Hyatt

Anthony Armisted

Carlin Series 0-573-9-002

Ligados sexualmente, doble-diploidea con tetra-ploidea marcada; cf. cartas de cromosomas: 2, 3, 6, 8, 9, 10, 14, 15, 18, 21, 22, 24.

Fuerte cruce de cromosomas diploideas. Cromosoma-X Tri-ploidea. Somáticamente una aparente tetraploide individual normal con sólo una ligera división...

Naturalmente, no era novedad para Maurey el leer que Sena tenía sangre de Hyatt. La mayoría de los gigantes tenía sangre de otros, con excepción de la generación joven que había tenido que sufrir debido a una orden de la Corte del gobierno que le prohibió al doctor Fred contribuir con células embrionarias a los experimentos de poliploides.

Pero, ¿qué diablos era doble-diploidea? Dos y dos son cuatro, cualquier tonto lo sabía. Pero aun así, el doctor Fred debía de haber tenido alguna razón para clasificar a Sena como doblediploidea y no tetraploidea. ¡Y esa referencia que hacía de la «división»! Esa delicada palabra la usó deliberadamente en vez de poner «separación» o cualquier otro término que pudiera referirse a la psicología de Sena. Esa frase que empezaba con el término crucial de «somáticamente».

Maurey no era un genético, pero conocía su propia historia clínica y estaba acostumbrado a las abreviaturas que usaban los científicos. Sólo encontraba una interpretación posible. Alguno de los veinticuatro pares de cromosomas que transmitían la herencia humana y que habían sido aplicados a Sena en doble cantidad, no se habían duplicado, «no habían sido duplicados» deliberadamente, por la ingenua falla en los historiales del doctor Fred que hacía patente la sorpresa al traicionar los planes anteriores. Muchos de aquellos que habían doblado aún estaban actuando como juegos de pares, en vez de actuar como grupos de cuatro, y de aquellos mismos, muchos habían exhibido el peculiar fenómeno mezclador de genes llamados cruce de cromosomas diploideas, así que sus efectos genéticos no serían localizables por generaciones, excepto por medio de laboriosos procesos de mapas delineados de cromosomas, y aun entonces debía ser realizada esa labor por alguien que conociera el fundamental secreto que el doctor Fred había escrito en aquella página.

Maurey se tocó con los dedos el doloroso sitio de su oreja, del cual el doctor Fred tomaba su sangre para las biopsias periódicas que realizaba con él y con todos sus «muchachos». La transpiración de sus dedos le produjo ardor en la región tocada y todo su cuerpo se estremeció de furia y frustración.

«Los tetraploides no eran el fin de la historia».

Venía una nueva forma. Sena era el principio de ella y no se podía decir hasta qué punto las nuevas criaturas producto de la tectogenesia del doctor Fred podrían hacer ver a los gigantes como una especie anticuada. Sena se veía como tetraploide, pero sus hijos serían...

Si a Sena se le permitía tener hijos, ¿cómo resultarían?

El cachorro gruñó debajo de la mesa al golpearse el hombro contra el piso. Con su andar inseguro se acercó a Maurey dejándose caer sobre su lomo para que le rascara la panza; quedaban al descubierto sus rosadas tetas, que serían la fuente de la cual chuparían miles de triploides que la seguirían.

O quizá cachorros tetraploides, con características escondidas de lazos sexuales

doblediploides que sorprenderían a sus anticuados maestros tetraploides...

Con un gruñido, Maurey cogió violentamente el proyector enfocándolo hacia el cachorro de Brobdingnagian; contra aquel tosco animal ignorante de los planes de Maurey para hacer triunfar a los gigantes.

Maurey, haciendo uso de aquella nueva arma, lo hacía rodar hasta dejarlo tirado sobre sus orejas. Nuevamente, Maurey aplicó la fuerza del proyector contra el piso precisamente al lado de la perra, lanzándola a lo largo de todo el cuarto. Se levantó el animal ladrando furiosamente, brincando con sus patas abiertas. Esta vez, el reflejo del arma la tocó debajo de la barba. Dio un aullido mientras era lanzada contra la pared.

Maurey reía y volvió el reflector para extender sus rayos. La infeliz perra recobró su valor y se arrojó sobre él, pero este nuevamente, con su poderosa arma, la arrojó violentamente lejos de sí. «De modo que superar a los tetras, ¿eh? Ya veremos quiénes pueden desenfundar sus armas primero». Continuó lanzando a la perra de un lado a otro; metiéndola en el cesto de desperdicio y tirándolos contra la pared, haciéndolos rodar sobre el piso una y otra vez...

—¡Maurice!

Temblando, Maurey soltó el arma. Después de un breve momento, sus ojos se vieron nublados por las lágrimas.

Era el doctor Fred, naturalmente. Nadie más le llamaba Maurice. El científico estaba de pie en la puerta de entrada. La perra llegó arrastrándose hasta él sin dejar de volverse a mirar a Maurey como sorprendida por su conducta.

—Maurice, qué... Oí los aullidos del pobre cachorro a una cuadra de distancia. ¿Qué clase de instrumento es ese? ¿Estabas tratando de matarla? ¡Y has abierto mi caja de seguridad! ¿Te has vuelto loco?

Tratando de controlar su estado de ánimo y enterrándose las uñas en las palmas de las manos, dijo Maurey:

—No la estaba lastimando, doctor Fred. Era un simple juego. Ella se divertía tanto como yo —había recogido el arma, y al darse cuenta de que la tenía apuntando al pecho del doctor Fred, la bajó, y en medio de una sonora risa, continuó—: Reconozco que sus aullidos se oían como si la estuviera matando, pero es que ¡es tan grande...!

El doctor Fred pasó frente a él mientras hablaba, y se inclinó sobre los papeles que aún quedaban sobre su mesa.

—¿Por qué has abierto mi caja? —le preguntó.

Maurey le mostró el teorema preparado. El viejo hombre de ciencia refunfuñó, casi como el cachorro, y le dijo:

—Ya veo. ¿Quién te dio la combinación?

Maurey pensó que lo único indicado en la vergonzosa situación en que se

encontraba era decirle al doctor la verdad. Quizá lograra interesarle o distraer su atención hacia ese punto, pero en cualquier forma no consideró aconsejable decirle que alguna otra persona le había proporcionado la combinación. El doctor podría, quizá, investigarlo. De manera que le contó cómo la había obtenido.

—¿Es esa la verdad? —le dijo el doctor.

Buscó entre el montón de papeles hasta que encontró los de Maurey; allí estaba su historia clínica y las cartillas de sus cromosomas.

—¡Ojalá me hubieras dicho eso antes! —le dijo a Maurey, en tono petulante; las cartillas visiblemente estaban revueltas y le preguntó—: ¿Las barajaste tú? —pero corrigiéndose sin dejar de mirarlas, continuó—: No, no; ya estaban así: en un desorden absoluto; en realidad, necesito una secretaria, pero todas tienen la cabeza tan hueca... Por favor, ven a verme el próximo miércoles, ¿lo harás, Maurice? Quiero ver si puedo investigar esa agudeza auditiva. ¡Cuánto me hubiera gustado que me lo hubieras dicho antes!

—Lo noté hace poco tiempo —dijo Maurey. Ya su mente se había tranquilizado, pero su cuerpo aún temblaba. Esa reacción era inevitable y sabiéndolo ya no le inquietaba.

Pero llegaría el día en que los gigantes no necesitarían disimularle al doctor Fred...

«Y eso debía ser muy pronto».

Una aguja colgada de la punta frente a la ventana, se mecía con la regularidad de un metrónomo. En el momento en que la aguja pasaba frente al vidrio central, el doctor Fred la enhebraba con un hilo encerado, lo sacaba y volvía a enhebrarla una y otra vez.

Calmaba sus nervios de esa manera y no dejaba de hacerlo hasta no considerar que se encontraba perfectamente tranquilo. El disgusto que le había ocasionado la escena de Maurey con la perra, el ver su caja abierta, había sido tremendo; ya era demasiado viejo para sufrir emociones tan fuertes; cada perturbación hipotalámica podía alterar la coordinación que necesitaba y de la cual dependía el buen éxito de las microdisecciones y manipulación de los cromosomas.

La perra había descansado su cabeza sobre el cierre del zapato del doctor; se inclinó para examinarla. El animal parecía encontrarse bien; el juguete de Maurice, fuera lo que fuese, no le había hecho daño, aunque sí la había espantado. El doctor Fred se preguntaba que clase de objeto sería. Semejaba algún dispositivo eléctrico. Antiguamente algunos chicos sádicos, con pistolas de agua, disparaban amoníaco a los ojos de los perros. En la época del doctor Fred, los chicos se divertían haciendo sufrir a los animales con chispazos de bobinas de alta tensión; no había diferencia entre los chicos diploides o tetraploides; todos trataban de satisfacer su fantasía de poder con equivalentes crueldades.

Reflexionando, corrigió lo que pensaba; sí, había diferencia. Los gigantes, hasta los mejores de ellos, tenían que vivir en un mundo activa y sutilmente hostil; los diploides, con excepción de unos cuantos, tenían la prodigalidad de la naturaleza. Los temblores de tierra no odian a nadie, pero los diploides...

Los diploides odiaban a los gigantes, y tenían los medios para incrementar aquel odio. Su psicología era oscura; pruebas de campo tendían a mostrar que los celos de los diploides eran originados por estos factores: la longevidad y la casi increíble fuerza y terquedad de los gigantes.

Los mayores disgustos, las perturbaciones hipotalámicas, el odio que realmente sentían era ocasionado por la estatura de los tetras más que nada. Quizá inconscientemente el diploide promedio deseaba ser gigante y se sentía frustrado; pero aun así, ¿dejarían que sus hijos fueran tetras? ¡Nunca! Ninguna ventaja de los tetras compensaría el acarrear el estigma de ser tan diferentes.

Circulaban cuentos ofensivos para las mujeres tetras, basándose en el sentido cruel de la desproporción sexual de ellas, y consideraban que su fertilidad era limitada por los organismos tetraploides. «¿Sabes lo que cuentan de sus mujeres? Que no sirven para el amor, así es. Un amigo me contó que...». Este era uno de los miles de cuentos escabrosos. También habían inventado el tipo predatorio de mujer tetra — no siempre soltera— para la que los hombres tetraploides eran fácil presa. Sobre eso también circulaban chistes obscenos.

Las perturbaciones emocionales entre los gigantes se venían acentuando más y más según aumentaba la presión de los diploides. El tormento que uno de sus «muchachos» había ocasionado a aquella indefensa perra, había sido para el doctor Fred el fenómeno que más le había entristecido; más que esto, lo había sacudido hasta la base de sus planes para los gigantes, como un temblor lesiona los cimientos de una casa vieja y sólida.

Mientras el doctor Fred reflexionaba, el balanceo de la aguja colgada se hacía gradualmente más lento, tomando la dirección de la rotación de la tierra. Al final, la aguja golpeó un vidrio de la ventana y quedó inmóvil; el ligero golpecito le recordó la razón por la cual la había colocado allí. El impacto que le causó ver cómo la mente de Maurey, que consideraba hermosamente balanceada y que en aquel momento se había transformado por tal locura, le había asustado más de lo que preocupaba al doctor, no se había alterado en Maurey.

Pero lo esencial, el impacto mental, permanecía. Si el más inteligente de los gigantes se inclinaba ya hacia la fácil excusa de la persecución, si ya había caído lo suficiente como para buscar la compensación en el sadismo, entonces los planes para los tetras que el doctor Fred había elaborado, se encontraban aún muy lejos de su fase final.

El darse cuenta de aquella situación fue lo que le hizo hablar como un viejo senil,

como un doctor de ópera delante de Maurice a fin de ocultar su miedo. Había sido puramente tonto el pretender que Maurice había alterado el orden de sus papeles. No depositaba nada en la caja sin antes haber escogido cuidadosamente su contenido y sujetarlo al archivo mecánico. Deseó que el gigante no se hubiera dado cuenta de ello; pensaba el doctor que Maurey se encontraba poderosamente trastornado, pero esto era sólo un punto débil de la vaga esperanza que abrigaba el doctor Fred. Naturalmente, el sentido de culpabilidad tiene su punto de partida; a un cierto nivel de intensidad comienza a confirmar el modelo habitual más que a impedirlo...

Pero Maurice había estado también escudriñando entre los papeles: y no importaba el grado de alteración en que se encontraba, había que tener presente que él era el más listo de todos los tetras. Podía haber visto ya los papeles de Sena y entenderlos.

Naturalmente que de haberlos visto los habría entendido y entonces habría comprendido algunos de los ingredientes de la bomba de tiempo que el doctor Fred había plantado debajo de gigantes y diploides.

Ya no sería capaz Maurice de esperar la explosión. Se encontraría perfectamente dispuesto a matar al doctor Fred y liberarse...

Excepto que el matarlo no lo liberaría. Solamente una muerte podría inutilizar aquella bomba de tiempo. El doctor extendió con ambas manos los papeles sobre la mesa. Los símbolos clave relativos a Sena saltaron a su vista. Precipitadamente tomó las tarjetas y buscó entre ellas: record de cromatina, película del análisis molecular, sumario genealógico...

El record somático faltaba.

Cualquiera que fuera el resultado de las mutaciones genéticas reales, el tipo que los teóricos llamaban cataclísmico, estaba implícito en Sena, la floración final de las posibilidades del homo sapiens.

Esas posibilidades estaban todas implícitas en su record somático, la primera descripción amplia de la futura humanidad. Y el reporte y las posibilidades se encontraban en las manos de Goliath y los filisteos, un gigante, y...

Un hombre loco.

El doctor Fred consideró, con amargo interés académico, las lágrimas que le corrían por sus arrugadas mejillas.

Cuatro

Methfessel cerró la puerta de su gabinete asegurando la cerradura y alzó la mano señalando al techo bajo de los vestidores. El ademán era innecesario; los dorados uniformes que pendían de cada puerta de los gabinetes no albergaban ningún sujeto, pero no obstante eso daban la impresión de tener vida propia, y semejaban la formación de una fanfarria de clarines.

Maurey caminó hacia el traje más cercano y lo examinó con admiración.

La parte básica de la armadura era una placa metálica que se ajustaba al pecho y espalda como el carapacho y peto de las tortugas. Al pie de aquella placa había una corta faldilla de metal formada por hojuelas encimadas, que servía al mismo tiempo como protector y cinturón. Él portador de aquel uniforme debía colgarse del lado izquierdo de la cintura una caja de control, en la tapa de la cual se veía un gran botón rojo y cuatro negros pequeños. Un arma semejante a la primera que diseñó Sam se encontraba enfundada, colgando de unas cintas de plástico del lado derecho. Ya no era tan voluminosa, ahora estaba simplificada y construida en tal forma que podía portarse fácilmente debajo del brazo derecho.

—¿Ya no tiene frasco frío? —dijo Maurey, sacando el arma de la funda—. Veo que hay un cable de salida para la caja de control; eso será un poquito desventajoso para la manipulación.

—No puedo objetar nada —replicó Methfessel, encogiéndose de hombros—; yo mandé los cálculos y dibujos a Kelland y él lo trabajó. Yo no podría diferencial un frasco frío de una roca caliente.

Maurey refunfuñó y puso de nuevo la pistola en su funda. No estaba muy seguro que él hubiera aprobado la idea de una pistola de fuerza, pero parecía carecer de importancia. Quizá los lances ideados por Ira después de todo hubieran sido mejor. Pero ya la cosa estaba hecha.

De todos modos, lo que realmente tenía de maravilloso la armadura, era lo que estaba colocado en la placa que cubría la espalda; semejaba las alas extendidas de un águila pronta a precipitarse sobre un corderillo. Recordaba aquellos cinturones voladores que usaban los personajes de fantasía de las tiras cómicas. Y eso era en realidad; pero estaba cuidadosamente disimulado con delicadas plumas metálicas y sus funciones eran las de proporcionar, en el momento en que la fuerza les fuese aplicada, una resistencia mayor al aire, impulsando o sosteniendo el peso completo de sus operadores. Parecían tener esas alas más ornamentos superfluos futuristas que ninguno de los que jamás fueron diseñados por Dick Calkins.

Maurey confiaba en que aquellos artefactos no tuvieran un solo centímetro cuadrado no aprovechable y que su funcionamiento fuera perfecto. La apariencia no importaba. Las hojuelas metálicas que formaban las alas estaban divididas en dos

grupos alternados: el primero transmitía energía al segundo, y este la transformaba en movimiento mecánico. Entre los dos grupos se hallaban colocados finísimos campos magnéticos que neutralizaban o conservaban esa fuerza motriz y permitían la aceleración o frenado de las alas a voluntad del individuo que lo portaba. No tenía ese dispositivo partes móviles, pero todo el conjunto generaba una fuerza de impulsión maravillosa y su maniobrabilidad era sorprendente.

Finalmente, para completar el equipo, había un casco. Estaba conectado con el mecanismo volador y con la pistola de fuerza; Maurey no pudo, al momento, precisar cuáles serían sus funciones, ya que en el diagrama que envió a Kendall, no lo había incluido. Él simplemente había pedido que se incluyera una especie de gorra protectora. Ese casco estaba dotado, en la parte alta, de un pico realzado que, al parecer, servía para eliminar algún exceso de calor o radiación, o también, pensó Maurey, quizá era con fines puramente decorativos; pero de cualquier forma ofrecía el aspecto de un casco a la Buck Rogers y desentonaba con el soberbio diseño funcional del resto del atavío.

—¿Qué es eso?

—Para protección —dijo Ira—. Yo no sé. Quizá porque se supone que ustedes van a golpear a la oposición y alguna protección van a necesitar. En fin, yo no sé nada acerca de esta clase de artefactos, Maurey.

—¿No dijo Kendall en qué forma se usaban?

—A mí no me dijo nada. En los diagramas les da un nombre especial.

Por el momento, Maurey no encontró la razón por la cual Kendall había incluido aquellos cascos semejantes a un pequeño árbol de Navidad. Necesitaba un cuidadoso examen de los circuitos como de toda la indumentaria completa. La armadura había sido el trabajo de un genio; considerando la cantidad de conocimientos que requería, probaba que Kendall, que también era un gigante, a pesar de la opinión que Maurey tenía de él, había realizado una magnífica obra.

—Lo que me intriga —dijo Ira, en tono airado— es saber por qué razón Kendall no pensó en proteger brazos y piernas. Yo esperaba que diseñara una armadura que cubriera todo el cuerpo, como nuestros uniformes de fútbol.

—Debe haber tenido sus razones —contestó Maurey, pensativo—. Dígame, Ira, ¿todavía no ha venido Sam Ettinger a verlo?

—¿El pájaro que salió del campo cuando Hammy se lastimó? Sí, ya vino, y lo acepté de nuevo, como usted quería; pero debo decirle que no le tengo confianza. Es un descontento.

Maurey dejó ver una irónica sonrisa, y le dijo:

—No conozco un solo tetra que se encuentre amoldado a su situación.

—No es eso a lo que me refiero. Es uno de esos tipos que nosotros considerábamos después de la última guerra, como carentes de todo afecto;

demasiado lleno de ideas propias como para seguir órdenes. ¡Oh!, bueno, usted ya lo ha descrito.

—De cualquier forma, usted gana dinero —le replicó Maurey—. Lo que me recuerda que debe usted hacerme un cheque por veinticinco mil.

—¿Para qué diablos?

—Quiero que usted compre el sitio donde están los dormitorios que nos sirven de alojamiento, y ese es el precio que la Universidad ha fijado.

—Piénsalo de nuevo —replicó Ira—. ¿Qué uso puedo darles a esas ratoneras? Voy a necesitar todo mi efectivo para ampliar el estadio.

—Pague usted por ellos. Recogerá su dinero con el ingreso que obtenga del primer torneo. La Universidad aloja a los gigantes y no le importa mucho lo que ellos hagan. ¿No se da cuenta de que si se hiciera público todo lo que usted pretende con esos torneos llegarían a prohibirlos? Entonces usted quedaría arruinado.

Methfessel quedó un momento pensativo. Era obvio que sabía que Maurey tendría algunas razones adicionales para que se compraran aquellos dormitorios, y aunque no le importaba averiguarlas, cuando se trataba de dinero, Ira siempre pedía una segunda razón si la primera no le satisfacía.

—Tengo que actuar como si aceptara que usted sabe lo que está haciendo —le dijo finalmente a Maurey, sacando su libreta de cheques—. Aquí tiene. Pero asegúrese que va a emplearlo todo en una misma inversión.

El doctor Fred no pudo reprimir más su enojo.

—Ya no puedo entenderte, Maurice —exclamó, paseándose excitado a lo largo del laboratorio—. Este asunto es de lo más audaz y descabellado que jamás he oído. Las relaciones de la Universidad con ese promotor ya son bastante dudosas; este moderno sistema semi-profesional de manejar los deportes ya es vicioso; en mi opinión, yo debía haber prevenido que en un grandioso proyecto como el nuestro, no viniera la explotación, y ahora me encuentro con que tú la vienes patrocinando, y lo que es más, haciendo de ella un asunto puramente comercial como vender papas.

—Nada de eso, doctor Fred —arguyó Maurey, pacientemente—, yo no hice la oferta ni la acepté tampoco; a lo único que me concreté fue a no actuar como intermediario, por lo que ellos tuvieron que buscar algún otro. Estoy de acuerdo con usted en que la liga entre la Universidad y Methfessel no es digna de elogio, pero prefiero sencillamente ponerme en un plan de realidades. Por lo que se refiere a los torneos, yo los veo desde otro punto de vista distinto al de usted. Y a propósito, quiero decirle que no fueron ideados por mí. Nos han dado una oportunidad para ganarnos la vida, y muy buena por cierto, para que ya no dependamos de la caridad universitaria, y eso es algo que necesitábamos hace mucho tiempo para elevar nuestra moral. Claro que no es muy digno ese medio de vida, pero no estamos en posición de elegir.

El doctor suspendió sus paseos y miró fijamente por arriba de sus anteojos al gigante.

—No has dicho la verdad ni a medias, y quiero pensar que has hablado siguiendo una fantasía tuya. Pasaré por alto tu curiosa concepción de una conducta realista. Esa clase de oportunidades no es nada nuevo en el mundo, no lo ignorabas. Evidentemente tú crees que vas a debilitar los negocios que Methfessel sostiene con la Universidad solamente porque transformes ese proyecto tetraploide en una aventura de negocios. La mitad de eso es cierto; pero el reverso de la moneda es que al mismo tiempo has desprestigiado la reputación de la Universidad más seriamente de lo que pudiera haberle afectado cualquier posible relación con deportes profesionales. ¡Veinticinco mil dólares! ¿En qué estaría pensando la directiva? ¿Por qué de una vez no les vendieron a los farmacéuticos de Columbia, del otro lado del río, todo nuestro departamento de química incluyendo los estudiantes? No; no me interrumpas, Maurice. Eso es sólo el principio; yo supongo que tú te das cuenta de que, por lo que a mí se refiere, han terminado las investigaciones tetraploides. Ahora que ya los gigantes están viviendo en su propiedad privada deberán de ser tratados como cualquier otro asistente graduado o estudiante becado. Los aspectos sociales del estudio salieron por la ventana y no tendré ninguna autoridad para dirigir o interferir en ninguna forma los experimentos de los cursos de genética. Me he quedado solamente con un grupo de voluntarios.

Respiró fuertemente y continuó:

—¡Voluntarios! ¡Con razón las llamadas ciencias sociales fueron un fracaso! Uno o dos de los átomos de oxígeno, ¿darían un paso adelante para responder concienzudamente preguntas impersonales?

Maurey trató de hablar, pero prefirió dejar que el viejo doctor terminara con su perorata.

—No sé cuál será la reacción pública cuando conozcan a fondo estos asuntos, pero desde luego no va ser nada tranquilizadora —prosiguió el doctor, ya un poco más calmado—. Sólo puedo esperar que no vaya esa reacción a llegar a un extremo. Tú has impulsado a tus hermanos hacia la posición de ciudadanos particulares y te vas a dar cuenta de que ese será un estado social mucho más peligroso y humillante que el que antes tenían, aquel en que eran considerados por el público como animales de experimentación. Podrán tus motivos ser muy buenos, Maurice, aunque no lo creo así; pero buenos o malos, la forma en que has actuado ha sido despreciable.

El doctor le dio bruscamente la espalda a Maurey y se quedó mirando fijamente hacia la ventana sucia.

—Sí; esperaba que usted reaccionaría con disgusto —le dijo Maurey—, pero, en verdad, no pensé que fuera a excitarse tanto. Es inverosímil oírle proferir tales términos contra mí, doctor Fred. El hecho de que poseamos alguna propiedad no va a

cambiar en lo más mínimo sus relaciones con nosotros. Todos los tetras le debemos a usted nuestra existencia y nuestras ventajas biológicas y no lo olvidaremos. Estaremos exactamente en el sitio en que estábamos antes. El hecho de que ese pedazo de tierra no podrá ser en el futuro llamado confinamiento de los gigantes, nada cambiará nuestros niveles sociales. Vendremos a usted y seguiremos cooperando con sus experimentos. Lo buscaremos para que nos guíe como antes. Sus anatemas sobre los «voluntarios», no lograrán disimular que siempre lo hayamos sido; nunca ejerció usted ninguna dictadura sobre nuestras vidas privadas ni trató jamás de hacerlo, «al menos hasta ahora», de modo que no tiene sentido el que usted se queje de que nos hayamos sacudido del control que tenía sobre nosotros. Todavía tiene usted lo que antes tenía.

—Sí, sí, Maurice —se oyó la voz cansada del doctor Fred, que sin volverse hacia Maurey, continuó—: No ignoro la diferencia entre los significados real y formal de lo que pretendes que yo crea. Por ejemplo, tus palabras me dicen lo que tú ves: un hombre viejo, agotado, quejándose de tu intervención y de la fría realidad entre él y la afición por sus mascotas. Retiro la acusación que tú consideras de mala fe y que no tenía derecho a hacer; pero creo que tú tampoco ignoras las tremendas consecuencias que les acarrearé a los gigantes lo que has hecho, no a mí, Maurice, a los gigantes.

—Y dime, ¿para qué querías el record somático de Sena?

—Yo no lo quería. ¿Supone usted que debía tenerlo? Y de todas maneras, ¿qué relación tiene eso con lo que estamos hablando?

—Me gustaría mucho saberlo —dijo el doctor Fred—. En cualquier forma, tus planes no me incluyen a mí y ya no intervendré en tus asuntos. Es mejor que te vayas, Maurice. Tú no puedes deshacer, en ningún caso, lo que has hecho. Yo no puedo esperar que tú me participes lo que estás planeando. Pero te diré lo siguiente: tu cordura es dudosa.

—Me iré —dijo Maurice—. Ya que usted me ha acusado tan injustamente, dejaremos este asunto. Adiós, doctor Fred.

Salió cerrando la puerta y bajó las viejas escaleras de madera que rechinaron al recibir su gran peso. Aunque estaba un poco disgustado, y eso no podía remediarlo, estaba satisfecho de la forma en que se había desarrollado la entrevista con el doctor Fred. Estaba seguro de que la mayoría de los gigantes se alegraría de substraerse al ojo paternal de la Universidad; naturalmente acudirían al doctor Fred y se encontrarían con que este acusaba a Maurey de algún complot nefando, cuyos detalles el viejo científico no estaba en situación de darles.

El resultado final sería el fortalecimiento de su ya considerable influencia y en detrimento del prestigio del doctor, y aunque Maurice negara que fuese el director de tal movimiento, el dicho del doctor Fred elevaría su posición ante los gigantes.

Había que prever que el científico no reaccionara como había pensado, pero

tomando en cuenta la actitud que había asumido, el peligro no era grave, y en unos cuantos días ya no importaría lo que dijera o hiciera.

Se quedó parado por un momento en el pórtico de piedra mirando hacia los dormitorios que consideraba ya como propiedad de los tetras.

Ya era después del mediodía y probablemente Sam y Sena estarían comiendo en el comedor de los estudiantes. Por un momento pensó dejar el asunto para el día siguiente; pero, reflexionando, resolvió que como la tarea que se había impuesto era ardua, no debía posponer ni un solo día nada que pudiera arreglar inmediatamente.

Subió en su vehículo y se dirigió hacia el dormitorio de Sena, le dejó una nota y en seguida se trasladó al dormitorio de los hombres, entrando al cuarto de Sam con una llave maestra. En la máquina de escribir de Sam había una carta a medio terminar; su contenido carecía de interés. Seleccionó un libro y se sentó cómodamente.

Sena fue la primera en llegar. Estaba sonrojada.

—Tuve un grave disgusto en el primer piso con unos chicos —le dijo a Maurey—. ¿Crees que esté bien visto que venga yo aquí?

—Absolutamente seguro. Ya te explicaré tan pronto como llegue Sam. Debo advertirte que la situación es un poco compleja, y tiene algunos aspectos desagradables.

—¿De verdad? ¡Qué ominoso! —exclamó Sena, sentándose en el borde del catre de Sam y alzando sus cejas un tanto alarmada—. ¿No puedes...? ¡Oh!, parece que viene Sam.

La agudeza auditiva de Maurey le había permitido detectar la respiración un tanto agitada de Sam cuando apenas se encontraba al pie de las escaleras. Cuando entró, la sorpresa del gigante de pelo negro era un tanto cómica.

—¿Qué es lo que ustedes dos pretenden? ¿Que me corran de aquí? ¡Después de haber vuelto a ese loco equipo de fútbol! ¿Es esa la forma de demostrar su gratitud?

Maurey le hizo un gesto amistoso y le explicó lo que pasaba.

—De manera que este es, desde ahora, un apartamento privado, Sam, y podrás recibir aquí a alguna mujer si así lo deseas.

—Eso me agrada —dijo Sam inmediatamente. Sena sonrió.

—Sabía que te agradecería. Pero hay un obstáculo. Yo ya esperaba que tan pronto como tú y Sena se enteraran de las noticias, desearían unirse, ya que su problema de habitación estaba resuelto; así que deseaba hablar con ustedes para persuadirles de que no lo hicieran.

—¿No hacerlo? —exclamaron los dos a coro. Sena se inclinó hacia él, y le preguntó:

—¿Qué quieres decir?

—Contéstame, Sena —dijo Maurey, encarándose con ella—. ¿Conoces tu

historia? ¿Sabes cuál es tu composición genética?

—Bueno, no; realmente no sé gran cosa —admitió ella—. Más o menos lo que todos sabemos acerca de nosotros. Sé quiénes fueron mis padres y que uno de ellos era pariente del doctor Fred; también conozco la teoría del duplicacromosomas.

—Eso es lo que pensé. ¿Sabes tú algo más, Sam?

—¿Acerca de mí?

—No, acerca de Sena —le contestó Maurey.

Sam movió la cabeza negativamente un tanto confuso. Hizo Maurey una pausa. Se daba cuenta de que Sam le agradaba y se preguntó si realmente era necesario ser tan cruel. Los dos muchachos se amaban; ¿no sería suficiente convencerlos nada más de que no tuvieran hijos?

Se dio cuenta inmediatamente de que aquella sugestión sería tan mal recibida como la anterior. La casi esterilidad de los gigantes había convertido el control de la natalidad entre ellos poco menos que en un crimen; y además, ¿qué harían si se presentara un accidente? Una ola de temor le hizo contener la respiración.

—Odio tener que decir esto —balbuceó—, pero tengo que hacerlo. Sena, he visto tus historiales; el doctor Fred me los enseñó. Tú no eres un tetraploide.

Sena palideció, y poniéndose una mano en el cuello, dijo, temblorosa:

—¿Que no lo soy...?

—Así lo temo. Esencialmente... Perdónenme los dos, pero este asunto es de trascendencia para todos nosotros; esencialmente tú eres una diploide. Tu estatura es tectogenética en su origen. Se te dio con directas manipulaciones una de las famosas microoperaciones en los genes realizada por el doctor Fred. Si tú y Sam tienen un hijo, será triploide como la perra Decibelle.

—¿Estás seguro, Maurey? —preguntó Sam lentamente—. ¿Por qué el doctor Fred había de hacer esa jugarreta? A mí me dijo que esa perra era puramente un experimento y que no se había ocupado en probar la triploidea en humanos.

—Y no lo ha hecho. Pero cuando nazca un hijo de Sena, ahí estará la prueba. Por lo que toca, bueno... Naturalmente, la curiosidad científica debe de tener una razón. Él tenía que proveerse de un ser humano diploide para aparearlo con un tetraploide, así que tenía que proporcionarle una pareja de estatura adecuada.

Hubo un breve silencio. Al fin, Sam habló:

—Lo siento, Maurey, pero no puedo creerte. El doctor Fred trabaja abiertamente y se lo hubiera dicho a Sena, y cuando supo con quién iba a vivir ella, también se lo hubiera dicho a su compañero, en este caso, a mí.

—Me parece correcta esa reflexión —dijo Sena—. Debes de haberlo malinterpretado, Maurey. Después de todo, aunque seas el más inteligente de todos nosotros, tú no eres un genético.

Moviendo la cabeza con disgusto, Maurey replicó:

—No había ninguna razón para que el doctor se lo dijera a nadie. Ustedes han visto qué clase de buey azul es esa perra; ustedes no habrían establecido la diferencia entre ese animal triploide y una tetraploide si el doctor Fred no se lo hubiera explicado, ¿verdad? Naturalmente que no; y los cachorros que tenga también los verían ustedes como tetras, de la misma manera que Sena es considerada una tetra.

—Pero, ¿dinos la razón, Maurey!

—Aún no estoy seguro, pero el doctor Fred es ya muy viejo y su modo de pensar ha cambiado. Cuando le objeté respecto de este nuevo caso, se volvió contra mí verdaderamente indignado. Lo primero que yo deseaba saber era por qué no había podido fecundar artificialmente con células embrionarias tetraploides a una mujer diploide en vez de crear una incipiente raza que parte el corazón. Fue entonces cuando perdió el control y jamás obtuve una respuesta. En cualquier forma, pienso que él no cree que los tetras hayamos sido un experimento brillante por lo cual ha venido sembrando seres distintos entre nosotros. Estoy seguro de que Sena no es la única de su especie. En unas cuantas generaciones volveremos a la estatura diploide. ¡Volveremos a ser diploides!, ignorando cómo o por qué ocurrió. Y nadie tratará de experimentar nuevamente, porque, para entonces ya existirán leyes para prevenir la duplicación de cromosomas en seres humanos. ¡Infierno! Ya ni siquiera estoy seguro si yo también soy uno de sus juegos.

Imagínense el golpe que recibí al enterarme de la evolución que existe en Sena. Les aseguro que comprendo cómo se sienten ustedes. Pero les he dicho la verdad.

Sam profirió un juramento y se sentó bruscamente, tratando de recostarse en los brazos de su silla de escritorio, como un hombre que de repente se siente débil de las piernas. Sena parpadeaba, tratando inútilmente de contener las lágrimas. Maurey se sintió en aquellos momentos como un pobre compositor de música cuya primera sonata le hubiera valido una gran ovación.

—Claro que es difícil aceptar esa verdad, bastante dura, pero como Sena dijo, quizá yo haya malinterpretado lo que vi y posiblemente esa sea la razón por la cual el doctor Fred se haya disgustado tan terriblemente conmigo. Me agradecería saber que estoy equivocado. Uno de ustedes tiene que averiguar lo que les he dicho.

—Yo hablaré con él —dijo Sam—. No quiero pensar que tú nos hubieras contado todo eso, si no fuera cierto, pero naturalmente tenemos que estar seguros de que estás en lo justo —su voz disminuyó de intensidad cuando terminaba la frase y nuevamente, elevando el tono, exclamó—: ¡Maldición! Realmente estaremos perdidos si todo resulta cierto.

—La vida está siempre llena de pesares y alegrías —dijo Sena, tratando de disimular su tristeza, pero su intento fue vano—. No me entregaré a ningún hombre, ni alto, ni bajo, si resulto ser lo que tú dices, Maurey; pero ya tengo casi cuarenta años y apenas estaba saliendo de una desagradable adolescencia de diez años cuando

ya tenía veintiocho, ¿no es eso contrario a tu teoría?

—Ojalá que lo fuera —contestó Maurey, sombríamente—. Pero desgraciadamente no prueba nada en ninguno de los dos aspectos. Tendrías que tener la longevidad de un tetra para probar que lo eras, a menos que el doctor Fred también te haya dado esa característica para sus propósitos carnavalescos. De otra manera, eres una tetra auténtica y te habré causado tan gran disgusto por nada. Lo único que puedo decir es que no hubiera abierto la boca si no hubiera estado seguro de lo que para mí es la verdad plena. ¿Y si no tuvieras hijos, Sena?

—No —intervino Sam, con voz grave—. Por todo lo que sabemos, el doctor Fred puede tener razón: nosotros los tetras no hemos sido un experimento satisfactorio. Estoy convencido de que tus intenciones son buenas, pero no nos someteremos a nada hasta que yo haya investigado a fondo.

—Es lo justo —convino Maurey, levantándose. Se alegraba de que Sam hubiera adoptado aquella terca actitud. Eso desvanecía los últimos motivos de arrepentimiento. Sam era completamente agradable, pero en el juego de ajedrez que venía desarrollando nadie era indispensable.

—De acuerdo —les dijo a modo de despedida.

Cinco

Al día siguiente, aunque Sam se negaba a creer que Maurey hubiera hecho pública la historia de Sena, ya era bien conocida entre todos los gigantes.

Posiblemente alguna parte de ella, si no toda, había sido oída cuando los tres la discutían en los dormitorios; las voces tienden a colarse por debajo de las puertas y el pasadizo de cemento que conduce a las escaleras tiene buena acústica; tampoco ningún tetra podía ser censurado por mezclarse en un asunto tan íntimo y personal que concernía a toda su especie.

Al principio las reacciones variaban. Todos se resistían a creer tal cosa.

—¿Quién está enojado con Sena, Sam? ¡Alguien ha divulgado una fantástica y maldita leyenda!

—¡Mala suerte! Sam, debe de ser muy duro para ti también. Y aunque fuera por patriotismo...

—¡Qué bueno que te diste cuenta a tiempo!, ¿eh, Sam?

Por otro lado se había desatado una manifiesta hostilidad; algunos tetras cuando veían a Sam evitaban hablar o encontrarse con él.

Pero lo que más molestaba a Sam, era que, según los dichos de varios de los gigantes, Sena necesitaba que la «consolaran», y consideraban que sería fácil atraparla para satisfacer los malos hábitos que los tetras habían aprendido de los diploides.

Y nada se podía hacer para remediar aquella caótica situación. El doctor Fred estaba fuera de la ciudad, había ido a Toronto a un congreso de genética.

Había transcurrido casi un mes cuando las murmuraciones acerca del caso de Sena fueron desvaneciéndose. Lo que ocupaba esencialmente la atención de los tetras era el nuevo estado social al que habían ingresado: derechos de ciudadanía y trabajos remunerados. Nuevamente corrieron rumores de que los torneos se llevarían a cabo, aunque Methfessel y Maurey no habían dicho nada al respecto durante todo el mes.

Por debajo de todo, Sam pudo apreciar que las reacciones que provocó su noviazgo con Sena ya habían cristalizado en dos diferentes partidos: el primero lo formaban los incrédulos y simpatizadores que mostraron un abierto apoyo a los dos proscritos. El segundo lo formaban los patrioterros suspicaces y los lobos rechazados que se habían unido lentamente como glóbulos sanguíneos en sueros distintos.

Torvas señales eran visibles para Sam, a quien, por afectarle profunda y personalmente, lo habían sensibilizado en grado sumo. La división entre los gigantes se hacía más notable y empezaba a manifestarse claramente cuando los dos equipos de fútbol se enfrentaban.

Los tetras que simpatizaban con Sam y Sena, predominaban naturalmente en el equipo de los Titanes, al cual pertenecía Sam. Como resultado, los miembros de ese

equipo, que formaban la minoría, se fueron aliando a los Atlántidas en donde también se operaba el mismo fenómeno. Methfessel, que ya regenteaba los dos equipos, no hizo nada por remediar aquella situación; al contrario, era visible que fomentaba aquella rivalidad y aceptaba los cambios que estaban sucediendo.

Se explicaba fácilmente, porque todo ello beneficiaba a Ira, pues los juegos se habían transformado ya en verdaderas batallas y cada equipo trataba de superar al otro sin importarle los medios que emplearan. Las multitudes que acudían a verlos gozaban, y cada día se veían más concurrentes porque ya no les importaba la clase de juego que iban a presenciar, pues estaban seguros que de todos modos encontrarían reñidas luchas entre los gigantes, naturalmente, el porcentaje de tetras lastimados en el campo de juego aumentaba considerablemente.

Antes de que el doctor Fred regresara ya se había producido una escisión entre ellos, y Maurey fingía ignorarlo. Algo había pasado y Sam no podía precisar qué. La autoridad que el doctor ejercía sobre los tetras había menguado; se expresaban de él en una forma que jamás lo habían hecho antes. Trató Sam de acercarse al científico, pero desgraciadamente el rígido horario a que estaba sujeto no se lo permitía, hasta que finalmente pudo conseguir hablar con él telefónicamente a las cuatro de la tarde de un día en que salían al campo de juego. El viejo doctor evadió sus preguntas y rechazó la petición de Sam, que le urgía para que lo recibiera inmediatamente. Accedió al fin a darle una cita para las seis de la mañana del día siguiente.

Cuando regresó del campo pensó Sam ir a pasar la tarde con Sena, pero considero que no sería benéfico para ninguno de los dos. Su situación ya era bastante desoladora como para que se pasaran dos o tres horas mirándose el uno al otro sin encontrar nada que decirse, ni siquiera alguna palabra de consuelo que pudiera devolverles la confianza en sí mismos.

Sam le habló por teléfono y le dijo de la cita que había logrado con el doctor. La comprensión por parte de ella le hizo sentirse un poquito mejor, pero momentos más tarde ya se encontraba nuevamente desesperado.

El estar solo en su cuarto le hacía sentirse peor todavía. No se podía concentrar en sus libros técnicos por más de tres minutos, porque nuevamente le invadía el recuerdo de sus problemas y de personajes ficticios que lo hacían ponerse impaciente y furioso. Emma Bovary lo había influenciado por varios años, pero ahora le parecía como una tonta que por no tener problemas reales los había inventado. A la medianoche no pudo controlarse más y salió precipitadamente de su cuarto sin preocuparse de cerrar la puerta ni de apagar la lámpara de noche.

Caminó sin rumbo fijo a través de los patios de la escuela y finalmente, sin darse cuenta, se encontró a la orilla del río. Sentándose en el empinado muro ribereño se puso a tirar piedras al agua. Cada piedra agitaba la superficie en donde se reflejaban las luces de los Farmacéuticos Columbia situados al otro lado. Dejó de lanzar piedras

para sumirse nuevamente en sus pensamientos. Las imágenes que se reflejaban en el agua se proyectaban en su mente como un sedante hipnótico, pero no le trajeron paz alguna...

De pronto se oyó un agudo y lúgubre sonido. Esto le volvió a la realidad, y parpadeando, se irguió, sintiéndose entumecido y emocionalmente deshecho. Lo que había percibido e identificado como grito, no había sido más que el silbido de la planta del otro lado del río. Indicaba el cambio de turno de las cuatro de la mañana, cosa que su reloj confirmó.

Pensó que era mejor regresar al edificio de genética y esperar al doctor Fred. La espera sería tediosa, ya que se encontraba bien despierto; pero podría matar un poco el tiempo internándose en el pueblo y tomar algún desayuno en cualquier restaurante de los que permanecen abiertos durante la noche. Desgraciadamente ni siquiera tenía apetito. Trepó por el arenoso muro y comenzó a caminar sintiendo alivio en sus entumecidos músculos.

Cuando estuvo ante el edificio ya despuntaba el alba. Nada se movía. Era una lástima que aquella aparente paz tuviera que romperse. Subió los numerosos escalones y después de una breve pausa entró en el edificio, encontrando un poco de calor que buena falta le hacía.

La puerta del laboratorio del doctor Fred no estaba cerrada, por lo que resolvió entrar.

Antes de que Sam la tocara, pudo ver que la caja de seguridad estaba bien abierta. Había papeles tirados en un desorden completo. La impresión que esto le causó se reflejó en su estómago.

¿Un robo? Pero, ¿qué guardaba el doctor Fred en aquella caja como para que pretendieran robárselo?

La respuesta le vino a la mente y pensó que cualquier cosa sería mejor que hacer frente a ello. Se dirigió a la puerta y su primer impulso fue correr hasta el río y arrojarle al agua que por la luz del alba parecía teñida de sangre.

Pero la vista del cuerpo del doctor Fred le hizo detenerse aterrorizado. Grotescamente se encontraba casi debajo del banco de trabajo. Su hombro y mejilla descansaban en un charco de sangre. A pesar de la posición torcida en que se encontraba, era fácil ver que toda su caja torácica había sido aplastada con un solo y tremendo golpe.

Decibelle gruñó; al reconocer a Sam levantó la cabeza que tenía reposando en el zapato del científico muerto. Quejándose suavemente, empezó a arrastrarse sobre su panza. Se inclinó Sam todo aturdido y posó su mano temblorosa sobre la cabeza del animal; pero ya había visto el arma que había ocasionado la muerte de su creador y no podía apartar la mirada de ella.

Se encontraba tirada en la esquina más distante del salón, la que siempre estaba

obscura durante el día, pero que en aquellos momentos, con los primeros rayos del sol, estaba totalmente iluminada. A pesar de que estaba el arma deshecha, la reconoció en seguida.

Maurey la había elaborado con la fórmula del propio Sam.

Con excepción de un pequeño porcentaje de americanos, todos los demás tienen contacto con crímenes solamente a través de los periódicos, películas o magazines de novelas. Sam no era la excepción. Decir que estaba abrumado por el miedo y el horror no describe lo que verdaderamente sentía, ya que la frase no corresponde al estado de ánimo en que se encontraba; pero, efectivamente, las emociones que sufrió, sí fueron de miedo y de horror, y eran enteramente distintas de todas las emociones que él jamás había asociado con aquello.

Se dio cuenta de que ya debía de estar haciendo algo, pero nada se le ocurría aplicable al caso. Simplemente se agachó y absurdamente rascaba la cabeza del semicrecido animal; trataba de pensar, ya no pensar racionalmente, sino pensar en cualquier cosa. No podía coordinar sus ideas. Quizá lo más aterrador de todo fue el cortante latigazo que sintió en todo su ser en el momento en que descubrió el cuerpo; había sido como una puñalada de culpabilidad. Trazas de ella permanecían, aunque en realidad era inocente.

Su conciencia era la que le causaba aquel sentimiento de culpa y le hacía ver que se encontraba en mala posición. El doctor Fred había sido asesinado mientras él se hallaba sentado a la orilla del río, solo, incapaz de precisar cuánto tiempo había permanecido allí. Al salir de su cuarto olvidó apagar la luz y cerrar la puerta, circunstancias que hacían aparecer como la tentativa de un aficionado para establecer una coartada; pero recaía sobre un motivo poderoso que saltaba a la vista, un motivo poderoso de los que jamás hubieran sido achacados a ningún sentenciado a muerte.

La sensación de culpa había sido más intensa que la del miedo.

Se había radicado hondamente en su conciencia que le gritaba con un pleno conocimiento de causa: «Yo lo hice». Había invocado en su defensa el considerarse un hombre distinto a los demás.

Todos aquellos sentimientos se agitaron dentro de su cerebro por unos minutos. Cuando fue capaz de controlar sus ideas, le vino a la mente una pregunta: ¿Muestran los estudios estadísticos de los neuróticos que corren a la policía a confesarse autores de esos crímenes publicitarios, una predominancia de los miembros de la minoría?

La pregunta era tan remota de cualquier reacción apropiada a un asesinato, que no pudo ahogar una risa histérica convulsiva. Pero esta le aclaró la mente. Se dio cuenta de que ya podía pensar con un poco más de coherencia; le dio a la perra otra palmadita y se levantó.

Lo mejor que se le podía ocurrir por el momento, era retirarse del laboratorio y dejar que alguna otra persona encontrara el cadáver. Una honda tristeza le invadió;

pensaba que el asesino verdadero lo había planeado todo para que ocurriera de aquella manera. Esto debía ser aceptado desde el principio. Se dio cuenta Sam de que no podría desbaratar los planes de aquel asesino profesional.

Tendría que consolidar su posición dentro del cuadro de una célula muerta.

Tenía una ventaja: el asesino no podía haber sabido por anticipado que Sam encontraría el cuerpo en la madrugada, a menos que hubiera interceptado el teléfono del doctor Fred y se hubiera enterado de la cita que tenían a esas horas. Habría requerido una vigilancia extraordinaria. De eso estaba convencido y consideraba imposible que nadie hubiera planeado el crimen con un horario determinado, y probablemente no estaba dentro de sus planes el que Sam fuera el primero en averiguarlo, pues los accidentes no pueden ser previstos; se había esperado que el crimen hablara por sí solo en la ausencia de Sam.

Estimó que al menos transcurriría una media hora hasta que el primer asistente del profesor o instructor entraran en el edificio y quizá una hora para que el primer estudiante no graduado viniera en busca de consejo al laboratorio del viejo doctor. Entonces consideró que podría emplear unos quince minutos para examinar rápidamente el montón de papeles que se encontraba delante de la caja de seguridad. Valía la pena correr el riesgo, pues quizá no volvería a tener otra oportunidad semejante.

Para prevenir que ninguna de sus huellas digitales fuera a aparecer, se estiró las mangas de la chaqueta y se cubrió las manos. Extrajo del cajón donde se guardaba el equipo de ginecología, un par de guantes de goma cubiertos con una fina capa de polvo. Cualquier cosa que tocara quedaría marcada. Pero aun así, era preferible a dejar sus huellas. Nunca había tocado los historiales del doctor Fred y era muy importante no dejar ninguna evidencia. Resolvió pues usar los guantes, pensando además que los expertos en dactiloscopia iban a encontrar por lo menos las huellas de catorce personas, quienes, Sam estaba seguro, los habían usado durante el mes.

El expediente completo de Sena no estaba. Tampoco los de Kendall Hammy, Maurey, ni el del propio Sam. Y así buscó a la ventura los de otros gigantes allegados suyos, sin encontrarlos.

La falta de aquellos expedientes y especialmente el de Sena y el suyo propio, era una prueba concluyente para confirmar lo que hacía unos minutos había pensado y que le imposibilitaría para nombrar al que sin duda alguna era el culpable Maurice Saint George.

Maurey, el dios jefe de todos los tambaleantes olímpicos que el doctor Fred había producido, había dado la recompensa merecida a su creador.

Sam pudo apreciar la astucia del plan antes de llegar a la conclusión final. La aparente crudeza del cuadro, por ejemplo el abandono de la única, inconfundible arma, condenaba a Maurey inmediatamente. Este había hecho algo más que implicar

a Sam había preparado el escenario para sugerir un torpe intento de disimular las evidencias. Presintió Sam con una fría certidumbre que los esfuerzos de Maurey le iban a rendir fruto, nunca había hecho nada a medias.

¿Había algo más? Sí, la perra. Quedaba el factor visible para Sam sobre el cual ningún plan había hecho Maurey no se hubiera atrevido a matarla, ya que era bien sabido entre los gigantes que el animal no lo quería. Algo más Maurey no tenía sentimientos y no hubiera pensado en matar a la perra, a menos que esta le hubiera rasgado el pantalón. En vez de eso, admitió Sam, Maurey había actuado rápidamente, sin dar tiempo a que el animal se diera cuenta de lo que ocurría hasta que fuera demasiado tarde. Consumó su crimen y salió antes de que Decibelle confirmara la muerte del científico, o el hecho de que hubiera habido una disputa.

Probablemente ni la hubo, simplemente un inesperado golpe silencioso del proyector, la rotura del equipo, un fuerte impacto del cuerpo del doctor contra el banco de trabajo, las pisadas que hacían crujir los escalones de madera, y un asustado, perplejo, solitario animal.

Pero la perra no era tonta. En ningún sentido era un animal ordinario. Maurey había huido sin ser atacado, pero había algunos detalles que sin duda podían existir en la mente de Decibelle, lenta pero inexorable.

—Decibelle —murmuró Sam—. ¡Perrita! ¿Dónde está Sena? ¿Dónde está ella? ¿Dónde está Sena?

La perra lo miró.

—¡Perrita! ¡Decibelle! ¿Dónde está Sena? ¡Búscala!

La repetición empezó a surtir efecto. La perra, todavía con las orejas caídas, miraba hacia la puerta y nuevamente a Sam.

—¡Ve a buscarla, anda, ve! ¡Búscala!

Decibelle, con ojos enrojecidos, parpadeaba como tratando de captar las órdenes de Sam. Al fin se levantó dirigiéndose hacia el cuerpo inerte del doctor Fred.

—No, no, Decibelle, yo estoy aquí. Yo cuidaré del doctor. No te preocupes. Deja eso a Sam. Ve a buscar a Sena. Vamos, Decibelle, busca a Sena. Cuéntale lo de Maurey. Tú eres una buena perrita, hiciste lo que pudiste, ahora busca a Sena y dile lo de Maurey.

Cuando Sam pronunció el nombre de Maurey, la perra de repente lanzó un gruñido, que a lo lejos podría tomarse como el ruido que produce la sierra al cortar un metal oxidado. En seguida, lanzando imponentes ladridos, salió con grandes saltos precipitándose a la escalera que la condujo fuera del edificio. Sus ladridos se fueron perdiendo en los patios de la Universidad saturada del aire fresco de la mañana.

Sam se quedó escuchando cómo iban disminuyendo de intensidad los ladridos de la perra, y entonces se limpió la frente con su arrugado pañuelo y tomó el teléfono del doctor Fred.

—¡Comuníqueme con la policía!

Seis

La Asociación de Derechos Civiles se hallaba reunida en el sótano de la casa destinada a las Lenguas Romances; era moderadamente lujoso, con paredes cubiertas con chapas de cedro. Aunque no era muy grande el local, ordinariamente siempre sobraba espacio para el reducido grupo, pero aquella noche la concurrencia era tal, que resultaba insuficiente el salón para acomodarla. Con la llegada de nuevos asistentes, se hacía imposible la verificación de la asamblea para disgusto de June y alegría de Maurey. Finalmente resolvieron trasladarse al salón de clases más grande del edificio de la Universidad.

El motivo de aquella reunión no sorprendía a nadie: expulsar de la Asociación a unos tetras indignos.

La crisis causada por el asesinato del doctor Fred cometido por Sam, había hecho inevitable aquella conferencia general, y Maurey había aceptado con cierta reticencia la idea de June de que los defensores diploides más fuertes, los que destacaban en el movimiento protetra, debían asistir para darle más vigor a la asamblea.

Se podían ver unos cuantos policías que se habían pedido para proteger en caso necesario a los curiosos que pudieran ser víctimas de los airados ciudadanos. El número de policías no era cuantioso, pero la publicidad que dieron al acto fue enorme. También eso fue sugerido por June, con lo que se atrajo más la atención de los reporteros de los periódicos sedientos de grandes noticias.

La apertura formal de la reunión fue considerablemente demorada por Maurey que esperó hasta que el último gigante estuvo presente. Un grupo de tetras perteneciente al equipo de los Titanes se revolvían en los asientos, parecían muchachos de secundaria sentados en pupitres destinados a párvulos. Un ronco murmullo circulaba entre ellos. El reportero de la Prensa Asociada, que también había ido a la Universidad a presenciar una reunión antiviviseccionista, entrevistó brevemente a Maurey, dando la impresión de que escuchaba atentamente las respuestas que le daba el gigante. Al terminar se retiró.

Finalmente June captó la atención de Maurey que se encogió de hombros e hizo un ademán con los dedos. Parecía la señal para dar principio, por lo que June, tomando su mazo, golpeó sobre el escritorio detrás del cual se había colocado y llamó la atención a los concurrentes. Se veía su cara extraordinariamente joven.

—Amigos, vamos a atender los asuntos que tenemos a la mano —dijo claramente, dejando oír su voz por encima de la charla que aún no se desvanecía—. No pasaré lista ni perderé tiempo en rodeos parlamentarios. Se nos ha hecho un poco tarde. Voy a pedir a nuestra numerable concurrencia que guarde silencio mientras Tom Drobinski nos habla. Tom es el editor del periódico de la Universidad «Ecos del patio» y director de nuestro comité de Relaciones Públicas. Él nos va a informar

sobre el estado de la opinión pública en estos momentos. Adelante, Tom.

Drobinski, un activo estudiante de segundo año de periodismo, con una estructura craneana que sería la envidia de una rana, se levantó y dijo, rápidamente:

—Ustedes han visto la mayoría de los periódicos, por lo cual no entraré en detalles. Un resumen breve: hablan acerca del mismo tema, con excepción de «Trabajador» que parece no estar enterado y «El Times», que resolvió con justicia mantenerse imparcial. No hemos tenido ninguna facilidad para protestar; en las teletransmisiones han descrito el ángulo parricida haciendo uso de símbolos nefandos y mitos falsos. Han rodeado el crimen de gran misterio, vagas figuras de gigantes, referencias bíblicas de «colosos en la tierra», la clase de temas que siempre hacen que la gente se sienta alarmada sin saber por qué. En el fondo, yo creo que todos, pero todos sin excepción, juzgan que Ettinger es culpable; sin embargo, algunos columnistas de la izquierda que saben de su culpabilidad, pero deseando que no existiera, han mencionado algo así como una reacción justificadora. Pero yo no soy analista y no puedo aclarar esa situación.

—Preséntanos un ejemplo, Tommy —dijo uno de los diploides.

—Bueno, Bax Ferner ha expuesto una teoría «quasi freudiana» en el vespertino «Weathervane» de esta tarde: Dice que la gente de gran estatura es por naturaleza asesina, porque piensa que nadie los quiere; pero yo considero que es fascismo negro el clasificarlos así. Pero eso es por un lado. Yo vi un buen número de cables con noticias del Capitolio un poco antes de venir para acá. Uno de los senadores de Estado va a poner mañana a discusión que la colonia tetra sea supervisada por el gobierno ahora que la Universidad vendió su jurisdicción...

—Pero, Tom, ¿eso sería ilegal!

—No, no lo sería —repuso al momento Drobinski—. Las leyes referentes a las reservas para los indios no se han necesitado durante setenta años, pero aún están en los códigos. Eso es sólo el principio; hay otra resolución ya dictada, que obliga a registrar a todos los tetras con las amonestaciones contra ofensas habituales, numerarlos, hacerles que muestren tarjetas a las empresas que les den empleo y todo eso. Y mañana vamos a tener mayores problemas: Ira Methfessel anunció que se llevaría a cabo un torneo de cierta naturaleza, evidentemente alguno de esos torneos de los cuales se ha venido rumoreando con tanta insistencia, y la oficina de boletos del estadio informó que las gentes ya se suben unas en otras para conseguir sus entradas.

Dejó de hablar como si hubiera terminado y se sentó. Entonces se oyó su voz que salía de entre los asientos:

—Estamos a escasos dos días de un evento igual al que ocurrió en Pasadena; sólo que esta vez...

—June, ¿podría terciar en el asunto? —una voz profunda se dejó oír como una

bendición desde la parte trasera de la sala. June sonrió.

—Debemos pensar por ahora en Sam —continuó el que había pedido hablar—. Maurey, ¿tú crees que exista alguna probabilidad de que obtenga un juicio imparcial?

—Sí y no —contestó Maurey levantándose—. Es obvio pensar que habrá intervenciones políticas; será imposible seleccionar un jurado cuyos sentimientos no sean ya antitetras. ¿Era eso a lo que te referías, Kelland?

—Precisamente.

—Bueno, pues no veo que podamos hacer nada al respecto. Con excepción de eso, espero que el juicio sea escrupulosamente justo. Naturalmente, tendremos que conseguir un buen abogado, tan brillante como nuestros escasos recursos económicos nos lo permitan. Estoy seguro que Ira Methfessel, si es debidamente abordado, nos hará algún anticipo a cuenta de lo que vamos a percibir por el torneo...

Se oyeron exclamaciones de disgusto. El que estaba provocando el alboroto era un atlántida, que se puso de pie y empezó a gritar. Con Maurey ya eran cuatro los que pretendían hablar al mismo tiempo y no se podía entender de qué hablaban. June golpeó con su mazo el escritorio imponiendo silencio.

—¿Por qué protestabas, Briggs?

—Es ridículo que discutamos por lo que Sam Ettinger ha hecho —dijo Briggs con violencia—. Lo que él hizo lo convierte en enemigo nuestro. Si nos unimos y nos formamos detrás de él, la opinión pública se pondrá en contra nuestra. Lo que debemos hacer, es tomar una resolución condenando su crimen y exigir una pronta e inmisericorde justicia; aprobarla unánimemente y dársela a conocer a los reporteros.

—¡Eso es lo que debemos hacer! —gritó un diploide exaltado.

—Yo no tengo nada contra él —dijo Maurey suavemente—. Ni una ni veinte resoluciones van a acelerar la justicia, y las leyes no se verán alteradas por nuestras palabras.

—Las palabras no importan, lo que interesa es separamos de Ettinger.

—¡Deshagámonos de Jonah! —sugirió Kelland.

Briggs no supo en qué términos poner la frase y gritó fuertemente.

—¡Exactamente! Vamos a echarlo a los lobos. Se lo merece. Lo que ha hecho es indigno de un tetraploide. Es un... pasadenista.

—Lo que hizo fue grave —dijo Maurice imperturbable—. Pero nosotros no tenemos prueba de que Sam lo haya hecho. Él diseñó el arma que se usó para matar al doctor Fred; pero yo personalmente la puse en la caja de seguridad del laboratorio y no hay una evidencia directa de que Sam la haya extraído de allí, ya que probablemente ni siquiera sabe la combinación.

—Yo no estoy seguro de que él la haya diseñado —interrumpió Kendall—. Yo he trabajado en armas semejantes de acuerdo con los datos que tú me diste, Maurey.

Hubo un murmullo y los reporteros se pusieron a tomar nota apresuradamente,

pero Kendall prosiguió con presteza:

—Tú tienes mis dibujos y pudiste haber fabricado tú mismo un proyector siguiendo mi diseño. ¡Infiernos! Maurey, nadie sabe en realidad si eso fue lo que se usó para matar a nuestro creador. Un joven tetra pudo fácilmente haber aplastado el pecho del pobre viejo en idéntica forma si hubiera usado una pala y con un simple golpe. El proyector pudo haber sido dejado allí para crear confusión.

Maurey sintió que los labios se le ponían blancos y no pudo evitarlo. Como no pudo controlar esa reacción, pensó que debía explicarlo y disimular en alguna forma. La que más fácil y rápida le pareció fue considerarse ofendido.

—Perdona, Kendall —le dijo con fingido enojo—. Por fortuna te conozco y sé lo descortés que eres y que algunas veces hasta incurres en desatinos sociales. De otra manera me causarían enojo tus palabras. Todo lo que dices es verdad, pero podría ser considerado como una acusación de asesinato. No obras con cordura haciéndolo en público.

—Lo siento —dijo Kendall al instante—. No fue mi intención acusarte. Yo simplemente deseaba hacer ver que Briggs está colgando a Sam, anticipándose a que se pruebe si en realidad él cometió tal crimen.

—Tu reflexión es de tomarse en cuenta —le contestó Maurey—, aunque la hiciste en mala forma. ¿Qué propones, Briggs?

Habló Briggs usando palabras malsonantes para emitir su opinión y terminó diciendo:

—Exijo que se ponga a votación.

—¿Votar sobre qué?

—Sobre si denunciamos o no a Ettinger, pues, ¿sobre qué otra cosa?

—¿Aceptarás la decisión que se tome aunque salga contraria a lo que pretendes? —le preguntó Maurey con curiosidad.

—¡Naturalmente! ¿Por quién me tomas? Cualquier cosa que hagamos tiene que ser unánimemente. Estás haciendo demasiadas preguntas. Ahora, déjame hacerte una: ¿quién crees que mató al doctor Fred?

—No soy yo quien tiene que decirlo —contestó Maurey haciendo resaltar cada palabra—. De todas maneras, Briggs, yo dudo seriamente que ningún tetra habría alzado una mano en contra del viejo doctor, no importa lo que estuviéramos sufriendo por su causa. Si decidimos ayudar en la defensa de Sam, parte de nuestro esfuerzo debe dirigirse a encontrar al culpable.

Durante toda la asamblea se habían oído murmullos de algunos que en privado discutían el asunto, pero en aquellos momentos en que las palabras de Maurey profundizaban la discusión, el silencio general se impuso. Los reporteros se inclinaban intencionalmente sobre sus cuadernos de notas y Maurey pudo ver algunos encabezados:

LOS COLOSOS CONSIDERAN QUE NINGÚN GIGANTE MATÓ AL DOCTOR FRED HYATT.

AMENAZAN CON VENGARSE.

Pero él deseaba que aquellas líneas sorprendieran al día siguiente a los tetras, por lo que no quiso prolongar más el silencio.

—June —le dijo—, ¿puedes darnos unas tiras de papel para pasarlas entre todos los asistentes? Si están ustedes en pro de que se contrate un abogado para que defienda a Sam, amigos, escriban «SÍ». En caso de que los «NO» predominen, haremos una nueva moción.

Pero, naturalmente, los «SÍ» ganaron. Hubo dos «NO»; uno fue emitido por el propio Maurey para romper la idea de unanimidad de que había hablado Briggs. Este también estampó su «NO». Maurey se alegró de que todo saliera según lo había planeado, aunque fue el primero en sorprenderse de que todos prácticamente votaron en favor de la propuesta para defender a Sam.

Anunció los resultados. Los reporteros salieron apresuradamente. Maurey miró hacia Briggs quien se limitó a encogerse de hombros. Su actitud fue realmente teatral; Maurey pensó que en un mundo nuevo, Briggs sería un estupendo actor si es que vivía para verlo. Sobre esto, Maurice tenía serias dudas.

Sam se dio cuenta con triste asombro de lo que todo hombre recién encarcelado encuentra: que después de solamente un breve aislamiento de su propio mundo, ya no puede entender las noticias que le llegan. Se enteró por un periódico local acerca de la «conferencia de guerra» con la convicción de que ninguno de los tetras cuyos nombres figuraban, podía haber dicho lo que se les imputaba; sin embargo, la relación completa de la forma en que se había desarrollado la asamblea, tenía coherencia.

Había algo más que le intrigaba: Methfessel había anunciado ya su torneo. Había un anuncio de media página que lo participaba en la sección de deportes, y la mitad del editorial lo dedicaban a él. Tenía muy poco sentido la forma en que Methfessel lo presentaba:

¡VEA LOS TITANES EN MORTAL COMBATE!

¡VEA TROPAS VOLADORAS CHOCAR EN EL AIRE!

¡VEA CÓMO LOS ASUNTOS AMOROSOS SE PELEAN HASTA EL FIN CON ESPADAS DE FUEGO!

¡COLOSALES HÉROES QUE LUCHAN POR LOS FAVORES DE BELLAS GIGANTES!

¡VÉALOS USAR ARMAS EXTRAÑAS QUE JAMÁS SE HABÍAN VISTO EN NINGÚN CAMPO DE BATALLA!

CAMPEONES CON ARMADURAS - CARGAS EN MASA

PRESENTANDO LAS GUERRAS DEL FUTURO

¡DESLUMBRANTES COLORES - BELLEZA - GRAN ESPECTÁCULO!

¡EL EVENTO MÁS SENSACIONAL DE UNA VIDA ENTERA!

Y seguía más todavía, lo que probaba que Barnum, el famoso empresario de circo del siglo, no había muerto todavía.

Los cronistas deportivos eran generalmente hostiles o por lo menos sarcásticos, pero parecían tener una idea mejor acerca de los planes que realmente tenía Methfessel y de lo que Sam podía deducir.

A pesar de que se exhibían los atavíos medievales que habían de usar los tetras en el torneo, la propaganda respecto de las armas que se citaban, desvanecía la idea de ver a caballeros colosos armados sobre grandes caballos. En la página editorial se hacía otro análisis de la situación y consideraban que en el fondo debía existir algo más que aquellos torneos que exhibían a los gigantes como seres irracionales, lo que significaba una gran desventaja para ellos, pues, por otro lado, querían ser considerados como cualquier otro ser humano normal. Como todos los editorialistas, el que eso escribía no se colocaba en ninguno de los bandos, ni tetraploides, ni diploides, por el temor a las represalias por cualquiera de las dos partes; esperaba que escribiendo de esa manera se le considerara imparcial.

Los reportes acerca del crimen en sí, eran un poco más comprensibles. Sena, a la que habían detenido como testigo material, había sido puesta en libertad bajo la fianza que otorgó Maurey. Sam no pudo hablar con ella. El periódico la entrevistó manifestando un «gran interés humano». La perra no se mencionaba en lo más mínimo, de lo cual Sam se alegró.

La fecha para el juicio había sido fijada y la mencionaban con un encabezado impreso en letras itálicas a dos columnas. Un cuadro en la página 12 conteniendo datos muy pocos precisos acerca del lugar que Sam ocupaba en la Universidad y hacían burla de él. Especulaban acerca del arma en una columna escrita por la persona que tenía a su cargo la sección de «Caminando con la Naturaleza».

Maurey se había negado a explicar el funcionamiento del arma, pero aseguró que lo haría ante el Gran Jurado. El fundamento en el que se apoyó para su negativa, fue que no quería hacer públicos los detalles antes de lograr la patente y evitar graves pérdidas económicas.

Finalmente, los periódicos entretejían un laberinto de conjeturas acerca del asesinato. Mencionaban las reacciones oficiales; la expulsión de Sam de la facultad universitaria y la promesa de un funcionario de gobierno el cual prometía un inmediato castigo para el culpable y condenaba cualquier acto provocativo por parte de los gigantes.

Sin arrojar una luz sobre el caso, todo era alarmante.

En medio de aquel caos, lo que más molestaba a Sam era verse aislado y colocado en un programa de televisión cargando con el papel de un marido impotente. El escenario estaba dispuesto para la «Gran Comedia», en la cual el galán principal iba a efectuar una larga caminata y a ser encerrado en un cuarto hasta que volviera en sí con el efecto de su propia voz que gritaba desfigurada a través de un filtro que también transmitía sonidos discordantes de un órgano.

Su disgusto procedía del hecho de que la «Gran Comedia» era en aquellos momentos aciagos una conveniencia de la cual no podía sacar provecho alguno. Ya había vuelto en sí desde hacía una semana, en fracciones de segundo, sin necesidad del sonido trémulo de la voz humana, que había sido la suya propia, Sam era muy a menudo lento para pensar, pero las conclusiones a que había llegado, aunque retardadas, no variaban en absoluto: estaba seguro del nombre del asesino del doctor Fred y sabía en general los propósitos de Maurey: ahondar más, con todos los medios posibles, las diferencias existentes entre los gigantes y diploides, y provocar, en el momento oportuno, la ruptura final que los condujera a un nuevo «Pasadena», pero esta vez las víctimas no serían los tetras.

Sam no había previsto las implicaciones de su juguete para ser empleado como arma, pero tenía una mentalidad que captaba las cosas una vez que se las demostraban. Obligado a pensar en los fenómenos militares, media docena de aplicaciones se le vinieron a la cabeza: antiproyectiles, armas antitanques, para repeler ataques personales, y muchas más que podría diseñar con un mínimo de experimentación. Desde este punto de vista, el aparente ataque suicida de Maurey ya no lo veía tan descabellado y le recordaba a Sam que un centenar de hombres que hubieran sabido el uso de los explosivos en aquel tiempo hubieran podido conquistar el imperio romano con un ataque directo.

Maurey había planeado los torneos solamente como un pretexto para su proyecto de colonización de la luna. Sería interesante ver a qué entendimiento habían llegado después de las declaraciones que les hizo. Nunca tuvo Maurey el menor interés en la luna. Esto ya podía deducirlo Sam. Por otro lado, estaba perfectamente claro que los torneos no eran más que entrenamientos militares para los gigantes, y adiestrarlos en el manejo de los armamentos de que los dotarían.

Pero había una faceta tetraploide en la que la inteligencia de Maurey resaltaba más que en ninguna otra. Sam tenía el presentimiento de que realmente la historia genética de Sam había sido aprovechada por Maurey, sin considerar que fuese falsa o real. La acusación había impedido que Sam tuviese participación en toda política antidiploide, campo en el cual Maurey consideraba que no podía tenerle confianza. Le dio a Sam otros motivos de preocupación más inmediatos y también les inculcó a los gigantes razones para que desconfiaran de él.

La secuela del asesinato era lógica. Colocaba a Sam físicamente lejos y al mismo

tiempo lo aislaba políticamente, y multiplicaba los sentimientos antidiplóides haciendo de Sam y Sena un par de mártires. Finalmente, los historiales que habían substraído de la caja del doctor, habían sido seleccionados con mucha astucia para sugerir que los tetras reales de los que no había probabilidades que apoyaran a Maurey, también eran de dudosa historia genética y que el mismo Maurey podía pertenecer al mismo grupo, lo que lo acreditaría entre ellos como altruista.

Sin duda la labor realizada por Maurey estaba bien hecha. Sam, tendido en el catre de su celda, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza y descansando los pies en el suelo, se sorprendió al terminar estas reflexiones. Ninguna de las deducciones que hizo le llevaba a enfurecerse contra Maurey. La opinión que se formó de él era, según su limitado vocabulario, de que el gigante renegado simplemente carecía de moral.

No lo consideraba ni malo ni loco, solamente un ser de acción directa. Era un proscrito de la sociedad, como todos los tetras, pero se diferenciaba de ellos en que quería llevar su exilio hasta la fosa, hasta ese oscuro declive en el cual no hay cosas malas ni buenas. Maurey no se pararía a pensar que una cosa era mala si le llevaba a un buen fin, y lo único que consideraba era que un mal fin no valía nada.

Ese modo de ser de Maurey lo había apreciado Sam muy a menudo en el laboratorio donde lo había visto desbaratar los nudos gordianos con mágica rapidez. En los primeros días de sus experimentos, Sam se había resistido a rechazar por matemáticamente ilógica una línea aparentemente necesaria. Su jefe le dijo:

—¿Te vas o te quedas, Sam? Las matemáticas son sólo razonamientos después de la acción. Si quieres avanzar en la vida, camina y no te pares a dar explicaciones; si quieres quedarte atrás entonces quédate en casa; pero después no te quejes de no haber logrado llegar a la meta que te habías propuesto. En otras palabras: cuando decidas permanecer en casa, olvídate de todo lo que habías planeado; pero recuerda también que lo que tenías en la imaginación siempre existe, no importa que esté marcado como «terra incógnita» o tenga un gran letrero que diga: «Aquí hay dragones».

Maurey era admirable. De todas maneras, viviendo como ser humano, pedía una constante lucha de protección contra su propia clase. Sam tenía objeciones personales para despedazar las vidas de otros, y no aceptaba ningún fin que lo justificara; y la misma personalidad que le permitía admirar la brillante y clara inteligencia de Maurey lo hacía condenar duramente los fines que Maurey perseguía.

Sam apenas se había dado cuenta de una fracción del embrollo que Maurey había hecho, pero sí estaba seguro de que el fin se aproximaba.

Se oyeron pasos afuera de la celda y Sam se enderezó apoyándose en los codos. Los guardias le traían la comida. Para los diploides ordinarios aquellos guardias eran fuertes y rudos como osos; pero comparados con Sam... Las barras de las rejas

también habían sido hechas de acuerdo con los planes diploides, pero para encerrar a Sam tuvieron que ser electrificadas.

Los guardias pusieron en el suelo, delante de la puerta, la bandeja con la comida de Sam, retirándose inmediatamente unos pasos más atrás y apuntándole con la ametralladora. Alzaron la cabeza para mirarlo y la luz del foco que indicaba si la corriente con que electrificaban la reja estaba conectada o no, les dio de lleno a los guardias; uno de ellos fue a desconectar el interruptor y regresó al lado de su compañero que, sin dejar de apuntarle con su arma, le gritó a Sam:

—Tú, gigante torpe, ven a recogerla.

Sam se levantó de la cama y fue a recoger la bandeja por debajo de las barras. Como de costumbre, la comida era abundante, un poco más del doble de una ración ordinaria para un diploide de los más grandes y también el doble de lo que Sam necesitaba para no debilitarse. Como todos los gigantes, su grado catabólico era muy bajo, y una alta proporción de lo que comía lo eliminaba dejando un bajo porcentaje solamente para la formación de nuevas células. Pero de todos modos dejaba en la bandeja casi la mitad de lo que le llevaban. Las autoridades de la prisión continuaban enviándole las mismas cantidades, pensando que su estado nervioso no le permitía comer normalmente.

Esa era otra prueba de que la gente que tenía buenas razones para enterarse de los problemas de los tetraploides, no había hecho el menor esfuerzo por aprender los hechos que habían estado a su alcance durante medio siglo.

Esperó un guardia mientras el otro regresó a electrificar nuevamente la reja. Eran tontos y rudos, pero hasta cierto punto amistosos; a pesar de los malos modales con que lo trataban, de vez en cuando charlaban con él. En esa ocasión le preguntó uno:

—¿Oíste las noticias?

—Vi el periódico matutino —contestó Sam comiendo una chuleta—. ¿Ha salido algo nuevo durante el día?

—El gobernador prohibió que se llevara a cabo el espectáculo que ustedes habían anunciado —le dijo el guardia usando un bajo lenguaje—. Consideró que podían provocar tumultos. ¿Qué es lo que iban a hacer? ¿En verdad iban a presentar exhibiciones aéreas y todo eso que dice la prensa?

—Ojalá supiera —dijo Sam—. Antes de que oyera los rumores de esos torneos me apresaron. Parece que Methfessel cambió sus planes desde que estoy aquí.

—Si tú me preguntas —dijo el otro guardia—, te diré que ha sido una jugada sucia —se encendió la luz indicadora y bajando los guardias sus ametralladoras se acercaron a la reja un poco más; el que hablaba continuó—: Compré boletos para la esposa y los chicos, dos dólares por cabeza el asiento de las últimas galerías. Ese Methfessel va a tener que devolver el importe, ¿qué otra cosa puede hacer?

—¡Naturalmente! —dijo Sam—. Tiene que devolverlo. Él ha venido regenteando

los deportes de la Universidad desde hace mucho tiempo. Estoy seguro que es persona honrada.

—Bueno, de todos modos la familia se va a sentir defraudada con la cancelación.

—Tuviste suerte —repuso el primer guardia—. Cuando llegué a la oficina de boletos, ya estaban agotados y tuve que pagar a un pulpo revendedor diez dólares por un solo boleto, también de galería. Varios muchachos pagaron lo mismo que yo, así que imagínate lo que perdemos. Si pescara a ese Methfessel, le arrancaba la piel; pero creo que no es su culpa, porque me imagino que también él sale perdiendo fuertes cantidades.

—¡Qué desagradable! —dijo Sam con sinceridad—. Según yo veo las cosas, no creo que Methfessel fuera a anunciar sus torneos si es que no hubiera contado antes con el permiso del gobierno. Sencillamente se hubiera ahorrado todos los problemas que ahora debe tener.

—Ya lo creo —interrumpió el guardia que casi ni había escuchado las reflexiones de Sam, y continuó—: De acuerdo con la propaganda, se esperaba que iba a ser un buen espectáculo. Hemos visto por arriba del estadio, durante los entrenamientos, algunos de los tetras volando y disparando algo que no podemos precisar. Por la rapidez con que vuelan parecen águilas...

—¿Los han visto? —le interrumpió Sam.

—De pura casualidad —contesto el guardia con precipitación—. No porque estuviera yo esperando la ocasión. De todos modos ya tenía mi boleto de entrada para ver el espectáculo completo.

—No tomes a mal mi curiosidad —dijo Sam tratando de disimular su ansiedad por saber más. Tenía miedo de hacer otras preguntas. Se le fue el apetito repentinamente y colocó la bandeja en el mismo lugar en que los guardias la habían puesto. Estos la levantaron y sin prolongar la conversación se retiraron.

Se sentó Sam en el angosto catre, desalentado y aturdido. ¡Así que los anuncios puestos por Methfessel en los periódicos no habían sido pura hipérbole! Evidentemente Maurey, quizá con otra ayuda, había utilizado el descubrimiento del empuje sin reacción de retroceso para adaptarlo a aquella clase de aparatos voladores. Claro que conociendo la fórmula, ya había sido fácil diseñarlos, pero Sam no los había visto antes. En realidad sentía que necesitaba someterse a ese proceso de la «Gran Obra» para volver en sí completamente.

Sam se puso a meditar con detenimiento.

Después de un momento hizo nuevas deducciones. Aún permanecía sentado, inmóvil. El hecho de que Maurey poseyera esos equipos voladores, aunque fuese un simple cinturón volador, era digno de tomarse en consideración. Con toda seguridad que iba a organizar un grupo para que lo rescataran de la prisión.

Al pensar en ello, Sam se resistía a aceptarlo. Las astucias de las personas

amorales mezcladas en política, pueden conducir las a cometer verdaderas atrocidades si son empujadas a ello, y Maurey era exactamente de esa clase. En diferentes aspectos era un genio, pero su habilidad para retroceder encontrándose al borde del desastre era nula.

Y si ya se le había ocurrido llevar a cabo una operación para rescatar a Sam de la prisión no se pararía a pensar en las consecuencias que esto pudiera acarrearle. El rescatarlo oponiendo la fuerza contra los diploides, le rendiría frutos inmediatos. Los planes de Maurey se dirigían hacia allá, a provocar conflictos directos contra ellos. Si Sam fuera libertado, Maurey tendría que pensar ya en otras cosas; pero Sam no esperaba ser liberado ni absuelto, pues para considerar la posibilidad de que lograra su absolución habría que esperar que aquellos graves cargos se desvanecieran solos. Sam era demasiado buen científico para dejar que esa esperanza se convirtiera en una hipótesis.

Un hecho bien definido era que Sam se encontraba encarcelado.

El saber los planes de Maurey ciertamente no le beneficiaba en maldita la cosa.

El rescate sólo podría precipitar la masacre. Aprovechando Sam la confusión quizá lograría huir para que más tarde fuera presentado ante los tetras que lo habían liberado; eso le aseguraba que no sería asesinado traicioneramente con el pretexto de haberle hecho un favor. Las probabilidades que Sena tenía eran menores. Quizá ella desaparecería, para evitar que la mataran, pues si había escondida en ella alguna solución para el problema tetraploide, aunque fuera inconveniente, Maurey tenía que saberlo en su totalidad para aprovecharla; pero en cualquier forma Maurey la tendría fuera de circulación y oportunamente la eliminaría una vez que estuviera satisfecho con los datos que obtuviera de ella.

Después de pensar Sam en eso, que quizá ya estuviera en la mente de Maurey, se sintió como si fuese la reencarnación de Casandra, pero en una voluminosa forma masculina. Él podía, si así lo quisiera, decir la verdad de lo que estaba próximo a suceder, pero con seguridad nadie le creería. Sus acciones estaban tan constreñidas como sus palabras. Sería juzgado, convicto, y cuando el grupo de rescate de Maurey viniera, escaparía. Escapar ahora, completamente fuera del hecho de que no podría ser, lo haría objeto de una cacería humana sin misericordia y lo convertiría en una masacre antes de lo planeado; exactamente igual a la que provocaría la operación de rescatarlo.

En ambos casos, la pregunta de ¿quién estaba exterminando a quién?, prevalecía, hasta que el último pobre perro hubiera sido colgado y las sangrientas narices que quedaran fueran contadas.

Otro hecho definido: Sam no podía, en ninguna forma, detener la operación que planeaban para rescatarlo. La situación había llegado al punto de que no importaba cuan loco fuera el plan, tenía que ejecutarse. Nadie podía detenerlo, al igual que el

juicio no podría ser detenido por nadie. Hasta la lógica dictaba aquellos sucesos, incluyendo la escapatoria de Sam. Después de eso...

Después de eso, quizá Casandra saldría del escenario para dejar el lugar a Orestes regresando de su exilio. «Quizá». Aún no encontraba la respuesta. Por el momento, Sam no tenía otro papel en el drama:

«Sentarse y esperar».

Siete

El abogado de Sam era joven, corto de estatura y extremadamente alegre. Su nombre era Wlodziemierz, la clase de nombres que jamás pasa inadvertido en los periódicos y nunca lo escriben mal los reporteros. (Los Smith, por ejemplo, pertenecen a la familia de apellidos que hasta los correctores de pruebas ignoran).

Wlodziemierz estaba hablando con los reporteros, lo había venido haciendo en los últimos tres días durante los recesos en el juicio, y sin esfuerzo alguno respondía a las preguntas que en seis lenguas distintas le dirigían sin cesar.

Los lenguajes adicionales siempre se necesitaban, ya que reporteros de la prensa mundial y observadores legales de la Corte Internacional de Justicia habían venido a presenciar el juicio. Wlodziemierz era abogado de las Naciones Unidas y había presentado sus credenciales a Maurey antes de que este hubiera decidido a quién entregar el capital de los tetras. Teniendo en cuenta que aquel abogado polaco era de lo más competente que podía encontrarse y por ser enviado de la ONU no cobraría, Maurey se vio forzado a tomarlo y a devolver a los tetras el dinero para pagar al defensor.

Si Maurey se sintió feliz o contrariado ante aquello que para él fue algo inesperado, será una pregunta que quedará sin respuesta. Él no confiaba en Sam. El gigante prisionero ya lo había sospechado y consideraba que Maurey lo tenía que aceptar como inevitable.

No valía siquiera el jurarlo aunque fuera vagamente.

Sam también había previsto la intervención de la Unión Soviética en su caso, y así ocurrió. Tan pronto como su delegado a las Naciones Unidas se presentó, hizo la advertencia de que existía la posibilidad de que en el caso del gigante americano se aplicara la justicia por mano de los propios gigantes.

El representante americano mismo tuvo que admitir que alguna preocupación pública podría afectar la conducta en el juicio. Después de eso, aunque el camino que había que atravesar era tortuoso, Wlodziemierz siempre estaba claramente visible hasta el fin.

El alguacil de la sala golpeó la mesa pidiendo atención y el abogado regresó rápidamente a la mesa de la defensa sonriendo inocentemente a Sam.

—¿Algo nuevo? —le preguntó el gigante, en voz baja. Se sentó su defensor y se inclinó del lado de Sam, como siempre lo hacía para hablar con él sin retirar la vista de los testigos para no perder palabra o movimiento alguno.

—Temo que no mucho —le contestó—. Presiento que la intervención internacional que tenemos ha causado gran efecto en el público local, y tal actitud inevitablemente se filtrará a través del jurado y quizá llegue a impresionar hasta al juez. Fue una lástima que fracasáramos en nuestro intento de llevar el juicio a

Inglaterra.

—Yo quisiera que me explicara por qué trató usted de hacerlo.

—Por evitar publicidad solamente, Sam. Las leyes inglesas no permiten a la prensa, televisión o cualquier otro órgano informativo que mencionen cualquier caso criminal hasta que las Cortes hayan tomado alguna decisión. Después de eso, ya pueden publicar todos los detalles relativos o alegar que hayan cometido injusticias si consideran que las haya habido, pero mientras se ventila el caso, los tienen atados. Las Naciones Unidas propusieron que en el Código de Derecho Internacional se incluyera una ley semejante, pero los Estados Unidos y varios otros... —interrumpió el abogado su explicación para adoptar su forma telegráfica de hablar cuando la Corte estaba en sesión.

—No importa, señor juez. Aquí está.

—¡Sena Hyatt Carlin! —anunció el alguacil de la Corte con su acostumbrada solemnidad.

Un fuerte murmullo se dejó oír en la sala. Esa era la primera oportunidad para ver en persona a la «princesa rubia» que habían descrito con profusión de detalles los periódicos. Sena llegó confiadamente a la silla de testigos. Le tomaron el juramento de rutina y se sentó con mucha gracia. La expresión de su cara era serena, un tanto fría; no reflejaba ni disgusto ni sobresalto, simplemente cautela. Al verla, Sam suspiró profundamente.

Cuando respondió Sena a las preguntas preliminares, la cautela y confianza en sí misma que aparentaba, se hicieron más notables. En la misma forma rápida que le preguntaron, así respondió, ni más ni menos; de esa manera permitió al fiscal establecer su identidad como testigo. De haberse encontrado Sam en la misma posición, hubiera respondido lentamente, desconfiando de posibles trampas que le pudieran tender con aquellas obligadas preguntas, pero Sena no parecía estar temerosa de nada.

Probablemente, el fiscal advirtió esa confianza y seguridad con que Sena respondió al interrogatorio de preparación y dio el paso siguiente, iniciando el interrogatorio formal.

—Y ahora, diga, señorita Hyatt, ¿es verdad que el doctor Frederick Hyatt jamás le informó que usted no fuera una persona tetraploide?

—No.

—¿No?, ¿no qué?

—No; no es verdad —replicó Sena.

—Entonces, ¿sí le informó a usted?

—No. Él no tenía ninguna información de esa naturaleza que darme.

Sonrió el fiscal y continuó:

—Bueno, por el momento hagamos eso a un lado. Usted oyó el testimonio del

biólogo Saint George. Me refiero a la parte de su declaración en la cual mencionó la visita que él hizo al dormitorio del acusado. De acuerdo con lo que usted sabe, ¿fue correcta esa relación?

—Absolutamente precisa —contestó Sena fríamente.

—Cuando estaban usted y Maurice Saint George en el cuarto del acusado, ¿hubo algún momento en que usted creyera que el biólogo estuviera tratando de engañarlos y crearles una confusión de orden emocional?

—No; nunca creí eso.

—Muy bien —dijo el fiscal, con petulancia—. Entonces, ¿usted consideraba que podría existir una barrera, digamos, un impedimento para que usted tuviera hijos con el acusado?

Por primera vez, Sena pareció estar ligeramente insegura.

—Creo que sí llegué a pensarlo —dijo, después de un breve momento—. Pero antes de aceptarlo como realidad, bueno, yo estaba alarmada y ansiosa por averiguar si Mau..., el biólogo Saint George, tenía razón.

—Señorita Hyatt, no objeto su respuesta, pero le ruego que en el futuro se concrete a responderme apegándose más a mis preguntas. A pesar de la revelación anterior que les hizo el señor Saint George, ¿usted de todos modos tenía planeado casarse con el acusado?, ¿eso es correcto?

Wlodziemierz saltó de su asiento como una tarjeta automática y en voz alta dijo:

—¡Objeción!

El juez miró al abogado polaco con interés, como alguien que tuviera ante sí un huevo fósil de un dinosaurio. Wlodziemierz, con el mismo tono, prosiguió:

—La pregunta de mi honorable oponente ha sido planteada de manera que afecta los asuntos íntimos familiares entre los tetraploides. Eso no viene al caso y sí es altamente perjudicial.

—Los aspectos perjudiciales son estimables —admitió el juez, volviéndose hacia el fiscal. Había cierta inflexión en su voz, que al oírla Sam pensó que hablaba con sinceridad.

—Señor Sturm, ¿está usted preparado para defender la objeción del defensor?

—No, señor juez, mi pregunta fue fortuita. Retiro la forma en que la hice y la enmiendo de manera que no ofenda los principios familiares de los tetras. ¿Señorita Hyatt?

«Sí», pensó Sam, «ahora que se ha sembrado entre el jurado una duda de la moralidad de los torpes gigantes...».

—Sí, es verdad —afirmaba Sena mientras corrían esos pensamientos por la mente de Sam.

—Gracias —continuó el fiscal Sturm—. ¿Cómo reaccionó el acusado ante la revelación del biólogo Saint George?

—No creyó que fuera cierto.

—De acuerdo, pero el señor Saint George dijo también que el acusado se mostró muy molesto, digamos, muy enojado. ¿Qué contesta usted a eso?

—No; no exactamente —dijo Sena—. ¿Usted quiere decir que si él estaba enojado con el doctor Fred?

El abogado fiscal, inclinándose irónicamente, afirmó:

—Eso precisamente es lo que le pregunté.

Sena movió la cabeza negativamente y dijo, con firmeza:

—La información le trastornó, tanto como a mí, pero no podía estar enojado con el doctor Fred hasta no confirmar si el biólogo Saint George decía la verdad.

—Entonces, ¿sí se habría enojado en caso de que la víctima le hubiera dicho la verdad?

—Todo dependía de la explicación. Al oír Sam la razón que había tenido el doctor Fred para efectuar ese cambio en mí, estoy segura que hubiera estado de acuerdo.

—Esa es puramente la estimación que usted hace del carácter del defendido.

—Esa es la respuesta que doy a su pregunta, señor Sturm.

—Cierto. ¿Cuándo supo usted del asesinato, señorita Carlin?

—Aquella mañana; creo que eran como las siete.

Rio el fiscal y continuó, implacable:

—Solamente una hora después de la cita que el acusado tenía con el doctor Hyatt, si es que no estoy equivocado. ¿Y el propio señor Ettinger se lo notificó? ¿Puede usted recordar las palabras que usó para hacerlo?

—¿Lo primero que me dijo?

—Sería muy bueno —aseguró el fiscal.

—Sí —dijo Sena—. Sus palabras fueron: «Check, Sena».

La sonrisa del fiscal se convirtió en un gesto de disgusto.

—¿Eso fue todo?

—Bueno, también dijo «adiós».

—¿Juegan ustedes mucho al ajedrez?

—No; no sé jugarlo y tampoco recuerdo que él lo juegue.

—Pero me imagino que usted sabía lo que el acusado quería decir con esa expresión de «Check, Sena».

—Creo que sí —le contestó Sena, mirándole fijamente a los ojos.

—Es usted muy obstinada, señorita Carlin. ¿Tengo que preguntarle que me diga exactamente qué le quiso decir con esas dos palabras: «Check, Sena»? Muy bien, ¿qué quiso darle a entender con ellas?

—Quiso decirme que «checara» los aspectos genéticos que el biólogo Saint George alegaba. Él previo, naturalmente, que con toda seguridad sería arrestado y no estaría en posición de «checar» personalmente esos datos.

—¿No se le ocurre que hay otros medios más simples para interpretar esa insinuación? —le dijo Sturm.

Mientras tanto, Sam llamó la atención con el codo a su defensor, pero este movió la cabeza.

—De acuerdo con las circunstancias, no.

—ENTONCES, POR FAVOR EXPLICARÁ, ¿CÓMO DOS ENIGMÁTICAS PALABRAS ERAN SUFICIENTES PARA INFORMARLE A USTED QUE SE HABÍA COMETIDO UN ASESINATO Y POR QUÉ LO ENTENDIÓ USTED DE ESA MANERA? ¿O ACASO HABÍAN USTEDES CONVENIDO EN ELLO?

Las palabras del fiscal fueron seguidas de un prolongado «aaaaaah» que invadió la sala de la Corte y que aun cuando no fue una exclamación escandalosa, de todos modos el juez pidió silencio.

—Yo ya sabía acerca del asesinato —dijo Sena, sin inmutarse—. El señor Ettinger requirió mi presencia y yo vi el cadáver antes de que fuera pronunciada ninguna palabra. Después de todo, no se necesitaban muchas para entender lo que ocurría.

—Pero, con toda seguridad, el acusado explicó a usted por teléfono lo que había pasado —le dijo Sturm, con fingida gentileza.

—Él no telefoneó; mandó un amigo.

—¿Con qué recado?

—Sin recado.

—¿El amigo simplemente se presentó? ¿Quién era ese amigo?

—La perra del doctor Hyatt.

La cara del fiscal enrojeció en una fracción de segundo y con precipitación le lanzó estas airadas preguntas:

—Señorita Carlin, ¿está usted pidiéndole a esta Corte que crea que el señor Ettinger se las arregló para que usted se presentara al laboratorio, simplemente enviando a una perra a que buscara a usted? ¿O acaso puso en el collar del animal una nota alusiva? ¿O quizá esa perra habla?

—¿Cuál de sus preguntas quiere usted que conteste? —le dijo Sena, con visible enojo.

—Ninguna, señorita Carlin, ninguna. Las retiro. Señor Wlodziemierzc, su testigo —con paso marcial se dirigió Sturm hacia su mesa. Al verlo Sam, imaginó que marchaba al compás de una marcha de Meyerber.

—Un momento, señor Wlodziemierzc —dijo el juez, nerviosamente—. Antes de que interroge usted a la testigo, estoy seguro de que se da cuenta de que puede objetar las expresiones finales del señor fiscal. Esto va de acuerdo con las leyes americanas. No estoy sugiriendo que las preguntas del señor Sturm hayan sido impropias, pero quiero estar seguro de que usted no pierda algún...

—Gracias, señor juez, pero no tengo ninguna objeción que hacer —dijo el defensor, jovialmente—. Me alegra que mi valioso oponente haya hecho que la señorita Carlin mencionara esa perra. En vez de emplear el tiempo de la Corte dándole una información en fragmentos, voy a hacer una breve descripción de ese animal; cuando termine, pediré a usted me diga si estoy en lo justo, y de estar equivocado le ruego me indique dónde radica mi error.

—Yo objeto —dijo Sturm, con violencia—. Señor juez, el abogado defensor no está en posición de atestiguar en beneficio del testigo.

—Tiene todo el derecho de aclarar una pregunta hipotética, naturalmente que esto depende del contenido de la pregunta. Adelante, señor Wlodziemierzc.

—Gracias, señor juez. Señorita Carlin, esto es lo que deduzco de sus declaraciones: la perra que usted mencionó es un animal gigante. No pertenece a la especie de los tetraploides, pero sí se encuentra ligada muy estrechamente, en un sentido teórico. Según eso, su inteligencia es fuera de la común, así como su talla. Entonces, fue ese animal el que la despertó un poco antes de las siete de la mañana del asesinato; estoy usando las palabras que usó mi letrado amigo para referirse al día durante el cual no pudo haber ocurrido tal crimen...

—¡Objeción!

—Denegada —repuso el juez enfáticamente.

—Pero, señor juez, ¡el gran jurado ha decretado se enjuicie al acusado por asesinato!

—El señor Wlodziemierzc no discutió ese punto. Él discutió el día.

—... fue el mismo animal que entró en el edificio de los dormitorios de usted, empujó la puerta del cuarto y tiró de las sábanas con que usted se cubría. Tenemos testimonio para probar que esa perra, la misma y única perra, fue vista y oída en los patios a la misma hora, ladrando en la forma en que solamente ella puede hacerlo, ya que es única en su especie; sin embargo, no hizo ningún ruido mientras se encontraba en el dormitorio.

Intervino el juez para preguntarle:

—Señor Wlodziemierzc, ¿está usted preparado para establecer pruebas respecto de lo que usted afirma de algún otro modo que no sea solamente la aceptación pasiva de la testigo?

—Sí, señor juez. Estamos preparados para traer al animal aquí y demostrar que puede seguir instrucciones complejas, entender situaciones que involucren tres cosas distintas y ejercitar facultades de razonamiento en general que en ella son ligeramente mayores que las de un chimpancé, de manera especial aquellas facultades que pueden ser llamadas integrales. Puedo considerar que ese animal es un testigo de mucha importancia para la defensa. Mientras tanto, sólo pido que mi declaración sea aceptada como testimonio de la «presenté» testigo, en virtud de lo que ella representa

para el acusado, sea en pro o en contra.

—Acordado. Vamos a oír el resto.

—El resto será dicho rápidamente. Señorita Carlin, usted fue con la perra al laboratorio del doctor Hyatt, ella la guio a usted hasta aquel lugar. Una vez que se encontró allí, vio al señor Ettinger y el cadáver. El señor Ettinger, señalándole los papeles revueltos que han sido mencionados ante esta Corte, le dijo: «Check, Sena». Al instante revisó usted los papeles durante los siguientes cinco minutos y salió del laboratorio llevando consigo a la perra. Déjeme preguntarle si lo que le he dicho hasta aquí es correcto o no.

—Absolutamente exacto, señor Wlodziemierzc.

—Bueno —el abogado defensor se dio vuelta rápidamente y con pasos ligerísimos se dirigió a su mesa para tomar una hoja de papel y regresar con la misma ligereza ante el juez y decirle—: Señor juez, aquí tengo una hoja de papel ordinario. Está totalmente cubierta según se puede comparar con las copias duplicadas, escrita a máquina a espacio sencillo; su contenido es de cantidades sin agrupar. Hemos preparado este documento con la esperanza de proporcionar algo que no le será posible a nadie grabar en la memoria por anticipado; la señorita Carlin no ha tenido jamás la oportunidad de verlo. ¿Nos permite el señor fiscal que se lo mostremos a la testigo solamente durante cuatro segundos medidos con un reloj cronotaquímetro a fin de demostrar que es capaz de retener mentalmente esas cifras con exactitud en tan corto tiempo?

—¿Y bien, señor Sturm?

Hubo un gran momento de vacilación, durante el cual Sam se sintió vagamente sorprendido de encontrarse con intensos escalofríos como si fuera atacado de malaria. Al fin, Sturm aceptó dejar que Wlodziemierzc llevara a cabo su demostración, pero exigiendo que Sena también llevara a cabo la misma prueba de cuatro segundos para retener en la mente dos páginas de la revista FAO en la cual daban las estadísticas de la producción del arroz del año 1948, y que fuera el propio fiscal quien le hiciera las preguntas que considerara convenientes.

Sena se prestó al experimento y se portó de maravilla: en la lista de cifras preparadas por Wlodziemierzc solamente falló ocho de las mil que había en la hoja. El defensor había previsto que podría incurrir en alguna pequeña falla.

En la prueba que sugirió Sturm, tuvo un tropiezo con una palabra que aparecía en una nota al pie de la segunda página de las tablas que ofrecía la FAO.

—Hemos preparado esta demostración para probar, señor juez, que la señorita Carlin está capacitada para retener en la memoria grandes cantidades de informaciones escritas, prácticamente en forma instantánea. Señorita Carlin, ¿quiere usted confirmárnoslo?

—Yo tengo lo que a menudo se llama mente eidética, o comúnmente también se

conoce como mente fotográfica.

—Y diga, señorita Carlin, ¿se grabó usted en la memoria el contenido de los papeles del doctor Hyatt mientras permaneció usted en el laboratorio?

—Sí, señor; tuve suficiente tiempo para repasarlos tres veces y asegurarme de que los recordaría correctamente —Sena hablaba con mucha seguridad y pausadamente.

—Señor juez, esos papeles se encuentran aquí como evidencia; si la Corte a su digno cargo lo permite y el señor fiscal no lo objeta, la señorita Carlin está dispuesta a responder cualquier cosa que se refiera a ellos.

El juez miró hacia Sturm, quien asintió con la cabeza. Wlodziemczc agregó:

—La razón de un hecho que hemos discutido, aparecerá en un momento. Ahora, señorita Sena, voy a preguntarle algo muy importante, y deseo que usted considere su respuesta detenidamente; es la siguiente: ¿vio usted o no vio en esos papeles algo relativo a su estado genético non tetraploide?

—¡La respuesta es sencilla! Sí, lo vi, señor Wlodziemczc.

—De acuerdo con lo que usted vio, ¿son tetraploides sus características genéticas? —el defensor estaba llevando a cabo su interrogatorio poniendo en cada palabra todo el énfasis posible.

—No, señor.

Se oyó un murmullo general en la sala, pero Wlodziemczc aún no terminaba:

—¿Y el acusado?

—Tampoco.

—¿Y el biólogo Saint George?

—¡Objeción! —gritó el fiscal—. Maurice Saint George no está sujeto a juicio. La pregunta afecta sus derechos privados.

—La objeción es aceptada —dijo el juez.

—Muy bien. Me va usted a contestar, señorita Carlin: de toda la colonia de gigantes, según la información que usted obtuvo, ¿cuántos de ellos son individuos tetraploides?

—Ninguno —dijo Sena, enfáticamente.

Hubo una exclamación general de asombro en la Corte; el juez ni siquiera hizo el intento de imponer silencio. Cuando se apagaron las voces, se dirigió al defensor:

—Señor Wlodziemczc, casi sospecho que usted ha provocado esa declaración puramente para impresionar a la concurrencia.

—No soy culpable de ello, señor juez. El testimonio es en extremo pertinente. Señorita Carlin, responda si el acusado sabe estos datos, es decir, si los sabía antes de oír esta declaración de usted.

—No, señor; no que yo sepa. Yo creo que solamente los asistentes personales del doctor Hyatt lo sabían, y aun entre ellos era costumbre referirse a todos nosotros como tetras.

—¿Cuál era la razón?

—Porque así lo consideraba conveniente el doctor Fred. Cada uno de nosotros tiene un grado diferente de poliploidea y de diferente clase también, de manera que para generalizar la forma de tratarnos se estableció la palabra tetra, pero solamente había otra que sí se podía haber aplicado a toda nuestra especie: poliploides.

—Ya veo. En su opinión, ¿cuál es el motivo de la confusión?

Sena contestaba con tanta precisión que tenía absortos a jurados y público que presenciaba el juicio. Los reporteros de prensa y televisión no cesaban de tomar notas. Después de considerar por unos segundos la pregunta, respondió con el mismo aplomo:

—La confusión estriba en el uso del término «diploide» para clasificar a gentes «normales» en cuanto a su constitución genética. El ser humano «normal» es, en realidad, un individuo tetraploide, como los tomates y ciertas otras...

En aquellos momentos sí tuvo el juez que golpear con su mazo fuertemente para imponer orden, sintiéndose confundido y encolerizado.

—... pero la duplicación de cromosomas aparentemente ocurrió hace un milenio, así que los genéticos, cuando se refieren a los humanos «redoblados», los llaman por costumbre tetras porque ellos tienen dos veces más el número de cromosomas. En realidad, tales individuos debían llamarse, naturalmente, octoploides —por primera vez desde que entró a la sala, sonrió—. En toda nuestra colonia, solamente hay dos individuos con esas características. Me imagino que podríamos haberles puesto «octopus» como apodo.

—Muchas gracias —dijo el defensor, y dirigiéndose al fiscal con su acostumbrada jovialidad, le señaló—: Su testigo, señor Sturm.

Este se levantó. Se veía considerablemente nervioso y avanzó con el ceño fruncido hacia Sena.

—Señorita Carlin, ¿es usted genética?

—No, señor.

—¿Ha tenido usted algún entrenamiento en esa materia?

—He tomado ya un curso durante dos semestres.

—¿Alguna vez le dijo a usted el doctor Hyatt personalmente cualquier parte de la hipótesis que ha ofrecido usted a la Corte?

—No, señor; ya se lo había dicho yo al señor Woldzmierzc.

—¿Ha confirmado usted alguna parte de esa hipótesis con los asistentes del doctor Hyatt a quienes usted mencionó?

—Brevemente, el doctor Edwards está de acuerdo con ella. El doctor Hammersmith fue un poco más precavido en externar su opinión y se concretó a decir que fácilmente podía ser verdad.

—¿Le manifestó a usted la razón de las precauciones que tomaba al emitir su

opinión? —ya Sturm estaba recuperando su aplomo y preguntaba secamente.

—Sí, señor. Me dijo que nadie sabía si los seres humanos «normales» eran tetraploides o no; que era probable, pero que no había sido probado. De todos modos, añadió que lo discutía a menudo con el doctor Hyatt, y que este mantenía que sus experimentos con nosotros, los gigantes, estaban muy apegados a ello.

—Más tarde, pediremos a los doctores Edwards y Hammersmith que vengan a servir como testigos. Por favor, conteste usted nuevamente, ¿sabía o no sabía el acusado de la existencia de esa hipótesis?

—Yo creo que no lo sabía —repitió Sena.

Sturm llamó la atención del jurado y prosiguió, con firmeza:

—Entonces, ¿no podía eso haber afectado su conducta el día del asesinato?

—No, yo no veo en qué forma podía haberle afectado.

—Y ahora, hablando de esos papeles que se encontraban fuera de la caja de seguridad del doctor Hyatt, ¿había algunos que se relacionaran directamente con usted?

—No, señor.

—¿O con el acusado, o con el biólogo Saint George?

—No, señor, tampoco —respondió Sena, un poco confusa.

—Entonces, ¿usted no se encuentra en condiciones de precisar cuál es el estado genético de usted o del acusado o del señor Saint George?

—De acuerdo.

Se irguió Sturm y dijo en voz alta y firme:

—Señor juez, el fiscal considera que cualquier esfuerzo que se haga por proseguir este caso sería infructuoso. Se retira el fiscal a descansar.

El juez dirigió su mirada hacia el defensor de Sam.

—Señor Wlodziemcz, ¿tiene que llamar la defensa algunos testigos más?

—Sí, señor juez. Deseamos traer la perra triploide Decibelle al lugar de los testigos, demostrar su inteligencia con pruebas apropiadas y hacerle ciertas preguntas de tal naturaleza, que sea capaz de contestar.

Sturm se puso de pie, gesticulando furiosamente, pero el juez se le adelantó:

—Señor Wlodziemcz —le dijo, con voz grave—, esta es una Corte americana de justicia, no un espectáculo del salón de música. La Corte le ha permitido a usted introducir ciertos hechos relacionados con esa perra, pero ninguna paciencia ni la dignidad de la ley podrían permitir que se presentara ese animal como testigo. Si tiene usted algunos testigos más admisibles, tráigalos; de otra manera, esta Corte se retira por hoy.

Las deliberaciones duraron todo el día siguiente, pero los miembros del jurado sólo salieron por seis minutos.

Ocho

El efecto del veredicto sobre el temperamento del público era sorprendente, especialmente para Sam cuyo conocimiento de la historia antigua romana era tan extenso como el que podía tener un albañil. En otras palabras, no sabía nada.

Hasta el primer día del juicio, la pregunta de si Sam era o no culpable no había sido muy discutida. Se le consideraba generalmente como autor único del crimen. De todos modos, el ya dictado veredicto de culpable parecía haber abierto una división entre el pueblo; repentinamente, el ambiente se había cargado de disensión.

Las columnas de los periódicos estaban llenas de comunicaciones en las que se usaba un violento lenguaje, cada escritor atacando al anterior, dentro del mismo periódico. Había peleas en los bares, ocasionadas por discusiones previas del caso; muchas veces esas peleas se extendían entre todos los parroquianos, los cantineros mismos, la gente que participaba en la variedad, los policías que habían venido a restablecer el orden. Eso se hizo común en todos lados.

En los lugares donde predominaba la opinión a favor de los Titanes y cuyos empleados minoritarios habían cometido la torpeza de emitir opiniones a favor de los Atlántidas, los habían cesado de sus puestos inmediatamente. Los comentaristas de televisión que no concordaban en sus puntos de vista hacían de sus programas un verdadero embrollo. Las páginas deportivas de los periódicos se veían llenas de tiras cómicas y columnas acerca de la controversia. Los senadores lanzaban durante sus campañas discursos en favor de los Titanes algunos, y otros en pro de los Atlántidas, en repetidas ocasiones los mencionaban con datos inexactos. Las denuncias denigrantes se habían hecho demasiado comunes y ya no ocupaban más los encabezados de los periódicos, y los libelos tetras explotaban con la violencia y frecuencia del maíz que se usa para el «*pop-corn*» americano.

Toda esa complicada edición estaba, además, nublada por una fuerte coloración política. Por alguna razón, el punto de vista general de los Titanes había sido adoptado por los elementos izquierdistas del pueblo, desde los más humildes grupos obreristas hasta los socialistas militantes; los conservadores, por otro lado, apoyaban los puntos de vista de los Atlántidas, que no solamente estaban contra Sam, sino que en contradicción con el nombre que se les había dado, eran antigigantes también. Sin poder explicarse la unión con los conservadores, los residuos del Partido Comunista Americano también se habían puesto del lado de los Atlántidas, arguyendo que los gigantes eran monstruos de laboratorio creados por los capitalistas con el fin de emplearlos para la dominación mundial.

Esta situación llevaba las amargas disputas hasta los hogares. Hijos e hijas, ordinariamente tomaban la «progresista» línea de los Titanes, mientras sus padres manifestaban su aprobación por los Atlántidas.

El t3pico era bastante complejo y transformaba las divisiones familiares en rencores acabando como las teol3gicas rencillas que habían sido el veneno de otras edades.

Sam tenía que sacar sus deducciones acerca de esos acontecimientos, de acuerdo con lo que leía en los peri3dicos que le llevaban a su celda de muerte. Desde su ventana pudo ver el primer motín. Un pequeño grupo de una uni3n de trabajadores había preparado una manifestaci3n pro libertad de Sam Ettinger. Eso lo hicieron como r3plica a una campaña para que «internaran a los torpes gigantes» que había desatado una cadena de cobardes peri3dicos. Similares demostraciones se habían llevado a cabo en todos los rumbos de la ciudad, todas ellas inofensivas en apariencia y sin ninguna eficacia.

Pero la manifestaci3n que tenía lugar fuera de la c3rcel y que Sam presenciaba, había tomado diferente cariz. El gobernador, cuya opini3n favorecía a los Titanes y había sido llevado a su casa obligado por los Atlántidas, cometió el táctico error de llamar a las fuerzas armadas para que disolvieran aquella manifestaci3n.

La mayoría de los participantes eran trabajadores especializados en trabajos de ingeniería y estaban dotados de un excelente entrenamiento; eran pacíficos, hombres inteligentes que andaban en los cuarenta años de edad y que no se hubieran atrevido a violar la prisi3n, así como jamás pensaron en meterse a piratas.

La llegada de la guardia del Estado les llevó a un grado tremendo de indignaci3n. Algo más ocurri3: un grupo de Atlántidas que se habían congregado para burlarse de los Titanes, se interpuso entre la guardia y los manifestantes, y como fueron empujados a un lado, comenzaron a arrojar piedras contra los soldados alegando derechos de libre agrupaci3n.

Después de eso, ya Sam no pudo distinguir los grupos, ya que los dos se unieron contra los soldados. Se oyeron disparos, hubo gases lacrim3genos, hombres que eran llevados en camillas a las ambulancias de los hospitales, y vidrios de ventanas rotos. El motín fue movilizándose y se alejó de la prisi3n, pero conforme se alejaban con rumbo a la ciudad, la algarabía se hacía más y más intensa; dentro de la prisi3n aullaba una sirena, no porque hubiera o hubiera habido el menor intento de huida, sino porque al director de ese recinto no se le ocurri3 otra cosa.

Todo eso, Sam lo sabía, no era más que el preludeo para el holocausto final. Se retir3 de la ventana, regresando a su catre a esperarlo...

Principió el ruido como un suave zumbido semejante al de una avispa, no soñoliento y arrullador como el de las abejas, sino un zumbido cortante, parte silbido, parte gruñido.

Escuch3 Sam el enojoso ruido como producido por una sierra, y aunque lo había estado oyendo desde antes de la medianoche, no había sido lo suficientemente intenso como para identificarlo. Se levant3 nuevamente para asomarse a la ventana. Antes de

darse plena cuenta de lo que era, Sam asociaba aquel ruido con todos los de la ciudad que nunca está en silencio. Su corazón abandonó su ritmo ordinario para latir con precipitación. Tampoco podía respirar normalmente y la boca se le secó.

El futuro se le presentaba desde la oscura ventana en dos formas: violento y muy corto. Nunca, en ninguna ocasión, había esperado que fuera absuelto, pero cuando la Corte se negó a permitir la presentación de Decibelle como testigo, se había muerto la esperanza que él y Wlodziemierzc habían tenido la esperanza de implicar a Maurey e impedir que lo condenaran.

Sam había participado a Wlodziemierzc lo que pensaba acerca del intento que harían para rescatarlo, y, naturalmente, lo enteró de todas las sospechas y evidencias que había contra Maurey, pero el abogado polaco le advirtió que solamente la perra podría señalar a Saint George como el asesino y que la vida de Sam pendía de esa inadmisibles acusación.

Esa acusación —aunque ni Wlodziemierzc ni ningún otro «no gigante» lo pudieran saber— no podía haber salvado la vida de Sam, pero sí podía determinar lo provechosa que sería su muerte. Una vez que él fuera ejecutado en público, Maurey no se hubiera atrevido a organizar ninguna otra de sus locuras.

Un pequeño punto negro, como polvo de carbón, empezaba a dibujarse en el horizonte, a lo largo del alumbrado, debajo de las nubes. El ruido de la sierra se acentuaba y el punto negro en el horizonte también se hacía más visible.

Sam se preguntaba con desesperación por qué la base del ejército local no había sido notificada. Con toda seguridad que tendrían armas antiaéreas y potentes reflectores para localizar objetos en el espacio; ¿y qué pasaba con las redes de radar de la Fuerza Aérea? Unos cuantos jets lanzados al aire cambiarían los acontecimientos...

Pero ni luces de reflectores, ni ruido de aeroplanos; la ciudad roncaba exhausta por el motín y ligeramente calmada por el discurso del gobernador. Desolado, Sam se daba cuenta de que el zumbido de la sierra estaba solamente en el umbral de lo audible, pero, para él, que significaba tanto, se amplificaba enormemente. Wlodziemierzc, el director de la prisión, los de la Corte, cualquiera de los que Sam sabía que vendrían; alguien, alguien que le hubiera creído o se hubiera sentido alarmado sin poder conciliar el sueño y que en su cama se preguntara: «¿Qué ruido es ese?».

Perversamente, ya que había concebido Sam la esperanza de que lo oyeran, el zumbido de la sierra se perdió en los oídos de Sam, regresando a confundirse con la soñolienta y holgazana ciudad. Durante algunos segundos no pudo distinguirlo más. Pero entonces..., ya que no había cambiado en nada excepto para acercarse un poco más, saltó como si estuviera alrededor de su cabeza como cientos de miles de avispas en la antesala del infierno.

Aquel punto negro que se veía en el horizonte fue acercándose más y descomponiéndose en fracciones, como pequeños bacilos negros contra el lóbrego azul del cielo. El zumbido era ya tan intenso que verdaderamente molestaba los tímpanos de Sam; se dio cuenta de que era demasiado fuerte para la aparente distancia de lo que él había imaginado fuera un enjambre de avispas.

Se podían ver unas luces procedentes de la ciudad y en algún lugar profundo de la prisión se oyó un grito de alarma, no la alarma de un oficial, sino la de un hombre atrapado que ve la muerte próxima.

Nuevamente se oyó el zumbido llegando repentinamente a un estrépito tal que Sam, involuntariamente, bajó la cabeza.

Cuando se enderezó nuevamente, pudo ver un enjambre de figuras humanas perfectamente definidas que proyectaban sus siluetas contra el cielo y que se precipitaban sobre la prisión, pero dirigiéndose hacia los otros puntos negros que habían salido del horizonte.

Una flecha delgada de luz amarilla monocromática saltó de los puños apretados de una de las sombras que casi tocaban a Sam, lastimándolo. Se oyó un estallido seco, no tanto como el sonido de un disparo, sino más bien como un trueno. Al primero le siguieron docenas más.

El grupo lejano que se aproximaba respondió al instante. De estos no se oía un solo sonido, pero la nube volante se veía saturada de estrellas amarillas centelleantes. En el mismo momento, los ojos de Sam se vieron cubiertos de polvo, y un terrible golpe que recibió en la cabeza, encima de la sien izquierda, lo separó bruscamente de la ventana.

En la oscuridad, zumbándole la cabeza, con los párpados ardorosos, la amarga verdad se cernió sobre él. También los gigantes se encontraban divididos en dos grupos: Titanes y Atlántidas. Maurey obviamente había pensado que un grupo predominante de Titanes llevaría a cabo la incursión para su rescate; pero, por lo visto, con sorpresiva fuerza los Atlántidas habían llegado antes.

Ya se encontraba en pleno apogeo una batalla campal, una guerra civil en el aire, pero no solamente entre gigantes y diploides, sino gigantes contra gigantes.

Permaneció retirado de la ventana, con gruesas lágrimas brotándole de los ojos. No tenía idea de la fuerza terrible de aquella nueva versión de su juguete de laboratorio que las escuadras volantes estaban usando como arma. Dedujo que las brillantes flechas luminosas no eran más que el mismo principio de la infamia que se había adaptado para usar en el estadio, pero que Sam, como descubridor, se daba cuenta de que serían efectivas a cualquier distancia, limitadas únicamente por el horizonte. El impacto casual que recibió la ventana y le alcanzó en la sien, se lo hizo ver claro.

Airado, volvió desde el rincón de su celda a presenciar la nueva Pasadena. El

escenario se veía reducido en el cielo al tamaño de una estampilla de correos. Se oyó en la ciudad el ruido de la batalla, los golpes secos de las armas de los gigantes. Una repentina lengua de potente luz apareció y desapareció en el espacio, dando a entender a Sam que al fin en el campo aéreo se habían dado cuenta de que algo anormal estaba ocurriendo.

De repente, una serie de fuertes golpes se sintieron en las paredes de la prisión. El grito de alarma del prisionero invisible se convirtió en un lastimero aullido que fue ahogado por la potente sirena de alarma; aparentemente esta era la única respuesta que el director del penal encontraba para resolver todos sus problemas. Siguió una nueva serie de golpes contra las paredes de piedra.

Los Titanes no querían correr más riesgos. En los momentos en que ya habían descubierto en la parte baja lo que ocurría, ya no desperdiciaban tiros contra sus hermanos los Atlántidas. Estaban bombardeando la prisión, un objetivo que las armas de los Atlántidas no podrían alcanzar si es que estaban usando únicamente las armas que habían diseñado para los torneos en el estadio; serían efectivas solamente si se acercaran más, pero con toda seguridad ambos grupos estarían provistos de armaduras protectoras que anularían los impactos de sus armas. Kelland habría sido cuidadoso y previsto esos detalles. Por otro lado, los Titanes estaban seguros de que ablandarían las paredes de la cárcel a base de bombardear con sus armas.

El aullar de la sirena impedía por completo percibir todo sonido que viniera del exterior; pero el ruido de los golpes contra los muros se sentía claramente.

Entonces se apagaron las luces del corredor.

Sam giró sobre sus pies y fijó la mirada hacia fuera de su celda. Una ilusión enloquecedora aparecía ante su vista flotando en el aire en cualquier dirección que mirara. Finalmente, esa visión fue desvaneciéndose y comprendió lo que ocurría: las luces efectivamente se habían apagado. Hasta la que habían colocado en la parte superior de la reja de su celda estaba apagada.

Alguien que no había estado lo suficientemente asustado por el bombardeo, tuvo la idea de desconectar el interruptor general.

Las cerraduras eléctricas que mantenían las rejas cerradas quizá todavía estuvieran funcionando, ya que la energía era proporcionada por unos generadores enormes, completamente independientes de las líneas generales del penal. Pero la corriente que electrificaba las barras de la reja de Sam era tomada de la línea ordinaria y esta estaba muerta por el momento.

Se acercó Sam y golpeó una de las barras. Ningún choque eléctrico. Una de sus manos apretó fuertemente el hierro frío y empezó a tirar vigorosamente.

La reja era muy sólida. Parecía inamovible, pero cedió un poco. Su mano resbaló con el sudor; con la sábana que cubría el catre se limpió para tratar nuevamente, esta vez con ambas manos.

No quería verse rescatado por la gente de Maurice Saint George. Y trataba de evitarlo.

De nuevo tiró de la barra en la misma dirección que la vez anterior. El gran esfuerzo le provocó un fuerte dolor en todos los músculos, pero no había tiempo para ponerse a considerarlo. No era posible que pudiera separar las barras una de otra, ya que estaban todas entrelazadas formando la reja de una sola pieza, y tirar de una barra era tirar de la reja entera; pero si pudiera doblarla hacia adentro de la celda y arrancarla del marco de concreto donde estaba empotrada...

Bruscamente, el ruido de la sirena cesó. Pero las luces no se encendieron ni tampoco sufrió Sam ningún choque eléctrico a través de las barras. Era enorme el estruendo ocasionado afuera por las armas de sus hermanos los gigantes y ya también se distinguía el estallido inconfundible de las balas antiaéreas.

Otra vez dio un tirón Sam. El gozne sobre el cual descansaba la reja cedió al mismo tiempo que la parte del piso de concreto se abría en pedazos. Se inclinó Sam y forzó aquella esquina de la reja tirándola hacia adentro de la celda...

Al fin, la reja entera se desprendió entre chirridos, y con un impulso final, Sam dejó el camino libre para su escapatoria...

Ya se encontraba fuera de la celda, en el corredor.

Diez minutos más tarde, y habiendo tenido que matar a dos guardias que se interponían en su camino, Sam se encontraba en la ciudad que estaba invadida por una ola de terror.

Con toda delicadeza, Kendall tiró de la cortina de la ventana con los delicados movimientos de una persona que no quiere que el material que toca se desbarate en sus manos. Miró hacia el bosque para cerciorarse de que no había nadie espiando. Lanzó un profundo suspiro de alivio, y dejando caer la cortina, encendió una lámpara.

—Aquí estamos, Sam —dijo pesadamente—. Hice todo lo que pude para disuadir a esos tontos de que llevaran a cabo esa incursión para rescatarte, pero no pude lograr que al menos uno me escuchara. Ellos me consideraban solamente como el artesano que les fabricaba las armas, sin que tuviera que importarme lo que iban a hacer con ellas. De cualquier modo, tuviste suerte al lograr escapar y me da mucho gusto verte. ¿Hay esperanza, aunque sea mínima, de salvar algo?

—No lo sé —le contestó Sam, estirando sus largas piernas y descansando los pies, que sentía que le quemaban. Había corrido desde la prisión hasta la casa aislada de Kendall, pero no había sido fácil la pelea que tuvo que sostener contra el personal de la prisión que, aunque se encontraba presa de pánico, de todos modos trató de evitar su fuga. Cuando atravesó la parte central de la ciudad también tuvo una serie de contratiempos, por lo cual estaba verdaderamente rendido.

Mirando con agradecimiento a Kendall, le dijo, para contestar su pregunta:

—Puede haber, sí. En todo momento estuve deseando que tú no hubieras tomado

parte en la incursión de rescate, pero no estaba seguro. Te confieso que estuve a punto de llorar cuando me abriste la puerta.

—Está bien, Sam. Ya olvídate de eso. ¿No sabes dónde pueda estar Maurey?

—No; no lo sé, ¿y tú? —le dijo Sam, sorprendido.

—No, Sam. Me estaba acordando que él iba a dirigir a los Titanes para rescatarte, pero no se presentó. Lo esperaron media hora y entonces alguien llegó gritando que los Atlántidas estaban preparando un contraataque. Salieron precipitadamente. Un fanático llamado Briggs, creo que lo recuerdas, el tetra que hizo la primera propaganda para Methfessel, bueno, él tomó el lugar de Maurey.

Sam gruñó, disgustado, y le dijo:

—¡Y nosotros aquí sentados, esperando a que nos arresten, mientras los gigantes ayudan a los diploides a que nos destruyan! Kendall, tú fabricaste todos esos aparatos. Yo no sé para qué usos modificarías mis principios. ¿No se te ocurre algo que podamos hacer?

—Bueno, podría al menos averiguar cómo va la pelea —se levantó y tomó de un armario alto un casco—. No necesitas apurarte demasiado, tú lo sabes, Sam. Esa fuerza tuya tiene polaridad, levanta tu ánimo; ¿encontraste por casualidad algún campo magnético que no tuviera polaridad? En los equipos que usan me tomé el trabajo de hacer conexiones directas entre la armadura protectora y los proyectores. De modo que lo más que les puede ocurrir es empujarse el uno contra el otro...

—Muy bien, muy bien. Pero cuando bajen a tierra serán ejecutados por los diploides —le gritó Sam.

Las balas no están provistas de armaduras para repeler otras balas.

Kendall se alarmó después de las reflexiones de Sam. Colocándose el casco empezó a hablar con toda claridad:

—¿Briggs? ¡Briggs! ¡Ah...!, bueno. Habla Kendall. ¿Has perdido alguno de tu equipo en ese bombardeo antiaéreo...? ¿Qué bueno que se te haya ocurrido la idea de retirarte del aire!; pero, ¿por qué no te retiras...? ¿Ya lo hiciste...? ¡Oh, Dios! Briggs, eso no tiene sentido, Sam ya escapó. Sálganse de esa tumba de concreto antes de que enciendan las luces... No importan los Atlántidas. Ellos me están oyendo igual que tú. Ya saben que Sam ha huido. ¡Piensa por una vez en el futuro de los gigantes! Sálganse antes de que los diploides los atrapen. Podrían tomar la decisión de volar el penal completo, con guardias y prisioneros inclusive para lograr destruirlos a ustedes... ¡Maldita sea...! Eres un tonto, Briggs, y un gigante tonto es mayormente tonto que un ser tonto normal. Saca a todos de allí. Tarde o temprano van a localizar mi planta aquí, y si se encuentran ustedes en el aire, ¡entonces la caída va a ser terrible!

Sam permanecía sentado. Kendall lo miró alzando sus cejas con resignación; se quitó el casco y lo sostuvo delicadamente en las manos.

—Están en la prisión —le dijo Kendall—; siguen peleando contra Atlántidas y diploides, pero no sabe cuáles son las pérdidas. No logré meterle en la cabeza un poco de sentido común. No quiere creer que estás fuera. Si lo oyeras pensarías que él quiere en persona acabar contigo; está ansioso de localizar tu celda.

Sam lo dejó hablar, y muy quedo, casi en un murmullo, le dijo:

—¿Puedes cortarles la energía?

—Seguro que sí —le contestó Kendall, reflexionando—. No pensé que ofreciera seguridad el dotar de energía a cada uno separadamente. Lo mismo opinó Methfessel. Quería una forma de bajar a tierra a los dos equipos para que, en caso de que se alteraran los ánimos o el torneo tomara otro aspecto, los pudiera controlar.

—¿Dónde está el generador?

—Aquí mismo, debajo de la casa. Ellos reciben las ondas que envío desde mi casco transmisor; este pequeño arbolito de Navidad que ves aquí.

—Kendall —le ordenó Sam, enérgicamente—, ¡dame ese casco!

Intrigado, Kendall se lo entregó ajustando el micrófono de mejilla a la cara de Sam sin esperar; este empezó a hablar:

—Briggs, ¡tienes cinco minutos para que salgan de ahí!

—¡Tú no te metas en lo que no te importa! —contestó una voz ruda dentro del casco—. Optaste por quedarte en casa. Nosotros arreglaremos nuestros asuntos por nuestra cuenta, sin ti. Y recuérdalo después. Por ahora, conserva tu nariz limpia o...

La voz de Briggs se disipó. Cuando se oyó de nuevo era con un tono de sorpresa:

—¿Ettinger? ¿Eres tú?

—Sí, soy yo —dijo Sam, tranquilamente—, y ahora escúchame: tu jefe Maurey los ha abandonado, Briggs. Él quería a toda costa a Sena y los ha empujado para que se hagan pedazos los unos a los otros. Los diploides se encargarían de exterminar a los que queden.

—Estás mintiendo.

—¡Oh! ¿No leíste las declaraciones del juicio? ¿Aún no sabes por qué Maurey quiere a Sena? ¿Y cuál es la razón por la que quiere que todos los demás muramos? Pero, por el momento, ya es tarde para que empieces a pensar. Déjame hacerlo por ti. Vente con tus muchachos para acá. Hacia donde les proporcionan la corriente. Aprisa, todos ustedes incluyendo los Atlántidas. Cinco minutos; recuerden: una vez transcurrido ese tiempo quedarán ustedes sin energía en sus equipos, porque voy a desconectarla desde aquí.

—¡Mugrosos asesinos!

—¡Yo no lo soy! Te estoy dando una oportunidad que no mereces. Pero asegúrate de que antes de que transcurran los cinco minutos estés aquí. Después, tú y tus muñecos voladores no volarán más, ¿entiendes?

Se quitó el casco. Los ojos de Kendall centelleaban.

—¿Estás loco? —le dijo, violento—. Te van a asar a fuego lento, nada más por la amenaza que les haces. La mitad de ellos ya piensan que eres un traidor y no me diste oportunidad de decirte, pero todos los tetras que están usando cascos como ese te han oído. ¿Estás tratando de suicidarte?

—No; no me hubiera preocupado por hablar de la manera que lo hice si hubiera pensado que era sólo Briggs quien me oía. De todas maneras, cuando ellos lleguen, yo no estaré aquí. Tengo otras cosas que atender; necesito a Maurey y lo voy a encontrar, no importa dónde se haya escondido.

—Oí lo que se refería a él, Sam, pero no lo creí.

—Al principio tampoco yo lo creía —le dijo Sam, fríamente—, pero es verdad. Él fue quien mató al doctor Fred, no yo. Accidentalmente él se dio cuenta de que nuestra poliploidea está muy mezclada y que la forma en que se habrá de manifestar en las próximas generaciones será con una variación en la cual no podremos identificar especie alguna. Fueron los historiales de Sena los que lo llevaron a ese punto, y al darse cuenta de la triste realidad, perdió el juicio. Él quería que los gigantes siempre lo fueran; que conservaran una superioridad sobre los seres normales, para poder gobernarlos algún día. Tenía planeado vengarse de la masacre de Pasadena y estaba seguro de lograrlo, barriendo a los diploides con el arma que le di. Pero después del juicio, se dio cuenta de que jamás podría lograrlo. Él sabía que el futuro descansaba en la asimilación y la aparición gradual de las características poliploideas entre la gente normal. Así que parece que él ha decidido eliminar a los gigantes inútiles obligándolos a que se destruyan unos a otros, con la feliz colaboración de los diploides, mientras él, doctor Maurice Saint George, se prepara para convertirse en el padre del futuro. Lo único que queda ahora que podría causarle dolores, es Sena. Mientras pueda esconderla se puede proteger, eso piensa para el presente, y ser patriarca de todas las generaciones venideras para el futuro. Pero no podrá esconderla más, porque ella es mía, Kendall.

—¿Dónde la vas a buscar? —le preguntó, con amabilidad, Kendall.

—¿No conoces la cabaña donde pasaba sus vacaciones el doctor Fred?

—Nunca supe que la tuviera.

—Se me olvidaba que no lo sabes —le dijo Sam—. Tampoco Sena y yo lo hubiéramos sabido si Maurey no hubiera abierto la caja de seguridad del doctor Fred. Todos ignoraban su existencia y el doctor jamás se lo habría mencionado a nadie. Pero está por los alrededores, estoy seguro. Y es allí donde Maurey debe estar, escondido con todos esos papeles; es el único lugar donde piensa que nadie lo buscará. Debía habérmelo imaginado.

Por un momento, Sam permaneció pensativo.

—Kendall, habla a la policía diploide y cuéntales todo eso; los necesitaremos. Pero no lo hagas hasta que nuestros hermanos se encuentren aquí y les hayas hecho

entender lo que ocurre. Dame uno de esos cascos para estarme reportando contigo de donde esté. Tendremos que desenmascarar a Maurey nosotros mismos, pero necesitamos a los diploides para lograrlo. Y les demostraremos que estamos actuando de buena fe.

—Sería mejor que te llevaras un traje completo —le aconsejó Kendall, casi con ternura—. Maurey estará también armado y no hay razón para que te expongas a ser muerto con tu propio descubrimiento teniendo la protección a la mano.

—Muy bien.

—Sam, no has contestado a mi pregunta. ¡Oh!, perdona, creo que todavía no te la había hecho.

—¿Cuál es, Kendall?

—¿Qué planes tienes para encontrarla? ¿Y a él también?

—Tengo un amigo —respondió Sam, sonriendo—. Sena me dijo que tú te encargarías de cuidarlo aquí. ¿Todavía lo tienes?

Kendall se sorprendió con la pregunta, pero después rio alegremente, y le contestó:

—Sí, Sam. Tu amigo está aquí. Adelante, haré lo que tú digas. Tu amigo está..., ¡infiernos!, ¡hombre! Ve a la puerta y llama.

Tres pasos le bastaron a Sam para llegar a la puerta, y abriéndola se precipitó en el bosque. Detrás de él, Kendall añadió:

—¡Y que tengas buena caza, Sam!

Se oyó la voz de Sam llamando:

—¡Decibelle! ¡Decibelle! ¡Vuelve con Sam! ¡Aquí está Sam! ¡Decibelle! ¡Decibelle, ven aquí, ven aquí conmigo! ¡Decibelle!

La respuesta se dejó oír en forma de un alegre y sonoro ladrido. Sam se perdió en la oscuridad de la noche.

Nueve

El bosque era de un color negro alquitrán, se notaba una inquietud causada por los ligeros movimientos nocturnos de los viejos árboles que poblaban un área de veraneo. Apenas se percibían los pasos de animalitos que por ser tan pequeños, no eran objeto de la codicia de los cazadores y ya se habían adaptado al lugar donde moraban. Un leve viento movía las hojas secas y se confundían los ruidos y retozos de centenares de criaturas entre las que se encontraban ratoncillos, ardillas, cucarachas, lechuzas y una gran variedad de sabandijas.

Decibelle materialmente tiraba de Sam. Aunque nunca había estado allí, Sam sabía aproximadamente el sitio que ocupaba la cabaña del doctor Fred. Probablemente no hubiera tenido problema en encontrarla durante el día, pero la urgente necesidad para localizar a Maurey era imperiosa. Quería hacerlo antes de que la disciplina de la justicia diploide contra los insurrectos gigantes decretara la libertad de Maurey.

Y no solamente para proteger a los gigantes, sino también por lo que a Sena se refería. Sena era el futuro de ellos.

La correa de cuero que había atado al pescuezo de Decibelle continuaba tensa y Sam no hacía más que seguirla. Quiso cerciorarse si el casco transmisor que llevaba puesto estaba realmente en contacto con Kendall. Tiró del micrófono y lo llamó.

—Presente —se oyó la voz al instante.

—Muy bien. Está bastante pesada la caminata por aquí. ¿Hablas algún idioma extranjero, Kendall?

—¡Hummm! ¿Serviría el francés?

—No, todo lo que sé acerca de ese idioma es que el plural se forma con «X» y algunas veces no se pronuncia. Además, Maurey lo habla y no me gustaría que supiera lo que traemos entre manos. ¿Por casualidad no hablas alemán?

—«Doch gewiss» —contestó Kendall, cambiando rápidamente el idioma.

El apellido de mi familia es Keller, pero lo cambié para preservar a mis familiares del estigma que tenemos encima los tetraploides. Pero, ¿no sabes si Maurey...?

—No —interrumpió Sam—; él no lo habla. El conocimiento que yo tengo del alemán obedece a la gran afición que desde niño tuve por las obras musicales de Wagner. Para entender sus operas tenía que aprender su idioma y lo hice. Y ahora dime, Kendall, ¿qué novedades tienes por ahí?

—Por el momento nada, todavía espero la visita. ¿Se te ofrece algo más?

Sam tropezó y lanzó un juramento, entonces dijo:

—Bueno, cuéntales toda la historia y trata de tenerlos a mano hasta que encuentre la cabaña del doctor Fred. Ya te llamaré para contarte cómo me reciben. Deja una guardia para que vigile los generadores de aprovisionamiento, o estaremos perdidos.

Y..., ¡ah, sí! Tan pronto como puedas, manda un par de nuestros muchachos más fuertes a que secuestren algún personaje del gobierno, un oficial del ejército, o policía del Estado. Vas a proporcionarle un casco como el que estamos utilizando para que pueda oír lo que decimos. No se te ocurra darle ninguna pistola ni equipo volador. Tan pronto como yo te pida ayuda, te lo traes inmediatamente, ¿me entiendes todo?

—Hummm —murmuró Kendall, haciéndole entender a Sam que estaba anotando las instrucciones recibidas, después las fue repitiendo en alemán, y finalmente, volviendo a su idioma, le preguntó—: ¿Está correcto, Sam?

—Jawohl —contestó Sam, y entonces le dijo—: Voy a dejar de hablar por un rato. Decibelle parece que me guía por unos matorrales hechos con alambre de púas.

—Muy bien. ¡Mira! Aquí llega Hammy Saunders. También yo me retiro, tengo que hablar en inglés por un buen rato mientras explico las cosas a los visitantes. Pero me dejaré los audífonos puestos.

Se retiró el micrófono Sam para hablarle a la perra:

—¡Hey! ¡Decibelle!

—Grrrrrrr.

—Muy bien; sigue adelante, te sigo.

Era seguro que Decibelle no estaba siguiendo ninguno de los caminos que por costumbre seguía el doctor Fred.

Aquellas montañas eran muy viejas y mal conservadas, tanto que los visitantes del Lejano Oeste no se preocupaban por frecuentarlas en absoluto. Pero de todos modos, pensaba Sam, el doctor Fred debía tener algún camino abierto que no tuviera mucha pendiente para que le permitiera escalarlo con relativa facilidad.

La perra, por otro lado, mientras iba tirando de su amigo, subiendo y bajando por aquellos lugares tan accidentados, parecía darse cuenta de la urgencia que tenía Sam para llegar a la cabaña y no se había detenido a escoger un camino mejor.

Trepando por la montaña, con todos sus doloridos músculos molestándole, Sam pudo ver las primeras luces del alba en el cielo. Todavía no se había filtrado la luz entre los árboles.

La perra se paró en seco y se puso en la posición que un perro de caza adopta para señalar la presa deseada. Decibelle no tenía ningún entrenamiento para la cacería, pero probablemente había visto algún perro entrenado y estaba tratando de imitarlo. De haber participado en algún concurso, su mímica no le hubiera hecho merecedora a ningún premio, pero los deseos de Sam estaban cumplidos.

—Buena chica —le dijo suavemente—. Está en el otro lado de la cresta, ¿en?

Movió Decibelle la cola y nuevamente adoptó la misma posición para señalar.

—Muy bien. Échate, Decibelle. Quédate aquí. Ya regresaré.

Escudriñó Sam la oscura montaña y entonces se tiró en el suelo, escalando sobre su barriga. Al llegar a lo alto, se asomó cautelosamente sobre el borde.

El otro lado de la montaña era más empinado y la cabaña aparecía en un claro del bosque con vista a un tranquilo y hermoso valle y un arroyuelo al fondo. La bajada estaba cubierta de hierba y en un radio de veinticinco metros de la cabaña, el follaje doblaba en un círculo perfecto. Disimulado en el centro, ¡un proyector del efecto sin reacción de retroceso! Sam consideró el problema. Ya esperaba encontrar algo semejante. Sabía perfectamente las características de sus proyectores. Trabajaban en una sola dirección y podían ser usados como escudos protectores, pero no como detectores. La fuerza enviada contra ellos no tenía efectos contra sus generadores. Sus campos magnéticos no ejercían acción de retroceso ni físicos ni eléctricos. Lo que quería decir que el único camino para que Maurey lograra seguridad para su refugio era establecer una vigilancia de veinticuatro horas, ya fuera en persona, cosa sencilla, o a través de un perro vigía. Si Sam se mantenía oculto, Maurey no tendría forma de saber si había o no alguien que se aproximaba.

Naturalmente, Maurey había oído las conversaciones en alemán, pero, para su desgracia, no entendía el idioma. Adivinaba que estaba en peligro de ser descubierto y por ese motivo había tomado la precaución de protegerse con el proyector de Sam. Pero de todos modos, el haber escogido la cabaña del doctor Fred como refugio era una clara indicación de que no esperaba que nadie viniera a buscarle a aquel lugar desconocido, al menos ningún diploide, porque no descartaba la posibilidad de que algún gigante sobreviviente supiera algo acerca del lugar en que vacacionaba el doctor Fred.

Por lo pronto, Maurey no esperaba que Sam averiguara su escondite. En eso había sobreestimado su inteligencia y menospreciado la de su antiguo asistente.

Retrocedió entonces Sam unos cuantos metros y llamó a Kendall.

—Ya estamos reunidos, Sam —contestó Kendall—, y ya secuestramos a «nuestra autoridad». Tuvimos un pequeño problema con Briggs, ya que participa de la locura de Maurey. Trataba de sacrificarnos de acuerdo con el programa de Maurey, justificando la muerte del doctor Fred. Hubo necesidad de ponerlo a buen recaudo.

—Ya pueden venir —dijo Sam—. El lugar está al otro lado de la montaña, con vista al valle, en el sitio más lejano de la vieja reserva de los venados. Si vienes en dirección norte, no podrá verte.

—¡Sam!

Era la voz de Maurey. Se oía fría y divertida.

—Te he estado escuchando. ¿Qué te hizo pensar que yo no hablaba alemán?

—Muy bien, vamos a ver cómo hablas —le replicó Sam.

—No seas ridículo. Ya has cometido suficientes tonterías; ni siquiera tienes agradecimiento para tus amigos. Te han libertado y no puedes pensar en otras cosas mejores que envolver en un complot infantil al pobre de Kendall a quien es tan fácil convencerlo de cualquier cosa.

—¿En dónde estás? —le gritó Sam.

—Ya te lo diré cuando considere que puedo confiar en tu sentido común. No voy a poner en peligro todo el proyecto sólo por un hombre que no sabe lo que le conviene.

—¿Dónde está Sena?

—Aquí, con el resto de nosotros. Si tú deseas tomar parte en el mundo de los gigantes, debes reflexionar con cordura. Nuestra paciencia se ha venido agotando; dentro de corto tiempo tendríamos que proseguir sin ti; considero que esas gentes pequeñas no serían piadosas contigo.

Una sombra se posó frente a Sam. Era Hammy Saunders el primero en llegar. Sam le contestó a Maurey:

—Quizá tengas razón. Ya ha sucedido eso —hizo a un lado su micrófono con las patéticas ficciones de Maurey molestando sus oídos.

—Hammy, Maurey tiene el lugar protegido con proyectores. Tendremos que cortar por debajo de las rocas. Manda tres o cuatro hombres hasta el valle, que se cubran y que empiecen a trabajar con las pistolas. Cuidado de no pasar del límite de alcance de los proyectores de Maurey. Que no inicien la tarea hasta que yo les diga.

—De acuerdo.

Desapareció Hammy, mientras Sam permanecía sentado en la montaña cerca de la perra y chupando el néctar de las blancas flores de miel. Parecía que Maurey se había retirado por el momento.

Kendall y otros dos gigantes llegaron silenciosamente llevando casi en vilo a un asustado diploide con ropas de civil y la cabeza ridículamente cubierta con un casco que le quedaba enorme.

El hombre era el gobernador del Estado.

—«Sicherheitsdiener» da a entender muchas cosas, estoy de acuerdo —dijo Sam, en tono alegre, a pesar de la situación. Dirigiéndose al gobernador, le dijo—: Señor, siento mucho que hayamos tenido que recurrir a este forzado secuestro, pero créame, no le haremos ningún daño. No deseamos ocasionarlo a ningún diploide. Estamos aquí para desenmascarar al gigante compañero nuestro que ha causado tanto daño, empezando con el asesinato del doctor Hyatt. Nos hemos visto obligados a traerle a usted aquí para que sea testigo de nuestras intenciones.

El gobernador estaba pálido de terror; pero, a pesar de eso, conservaba su dignidad y le contestó con voz firme a Sam:

—Estoy obligado a aceptar la situación por el momento; veré y oiré, ya que no puedo hacer otra cosa; pero es bueno que sepa que no creo nada de lo que usted dice.

—No necesito que me crea. Si como usted dice, verá y oirá, nuestro caso hablará por sí mismo. Por lo pronto ya ha oído la conversación que tuve con el doctor Saint George. Él está muy cerca de aquí, en una cabaña que el doctor Hyatt ocupaba

durante sus vacaciones. Retiene consigo a la joven de la cual habrá oído usted hablar: la señorita Carlin. Saint George aún no sabe que estamos tan cerca de él. Cuando lo saquemos de su refugio, usted podrá oír más que suficiente para que formar su criterio. Al menos esa es nuestra esperanza.

—Hay un buen número de soldados que le buscan, Ettinger.

—Lo sabemos, y esa es la razón por la cual estamos aquí. Si el ejército hubiera llegado antes que nosotros y le hubiéramos dicho dónde se encuentra el doctor Saint George, los motivos por los cuales lo queremos atrapar, habría habido un buen número de muertes, incluyendo la de la señorita Carlin. Está perfectamente bien equipado para soportar un sitio normal, a menos que se le bombardeara con artillería pesada, pero eso no solamente lo destruiría a él sino también a la señorita Carlin y no probaríamos nada. Queremos que la acusación salga de su propia boca, sin ninguna pérdida de vidas. ¿No le parece a usted que si resulta de esa manera quedaría usted convencido?

Bruscamente se pasó el gobernador la mano por la frente, estaba un poco sudoroso.

—Quizá sí —contestó—, si encuentro algo de verdad en ello, pero no estoy en posición de emitir un juicio. He sido secuestrado por agentes de un convicto de asesinato, señor Ettinger. El punto de partida para juzgar la situación será ese, no importa lo que usted haga o Saint George confiese. Siga adelante. Observaré con atención. Es todo lo que puedo prometerle.

—Será suficiente —dijo Sam, con gravedad—. El saber que cuento con su buena voluntad era algo que yo necesitaba. Kendall, busca un sitio desde el cual el gobernador pueda observar y estar seguro al mismo tiempo. Debemos protegerlo contra cualquier posible disparo del proyector o armas de fuego de Maurey.

—Entiendo —repuso Kendall, al instante—. Señor gobernador, tendremos que transportarlo nuevamente por aire. Espero que será la última vez.

—Lo mismo espero yo —dijo el gobernador.

Dos de los gigantes, guiados por Kendall, llevaron en vilo la pequeña figura del gobernador volando sobre las copas de los árboles y describiendo un arco hacia el lado opuesto del valle. Él sol se elevaba a la izquierda, iluminando la falda de la montaña; el trinar de un gran número de pájaros alegraba el nuevo día. Una lengua inofensiva de humo salía de la chimenea de la cabaña desvaneciéndose en el cielo.

Después de un momento, regresó Kendall.

—Los muchachos que enviaste al fondo del valle, están empezando a perforar —le dijo a Sam—. Parece que han encontrado mármol suave. No hay indicios de alarma por parte de Maurey. Si todo sigue bien, la cabaña empezará a bambolearse en unos cinco minutos más.

—Muy bien —le contestó Sam, y levantándose, empezó a subir con calma hacia

el lugar desde donde dominaba la cabaña. Se ajustó el micrófono y comenzó a hablar con voz clara y firme:

—Maurey. Te hemos encontrado. Te daremos diez minutos para que salgas.

Saint George rio, con ganas.

—¿Que salga? ¿De dónde, Sam?, ¡qué niño eres! Y piensas que me vas a hacer creer que sabes dónde me encuentro. Si quieres saberlo te lo diré, pero no antes de que me asegures que no nos venderás a los diploides.

—No hay aquí diploides humanos —le dijo Sam, pacientemente—, y te hemos encontrado. Asómate a la ventana y mira hacia la parte alta de la montaña.

Hubo un largo silencio.

—Ya veo —dijo, al fin, la voz de Maurey—. Bueno, acepto que no hay refugio perfecto y supongo que vendrá tras de ti una gran multitud de diploides aullando. Mejor haz que se vuelvan, Sam, antes de que vayan a salir lastimados. No pienses que una cabaña metida en el bosque es todo lo que queda del poder de un tetraploide.

—Claro que no, Maurey, pero tampoco creo que tengas ahí un batallón de gigantes.

Maurey ahogó una risa.

—No discutiré contigo, Sam. Todavía conservo algún respeto por ti y te recomiendo que te retires antes de que se inicie la batalla final. Para los diploides todo ha terminado; nada puedes hacer para cambiar la situación. Entonces, ¿para qué te expones?

—Te repito que aquí no hay diploides. ¿Dónde está Sena?

—¿Sena...? Aquí, con el resto de nosotros.

—Me gustaría hablar con ella.

—Está ocupada.

Toda la ladera de la montaña, las rocas que rodeaban el valle, los collados, los matorrales, revelaban la existencia de gigantes. Allí permanecían inmóviles, como los soldados con dientes de dragón de Cadmo. Extendió Sam su brazo señalando hacia ellos, y dijo:

—Aquí están nuestros gigantes, Maurey, puedes verlos si quieres. Solamente faltan dos o tres a lo sumo, sin contar con aquellos que fueron presos o muertos en la incursión que preparaste para que me rescataran. Uno de los que faltan es Sena. ¿Dónde está?

—Aquí —la voz de Maurey no reflejaba temor alguno; no había nada que indicara que la gran sarta de mentiras urdidas por él se le venía encima inexorablemente.

—Déjala salir.

—Ella no lo desea. Tiene más sentido común que todos ustedes juntos. Yo no entiendo cómo has podido arrastrar a tus hermanos a esta aventura, Sam. Supongo

que Briggs fue muerto. No puedo encontrar otra explicación a lo que pasa. Muerto tratando de rescatarte a ti, Sam. Pero de todos modos, eso no cambia la situación. Si todos ustedes están controlados por los diploides, Sena y yo trabajaremos en pro del futuro de los gigantes sin ustedes. ¡Váyanse a casa y púdranse todos!

—Aquí no hay diploides, déjame hablar con Sena.

Maurey guardó silencio. Parecía que ya no iba a hablar más. Entonces, tratando de imponer la autoridad que había ejercido sobre ellos, en voz alta les gritó:

—¡Óiganme todos ustedes! Están suicidándose. Ustedes tienen suficiente poder contra los diploides y lo han puesto en manos del asesino de nuestro creador. Les di a ustedes una causa; les proporcioné los medios para liberarse de los pigmeos, verdadera y finalmente libres. ¿Van ustedes, en estos momentos, a abandonar todo eso?

—Briggs dijo que tú mataste al doctor Fred —dijo una voz que Sam desconocía.

—¿Y eso qué importa? —repuso Maurey—. ¡Hagan frente a la realidad! Yo no maté al doctor Fred; es obvio que Sam lo mató; pero su muerte era necesaria. Nos dio la oportunidad que necesitábamos para levantar a los diploides contra nosotros. El doctor predicaba la paz entre los pigmeos. Nosotros sabíamos que esa paz no era posible. Lo que necesitábamos y nos sigue haciendo falta es la guerra. Ustedes tienen en las manos los instrumentos para esa guerra, yo se los he dado. Si los usan con inteligencia serán invencibles. Y ahora tienen la ocasión, pueden arrasar el planeta entero.

—Tú nos dividiste —profirió otra voz anónima—. Tú nos hiciste luchar unos contra otros.

—Pero sin que se causaran daño alguno —le replicó Maurey—. Ustedes no pueden lastimarse unos a otros con el uso de esas pistolas. Yo lo arreglé de esa manera para evitar que en las disputas del juego pudieran lastimarse; y... era también la forma de disimular el nacimiento de un ejército de gigantes. Sus armas son mortales si las usan contra los diploides.

Un murmullo desarticulado se oyó entre los inmóviles colosos.

—¿Qué nos dices de las baterías antiaéreas que dispararon contra nosotros, Maurey?

—Nada, sus pérdidas fueron mínimas, el propio Sam lo admitió.

Un sordo rumor se oyó en la montaña.

—Muy malo, Maurey —dijo Sam, implacable—. La verdad ha salido, ya lo ves. Salió a luz en el juicio. No existen los diploides. Todos los seres humanos son tetraploides. Nosotros, los gigantes, somos poliploides, pero todos lo somos en diferentes grados. Como gigantes no sobreviviremos; pero podremos lograrlo a través de Sena y otras como ella, porque los hijos que ellas tengan serán normales. Nuevamente podrán volver a ocupar un puesto en la sociedad y les será permitido a

sus hijos olvidar esa herencia. Con el tiempo, las características poliploides empezarán a reaparecer, en fragmentos, hasta que la raza completa sea marcadamente poliploide, y entonces los gigantes no serán vistos como seres anormales ni sujetos a masacres. Pero por lo que a ti toca, Maurey, tú eres un «pasadenista» muy astuto, pero bien definido. Averiguaste el estado genético de Sena y mataste al doctor Fred para mantener el secreto. Nos echaste a los unos contra los otros con la esperanza de que los normales nos destruyeran mientras nos enredábamos en una lucha fratricida. Culpándome de la muerte del doctor Fred, provocabas el odio entre nosotros; y preparando la misión para mi rescate, les dabas oportunidad a los normales para que nos exterminaran... Mientras tú te escondías con Sena, planeabas convertirte en el patriarca único de la humanidad poliploide del mañana, el único padre de la ruda raza de larga vida que sería necesaria para llegar a las estrellas. Fue un gran juego, Maurey; pero siendo una locura, te resultó un fracaso.

—Es ridículo... —se oyó la voz de Maurey.

—Entonces, deja a Sena que hable. Si ella está libre y a tu lado, si ella tiene un casco como el nuestro y ha estado oyendo todo lo que dijimos, déjala que hable.

—Ciertamente —dijo Maurey, con calma—. Como te dije antes, ella está ocupada; veré si desea hablar contigo. Espera.

Hubo un largo silencio. La luz del sol invadía ya casi todo el fondo del valle; mientras, los zapadores de Kendall seguían excavando en lo profundo de los cimientos de la cabaña del doctor Fred. Las nubes estaban teñidas de inocencia color de rosa.

—Aquí está —dijo Maurey, interrumpiendo el silencio.

—¿Sam? —pronunció Sena, con aparente calma.

—Sí..., sí, Sena.

—Estoy bien. No hay razón para que te preocupes por mí. Maurey tiene una pistola contra mi costado, pero estoy segura que no se atreverá a disparar...

Cuando pronunciaba la última palabra, su voz se desvaneció bruscamente y los audífonos de Sam se estremecieron. Su réplica fue una mezcla de miedo y admiración. ¡Dijo tanto con tan pocas palabras...!

—¡Habla, Maurey! —gritó—. ¿Tienes algunas mentiras más?

—¡Manténganse a distancia todos ustedes! —rugió Maurey—. Son un hatajo de tontos. Sólo recuerden que ustedes se encuentran afuera y yo aquí dentro, con Sena. ¡Sam tiene razón! Sena es la llave de nuestro futuro; si algunos gigantes van a sobrevivir, tendrá que ser a través de ella. Si alguno de ustedes hace algún movimiento hacia la cabaña, Sena morirá. También ella tenía razón. No la maté por lo que dijo en el casco. Yo mato por razones más poderosas, como maté al doctor Fred. Láguense. Su futuro está en mis manos y no hay nada que puedan hacer para evitarlo.

De repente, la cabaña se inclinó a un lado. Una masa de piedras se precipitó

ruidosamente por la ladera hacia el fondo del valle. El increíble grito de Maurey penetró en lo profundo de los oídos de todos los que lo oyeron.

El círculo plano del follaje al frente de la cabaña se veía intacto.

Por la falta de cimientos en la base del generador que proporcionaba la corriente a Maurey, se cortó su transmisión.

—¡Decibelle! ¡Tras él, Decibelle! ¡Pronto, Decibelle! ¡Síguelo!

El enorme animal se precipitó hacia la cabaña con una velocidad increíble para sus proporciones. Desde el interior de la choza que se deslizaba por la ladera, salió un disparo del proyector de Maurey, pero fue demasiado alto.

Decibelle se lanzó por la ventana trasera al interior de la cabaña, entre un estruendo de cristales rotos. Maurey volvió a dar un grito pavoroso. Sin darse cuenta, Sam empezó a correr precipitadamente en dirección de la choza. Otra sacudida de la cabaña hizo saltar en astillas algunas de las tablas que formaban la pared.

Otros disparos sonaron en el interior que hicieron volar en añicos los ladrillos de la chimenea, que saltaron hasta el techo.

—¡Quítenmela!, ¡quítenmela! ¡Los mataré a todos! ¡Los mataré a todos!...

Los gritos de Maurey sólo encontraban eco en el fondo del valle.

¡Al fin había tenido su perra!

Antes de que Sam estuviera a la mitad del camino que lo separaba de la cabaña, ya la destrucción era completa, y Maurey, vigas, ladrillos, fuego, Sena, futuro, pasado, adornos, concreto, tierra, tuberías, alambres, vida, libertad, persecución y felicidad se despeñaban vertiginosamente hacia el fondo del valle sembrado de pinos olorosos entre los cuales se filtraban los rayos del sol.

Fue largo el tiempo que tardó Sam en separar de las ruinas el cuerpo de Sena, del cual se había escapado la vida.

Pero más largo aún el que se necesitó para arrancar las fauces de Decibelle de la despedazada garganta de Maurice Saint George.

Un poco más tarde, todos los gigantes se habían retirado y el gobernador también.

La luz del sol bañaba todo el valle hasta el fondo en donde yacían los escombros de lo que por unas horas fuera la morada de los patriarcas de la humanidad de un futuro que nunca llegó.



JAMES BLISH. (East Orange, 23 de mayo de 1921 - Henley-on-Thames, 30 de julio de 1975) fue un crítico y escritor adscrito a los géneros fantástico y de ciencia ficción estadounidense.

Estudió biología en la Universidad Rutgers y la Universidad de Columbia, y entre 1942 y 1944 trabajó como técnico médico en el ejército de Estados Unidos. Después de la guerra, se convirtió en el editor científico de la compañía farmacéutica Pfizer.

Fue miembro del grupo de los futurians desde la década de 1930 hasta la década de 1940. Su primera publicación la realizó en 1940, y su carrera en este campo progresó hasta optar por dedicarse a escribir a tiempo completo.

Blish estuvo casado con la agente literaria Virginia Kidd entre 1947 y 1963.

Se le atribuye haber acuñado el término Gigante gaseoso en Solar Plexus, que apareció en la antología Beyond Human Ken (1952) editada por Judith Merrill (el artículo fue publicado originalmente en 1941, pero esa versión no contiene el término; aparentemente Blish lo agregó al reescribir el texto para esta antología).

Entre 1967 y su fallecimiento por cáncer de pulmón en 1975, Blish escribió colecciones autorizadas de relatos cortos basados en la serie televisiva Star Trek de la década de 1960, redactando once volúmenes de la adaptación de sus episodios. Murió dejando inconclusa Star Trek 12, y su segunda esposa J. A. (Judith Ann) Lorenzo, completó el libro y más tarde las adaptaciones en el volumen Mudd's Angels. En 1970, Blish escribió Spock Must Die!, la primera novela original para lectores

adultos basada en la serie (desde entonces, cientos más han sido publicadas).

Blish vivió en la avenida de la ciencia ficción «Arrowhead» en Milford, Pensilvania, hasta mediados de la década de 1960. En 1968, emigró a Inglaterra, y vivió en Oxford hasta su muerte en Henley-on-Thames en 1975. Está enterrado en el cementerio Holywell, cerca de la tumba de Kenneth Grahame.